

*The Diaries of the  
2 Dandelion*

*Verano  
Mágico*

*Laura  
Keller*

VERANO MÁGICO  
Diarios de Laura Keller-2

—

Laura Keller

**Primera edición:** Diciembre de 2019

© Laura Keller

**AVISO LEGAL:** Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

**Correcciones:** Ramón Portalés y Eva Tendero.

Depósito Legal: M-21.991-2016

ISBN:

*Una mirada desde la distancia,  
una visita inesperada a la clase,  
una sonrisa tímida antes de desaparecer,  
de desaparecer para siempre tras otro sueño...*

*Para L.R.A.*

# Prólogo

2019

¿Cómo olvidar aquel atardecer en que Miki se declaró ante mi asombro, para luego regalarme mi primer beso de amor? Comenzaba a despertar el mes de agosto, curioso, porque en ese momento un sol perezoso se marchaba a dormir en el horizonte sobre el mar, nuestro mar.

Marta y Elena fueron testigos de excepción de momentos mágicos como no podría soñar hoy. Si es que aquello no fue realmente un sueño, tampoco me extrañaría. Ni me importaría. Y no hablo solo de esa magia que produce el amor cuando llega como una fuerte ola para derribarnos en la orilla, sino también la que no pude evitar usar para divertirme, algunas veces, o dar rienda suelta a mi temperamento y deseo de justicia en otras.

El Portil siempre será un lugar mágico en mi corazón, el escenario en el que los sueños se hicieron realidad, así como otros lugares que llegarán con el tiempo, pero que nunca tendrán el impacto que suelen tener los primeros deseos, las primeras experiencias de chica adulta, o casi adulta. Claro que solo podría asociar una palabra a ese verano y ese pueblo: Elena.

En una ocasión le pregunté a mi madre de qué están fabricados los sueños, ella me aseguró que de buenas intenciones y conciencias tranquilas cuando se trata de sueños felices. Aquello me marcó durante mucho tiempo, así que estuve teniendo buenos pensamientos y deseos para todos mis conocidos antes de dormir.

He pasado toda la vida procurando no dejar dormir a la niña que llevo dentro, así que hoy, después de tantos años, quiero desearte lo mejor antes de sumergirme en otra maravillosa historia nacida de mis recuerdos. ¿Me acompañas?

# Capítulo 1

## Viviendo deprisa

Vuelve a pulsar el botón para iluminar el reloj despertador, lo hace más como gesto nervioso, espontáneo, que por interés en saber la hora. Ya poco importa. Son casi las cuatro y media de la madrugada. Aún permanece sentado en la cama, con la espalda apoyada en la pared y abrazado a sus rodillas; así se sentó al entrar en su dormitorio a las once y así seguirá hasta que desfallezca. Hasta el fin de los días. ¿Dormir? ¿Quién podría dormir cuando los recuerdos cercanos están golpeándolo por dentro? Con saña, sin piedad.

El llanto había cesado pasadas las tres de la madrugada, ya no tenía más lágrimas y tanto la garganta como el pecho le dolían como jamás antes. El recuerdo de lo sucedido duraría más, mucho más, quizás toda su vida, más incluso que las imágenes grabadas de tantas sonrisas y miradas cómplices que seguro no volverán a producirse nunca más.

El motor que lo hacía flotar sobre las olas hasta el día anterior se había quedado sin gasolina. Eso, al menos, es lo que diría su padre, que ama más a su lancha motora que a su propia familia.

Ella... ella ya no volverá a ser la misma, y él mucho menos. Todo ha terminado, el sueño se desvaneció tan rápido como llegaron los golpes, gritos e insultos de ese imbécil.

El reloj despertador marca las cinco menos cuarto y vuelve a brotar el llanto, aunque no siente lágrimas recorrer sus mejillas como antes.

Ojos achinados al sonreír, una boca fina pero rosada dibuja una curva perfecta sobre una pequeña cara de porcelana, seguro que tan suave como los pétalos de una rosa. Nunca más. Nunca volverá a ver esa sonrisa, al menos con los ojos de antes.

Aprieta con fuerza sus piernas, siente que el volcán de emociones estallará de un momento a otro. De nuevo. No quiere que sus padres lo oigan llorar. Aprieta los dientes hasta pensar que se le partirán. Le duelen los golpes recibidos, pero es un dolor insignificante si lo compara con su orgullo, e inexistente al compararlo con lo que acaba de perder. Aunque ella nunca fue suya.

Nunca.

Unas horas después, a solo unos edificios de distancia:

Lo mejor de las vacaciones es que no hay despertador que arruine tus sueños, eso estoy pensando mientras estiro todo mi cuerpo sobre la cama, incluso creo haber oído un crujido en una rodilla o la espalda. Bueno, no tener que arrojarme tiene también su punto interesante, aunque a mis amigas les gusta más hacerse el gusano de seda bajo las mantas que sudar en verano sobre la sábana.

¡Mis amigas, ya lo olvidaba, habíamos quedado para dar un paseo esta mañana!

Mi hermana Noelia ya no está en su cama, así que enciendo la radio y subo el volumen a la mitad, la voz de Alejandro Sanz con *Los dos cogidos de la mano* me acompaña mientras voy al cuarto de baño:

♪♪ «Hoy es tan corto el amanecer... Nuestro beso en tu portal, ya no es como el de ayer». ♪♪

Y aún sigue cuando regreso para elegir una falda corta azul y una camiseta de tirantes blanca.

¡Por Dios, qué blanca estoy! Espero que eso cambie pronto al recordar los planes para ir a la playa. Terminó de vestirme con unas Adidas blancas, tarareando sin éxito una canción de Michael Jackson que no conozco, y apago la radio antes de ir a la cocina; allí conversan mi madre y Noelia.

—¿Ya te has vestido? ¿Vas a algún sitio? —pregunta mamá.

—A dar un paseo, he quedado con mis amigas. ¿Quieres que haga algún recado?

—Sí, acuérdate de traer el pan a la vuelta, toma dinero.

Saco una galleta de fibra del paquete y la mojo en la leche mientras mi madre busca dinero en su bolso, guardado como siempre en el segundo cajón bajo la vitrocerámica. Aprovecho para preguntar a Noelia.

—¿Haces algo hoy?

—Nada, estudiar Matemáticas para recuperar en septiembre.

—Si quieres, puedes venirte conmigo.

—Mejor otro día.

—Vale.

Tomo una servilleta de papel y escupo el trozo de galleta que he mordido. ¡Qué asco! Es como cartón mojado en leche.

—¡Niña, esas galletas son muy caras!

—Pues están asquerosas.

—Pero cuestan tanto porque adelgazan.

—¿Y no será mejor no comer nada?

Mi madre y Noelia me miran en silencio, ¿quién podría rebatir mi brillante comentario? Busco una magdalena, pero ya han guardado la bolsa tras cerrarla con una pinza de la ropa para que no se pongan duras, he llegado tarde. A ver si mis amigas traen algún dulce o helado y puedo robarles un par de mordiscos. Me bebo la leche de dos sorbos y salgo corriendo.

—¡Me voy, que llego tarde, luego traigo el pan!

—¡Antes de las dos y media! ¡Laura, los dientes, no te los has lavado!

Es verdad, pero no tengo tiempo. ¿Qué digo? Tengo todo el del mundo. Es asombroso cómo se me olvida que puedo detener el tiempo a mi antojo. Meses atrás, cuando descubrí lo que pasaba pero no era capaz de controlarlo, tuve tanto miedo a que fuera producto de mi imaginación o que se tratase de un tumor, que me sometí a varias pruebas médicas en la cabeza. Ahora es una gozada poder usarlo para hacer el bien. ¡Me siento como una superheroína al pensarlo! Una magdalena esponjosa y deliciosa entre los dientes, luego me lavo los dientes con calma, me cepillo un poco más el pelo, para que quede impecable, y me marcho tras hacer regresar todo a la normalidad.

Hemos quedado en la plaza, en uno de los bancos en que solemos sentarnos por las tardes; ahora que no hay nadie por la zona, podríamos probar a sentarnos en el templete, la zona de los mayores, pero ninguna se atreve a proponerlo. ¿Qué pasaría si lo hiciésemos? Supongo que nada, pero nunca se sabe.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer este verano? —pregunta Inma. Lleva su acné y malhumor característicos de cuando le viene la regla.

—Ya lo hemos dicho estos días, vamos a veranear Laura y yo en El Portil y vosotras dos en Punta Umbría —responde Marta tras elegir sitio en el banco.

—¿No vamos a quedar en agosto? ¿Tampoco vamos a salir estos días? —pregunta Patri.

—Pero si hemos hablado ya de eso, iremos a la playa en autocar dentro de tres días.

—Ya lo había olvidado. ¿Lo de la discoteca sigue en pie?

—De eso no te olvidas nunca.



Todas nos reímos, sabemos lo que le gusta salir de noche, los chicos y las discotecas a Patri.

Han pasado solo diez minutos y la plaza comienza a llenarse de niños jugando, alguna pandilla como la nuestra en otro banco y vecinos que la cruzan para ir al mercado del barrio de enfrente. El templete sigue vacío, tal vez porque la gente guapa aún no se ha despertado. ¡Qué envidia! Seguro que estuvieron ayer de fiesta hasta muy tarde.

La conversación deriva, como siempre, en la ropa que vamos a ponernos cuando vayamos a Rompeolas, la mejor discoteca del recinto ferial; luego llegan los chicos; por último si decidimos beber alcohol o no. Decidimos que no, como siempre. Inma se enfada. Yo me marcho.

—Lo siento, es tarde y tengo que comprar el pan. —Me despiden con una sonrisa y me encamino cuesta arriba hacia la avenida de las Fuerzas Armadas. Antes de llegar, a la altura del kiosco, una moto aparece de repente, casi atropellándome, y me da un susto de muerte.

—¡Idiota! —grito.

—Esa boquita...

Quedo muda y paralizada. Miki me observa desde una moto demasiado grande para su edad, diecisiete años cumplidos en mayo, casi ayer. Chupa de cuero negra, sonrisa de suficiencia, mirada que te hace derretir al instante... No se puede pedir más.

—Me has asustado.

—Lo siento, pecosa. ¿Puedo compensarte llevándote? ¿A dónde vas?

—Aquí al lado, no hace falta. ¿Y esta moto?

—Un regalo de mis padres por las buenas notas, ¿te gusta?

—Sí, es bonita. —No logro ver la marca, pero es negra y cromada.

—¿Seguro que no quieres dar una vuelta?

—Es que... voy a comprar el pan. —No sé por qué, pero me da mucha vergüenza decirlo—. Es ahí al lado y tengo que regresar ya.

—Puedo venir a buscarte esta tarde.

¿En serio? ¿Acaba de decirme que vendrá a buscarme? No puedo creérmelo. ¿Es esto una cita? ¿Qué pierdo por probar y decir que sí?

—¿A las cinco? —pregunto con timidez, casi no puedo mirarle a los ojos.

—No me hagas esperar. Aquí mismo, ¿vale?

Asiento con la cabeza y observo cómo arranca la moto y se marcha despacio, casi torpe, como si aún no controlase bien el peso de la máquina. Antes de desaparecer, desvía la mirada un segundo hacia mí. Me tiemblan las piernas y necesito apoyarme en la pared.

¿Qué hago aquí? ¿Qué tenía que hacer? ¡Es verdad, comprar el pan! Bueno, esperaré unos minutos más para recrearme en lo que acaba de pasar.

Pienso en llamar a Marta cuando llegue a casa, contárselo todo mientras gritamos como locas y escucho que todo es imposible o que lo he soñado, pero decido que no hay nada que contar, y que no deseo que se pueda estropear el sueño en el que ahora me veo nadando para llegar a la orilla de dulce fantasía en la que me espera Miki. La orilla que me permitirá respirar su amor, su cálido aliento, esa misma tarde.



El almuerzo transcurre casi sin darme cuenta, así que no sé si mis padres o mi hermana me han



dicho o preguntado algo; en ese caso, seguro que han pensado que estoy loca. ¿Qué culpa tengo yo de estar flotando en una nube?

He terminado de comer lo antes posible para ir a la ducha y luego vestirme con mi ropa más bonita, además de peinarme y maquillarme. Noelia me ayuda. Sin querer, me muestro algo distante con ella. ¿Cómo poder mirarla a los ojos mientras me da consejos de maquillaje y me ondula el pelo? Voy a salir con el chico del que está enamorada. Mi propia hermana. Pero ¿tú serías capaz de luchar contra eso?

Elegimos entre las dos una camiseta turquesa y un pantalón ajustado blanco. La otra opción era una falda, pero teniendo que ir en la moto... Noelia me presta unos pendientes azul cobalto y salgo a toda prisa, voy a llegar tarde si no corro.

Miki ya está allí, sobre la moto, igual de guapo que antes.

—¿Adónde quieres ir? —me susurra tras mirarme de arriba abajo con una sonrisa de aprobación.

—Donde tú quieras.

No hubiera imaginado en un millón de años que me llevaría a la playa. Llegamos en menos de quince minutos y nunca podré olvidar el trayecto, abrazada a su espalda y sintiendo su respiración y calor, además de la bronca vibración de la moto entre las piernas. Aparca al lado de un chiringuito en el que una docena de chicos hacen cola para intentar contar con un rincón donde disfrutar de la música, las vistas y tomar algo frío. Miki me lleva de la mano y pasa de largo, entra como si fuese el dueño, saluda a porteros, camareros y otros empleados y me conduce hacia una cama balinesa desde la que se puede apreciar el atardecer sobre el horizonte.

Largas y livianas cortinas blancas ondean con el viento de la tarde en los cuatro postes de madera de la cama, como deseosas de soltar sus amarres y deleitarnos con un baile acorde a la suave música.

Miki me pregunta si quiero tomar un mojito a la vez que una camarera vestida con un bikini y pareo blancos espera con una sonrisa, hacia él, por supuesto, nuestra comanda.

—¿Eso lleva alcohol?

—Muy poco, pero está bueno.

—Prefiero una Fanta de naranja.

—Está bien —suspira—, hoy nada de alcohol. Una Fanta de naranja y una coca. —Eso último se lo dice a la camarera, que asiente con la cabeza y desaparece.

—¿Dónde pensabas que iríamos? Seguro que no adivinaste este lugar.

—Nunca en la vida —respondo, mirando a mi alrededor—. Pensé en una cafetería cercana del barrio.

—¿No te gusta más este sitio?

—Claro. —Y lo miro a los ojos, que me taladran de una forma como nunca antes he sentido. Cualquier sitio en el que estuviese con él sería el mejor del mundo.

La brisa del mar llega a nosotros tibia, intermitente y sosegada, aún quedan muchas horas de sol y la playa está llena de familias y grupos de amigos disfrutando de un viernes o martes cualquiera. La música impide oír el griterío que llegaría desde la orilla, es una mezcla de discoteca con algo más suave, mucho más suave, que te mece como el mar calmado cuando flotas sobre él. No sabría definirlo de otro modo. Bueno, sí, como la música perfecta para estar con el chico que amas un atardecer en la playa.

Nos sirven las bebidas y apuro casi todo el refresco de un sorbo, estaba muerta de sed. Él ha dado cuenta de media coca también. Entonces me toma entre sus manos por la cintura, como si no pesara más que una almohada, y me hace acomodarse en la cama balinesa, con mullidos cojines a la

espalda. Él se tumba sobre mí, coincidiendo su cabeza con mi pecho, voy a ser su propia almohada. Acaricio su pelo sin saber cómo he decidido hacerlo ni de dónde ha salido el valor. Ahora la música parece más intensa y la respiración de Miki más profunda.

Mi corazón explotará de un momento a otro.

Así permanecemos durante un tiempo que no sabría precisar; pero, aunque lo hubiese medido y hubiesen sido años, a mí me habrían resultado unos breves minutos. Miki cambia de postura, se da la vuelta y su cara queda orientada hacia la mía. Aún en silencio, acaricio su mejilla despacio con las yemas de los dedos, subiendo luego hacia sus párpados cerrados, deseo que esté soñando conmigo. Ojalá esté soñando conmigo. Y bajo despacio hacia su boca de labios gruesos y rosados.

Él toma mi mano, cuando iba a acariciarle el cuello, y la dirige hacia su boca de nuevo. Esta se abre y siento cómo mi príncipe besa mis dedos, primero con los labios y luego con una tímida lengua que solo aparece para hacerme estremecer unos segundos; luego para encenderme como una mecha. Entonces llega el volcán dormido, un calor que brota en mi interior para hacer explotar cada célula de mi cuerpo. Siento la erupción y no deseo que pare. Por favor, que siga usando su boca, su lengua de fuego, sin freno alguno sobre mí.

¿Dónde se fue?



Me despierto agitada y empapada de sudor en la habitación. ¿Calor o pesadilla? Quizás sea el calor del verano o se trate de la crueldad de no terminar una velada perfecta con Miki en una playa al atardecer y abrazados en una cama blanca preciosa. El deseo tardío de haber soltado las cortinas para darnos la intimidad que los besos hubieran demandado.

¿Qué importa? El momento ha terminado y no sé si tendrá una continuidad inmediata, futura o ninguna posibilidad, que sería lo más lógico. En la cama de al lado sigue durmiendo Noelia. Voy al baño descalza, con cuidado de no hacer ruido, cierro la puerta y espero a que la luz deje de parpadear para darme la réplica en el espejo.

—Mira qué cara tienes. Normal, no dejas de soñar con algo que nunca pasará. Céntrate o acabarás muy mal.

El reflejo no imita mis gestos ni la vocalización. La chica que me observa, idéntica a mí, permanece seria durante todo el tiempo, y de repente comienza a sonreír con una seguridad que yo jamás he tenido. Me hiela la sangre.

—Diminuta e insignificante perdedora. Ja, ja, ja.

Si me pinchan ahora no encontrarían sangre.

—¿Qué dices? —murmuro.

—Nunca llegarás a nada con esos sueños absurdos, con momentos idílicos en la playa, eso solo pasa en las películas y las novelas rosas.

Y vuelvo a despertar de nuevo.

Algo de luz se filtra por la persiana, suficiente para ver que mi hermana no está. Me visto con cuidado, calma y respeto, no sea que se repita el sueño en forma de bucle infinito y me quede atrapada. Aunque no sabría decir si lo hago para evitarlo o para hacerlo posible. Me dirijo a la cocina, donde no hay rastro de las asquerosas galletas integrales sobre la mesa, pero sí conversan mi madre y Noelia sobre la necesidad de estudiar más para aprobar las asignaturas que ha suspendido. Vale, esto tiene más sentido.

Cuando me encargan la tarea de comprar el pan, me viene un escalofrío tremendo a la espalda. Tomo el dinero y salgo por la puerta. ¿Dónde he quedado con mis amigas? ¿En la plaza o en la puerta de mi casa? No están en esa última opción, así que parto hacia donde siempre terminamos, donde recuerdo del sueño anterior. Allí parecen estar todas, menos Inma, manteniendo una conversación más que animada. El rugido a mi derecha lo monopoliza todo, reconocería ese sonido entre un millón.

—¿Qué madrugadora!

Miro a Miki con su sonrisa de superioridad, luego observo mi reloj de pulsera, creo ver que son las doce del mediodía.

—¿Madrugadora?

—Para mí es madrugar cuando estamos en época de vacaciones. Si tenemos en cuenta que he tenido que convencer a mis padres para que me dejen más dinero para gasolina e invitarte... Por cierto, ayer ibas medio dormida al regresar.

—¿Ayer?

—Claro, cuando regresamos de la playa.

¿Cómo? ¿Había sucedido de verdad? Esto no podía estar pasando.

—No lo recuerdo bien. ¿Ayer... pasó realmente?

—¿Es que no quieres salir conmigo?

—¿Perdona?

—Me respondiste que sí querías ser mi chica. No me creo que lo hayas olvidado. Quedamos aquí hoy a esta hora para dar un paseo, me dijiste que querías ir de tiendas al centro.

¿Cómo discutes eso? Le digo que todo es una broma, exhibiendo mi mejor sonrisa improvisada, y me monto tras él en la moto como repetición de lo que era un sueño hasta hace un minuto. La moto arranca con ímpetu, abrazo su cintura, dejo mi cabeza reposar sobre su espalda y me dejo llevar. Una vez más.

Fuese realidad o sueño. ¿Qué importa?

Casi no me doy cuenta del viaje, ya que llegamos en poco tiempo y sin dar curvas de las que la moto se tumba y yo siento algo de miedo desde el estómago. Estamos en la zona de la plaza de las Monjas. Miki deja la moto allí y me ayuda a bajar. Pone una cadena en la rueda delantera, toma mi mano y me acompaña hacia la calle Berdigón, donde están las tiendas de ropa para chicas de mi edad.

Es un sueño hecho realidad, porque aguanta dos horas a mi lado, viendo cómo me pruebo una docena de prendas en tres tiendas distintas, pero sin comprar ninguna de ellas. ¡Qué remedio, solo llevo el dinero del pan! No me llega ni para un cinturón de oferta. Son las dos de la tarde y hace mucho calor cuando salimos de Zara.

—¿Vamos a tomar algo fresco?

—Siempre que no sea en la playa... Tengo que comprar el pan y regresar a casa en menos de media hora.

—Pues démonos prisa.

Elegimos un bar con terraza en la misma calle, donde también parece que conocen al chico, como si fuese el relaciones públicas de la ciudad y todos sus comercios. Allí nos ponen en tiempo récord una Fanta de naranja y una coca, qué curioso, como en el chiringuito del día anterior.

—¿Qué pasa aquí? ¿Sobornas a los de los bares o chiringuitos antes de llevarme para quedar como un hortera de esos de las películas?

—¿Qué es un hortera?

—¡Ja, ja, ja! —Casi me caigo de la silla riendo.

—Está bien, brindemos.

Alza su vaso y yo el mío. Lo acerco hasta chocar con el suyo. Luego damos un sorbo sin apartar la mirada el uno del otro.

—¿Y bien? —pregunto.

—¿Qué quieres saber? —responde.

—Todo.

—¿Todo?

—Todo sobre ti.

—Está bien —dice tras mirarme y meditarlo un rato—, pero tendrás que especificar entre el Yo que conocen todos y el Yo de verdad.

—¿Hay mucha diferencia?

—Como escuchar a Sergio Dalma o a Metallica.

—Entonces quiero al Yo de verdad.

—Me alegro porque al otro ya lo conoces. Todo el mundo lo conoce.



El lugar parece más oscuro y el aire a respirar más denso que hace unos segundos. Miki mira sus manos abiertas sobre la mesa, en silencio, como tratando de elegir las palabras adecuadas. Mala señal, la sinceridad no requiere planificación alguna. De repente empieza a hablar despacio.

—Nací un diecisiete de mayo del setenta y cinco. Un tauro cabezón, ¿qué le vamos a hacer!

No creía que fuese a ser literal, iba a contarme su vida desde el comienzo, eso dejaría sin pan a mi familia, pero ahora no podía cortar el torrente de información que yo misma había provocado. Tampoco lo deseaba. Quería empaparme de él, conocerlo por completo, como si hubiera permanecido a su lado cada segundo de su vida, siendo testigo de cada alegría y decepción.

—Solo tengo un hermano, es nueve años mayor y está ahora en Londres. Vivo cerca del instituto y veraneo en la playa, en El Portil, ya lo sabes. Estudié en dos colegios y este pasado año repetí tercero de BUP por... bueno, por razones que no vienen al caso. —Yo ya lo sabía, pero no lo interrumpí—. No fumo, no bebo, no me drogo, ni siquiera una calada a un porro. Salvo una cerveza cuando estoy con amigos, pero no me he emborrachado jamás.

—Pero...

—Pero dicen todo lo contrario sobre mí. Vamos, dilo.

No sé qué contestar, ha dicho lo que pensaba. Él me mira con pesar y continúa:

—Dame tu mano, por favor.

La extiende sobre la mesa despacio, él la toma con cuidado entre las suyas y deja la palma hacia arriba.

—Observa estas dos líneas. —Señala las que salen de la conjunción entre el pulgar y el índice. Me acaricia con la yema de su dedo con mimo—. Esta de aquí es tu vida real. La de al lado, que se distancia cada vez más, es la que los demás crean para ti. La mayoría de la gente no te conoce y prefiere inventarte antes que acercarse y descubrirte. Es en el punto de la unión cuando nadie te conoce, nadie se ha fijado nunca en ti. A medida que destacas, que sales del patrón que dictan los demás, que te haces popular, vistes de un modo diferente o eres guapo... la

otra línea se alejará cada vez más de la primera.

—Pero eso es...

—Difícil de creer. Lo sé. Te pongo un ejemplo. Si conversas con alguien que fuma y no eres nadie, no pasa nada. Si lo haces siendo un chico popular, te conviertes en fumador por lo que supone de importante el rumor. Si tienes un amigo que bebe una cerveza en el templete, pues igual. Así con porros, con ser un golfo con las chicas...

—¿Entonces?

—¡No!

Cuesta creer que Miki no sea un chico de los que se aprovechan de las niñas que andan revoloteando a su alrededor, eligiendo la que más le guste para una noche u otra.

—Espero que tengas tiempo, porque voy a detallarte todo.

—No tengo mucho...

—¿Me lo dedicas, aunque sea poco?

—Claro.

—La primera vez que una chica me pidió salir yo tenía diez años, se llamaba María del Mar, una vecina un año más pequeña que yo. ¡Qué ímpetu!, ¿verdad? —Ambos reímos—. Desde esa época hasta los quince, siempre estuve pendiente de los estudios y no acepté ninguna oferta. Ni siquiera habría sabido qué hacer con una chica a solas, puedes creerme.

Lo miro con escepticismo y él responde con un «te lo juro por mi propia vida». Le creo. Luego detalla lo inocente que siempre ha sido en ese tema.

—Continúa —le pido en un susurro.

—Llegué al instituto como otro *pringao* más, de esos que miran para otro lado y se esconden en la espalda de uno más alto para evitar una novatada. ¿Te suena? —Sonreí—. Pasé dos años en lo que muchos denominan “el anonimato”. Y aparecí en tercero con el pelo largo.

—Y *todo* cambió —murmuré.

—Para mal y para bien.

No lo comprendo y creo que él lo nota en mi cara.

—¿Para mal? —pregunto.

—Personas que nunca me habían dirigido la palabra, ni la mirada, y ahora se acercan para ser mis amigos. Chicas que de repente dicen estar enamoradas de mí. Patético. Yo me miraba al espejo y veía a la misma persona, pero con el cabello más largo, solo eso. Entonces comprendí que para muchos era un atractivo, un sol que te atrae con su gravedad, un cebo para gustar y ligar; pero para mí fue diferente, lo tomé para usarlo como armadura, como un escudo con el que evitar la hipocresía, los ataques de quienes solo buscan popularidad, una tabla de surf para mantenerme a flote.

—¿Para no ahogarte?

—Eso es.

—Pero si no hay agua.

—Claro que sí, la que lleva la marea, la misma que arrastra las algas muertas.

—¿Y quiénes son las algas muertas?

—Está claro, los que no tienen personalidad, los que hacen lo que se les dice sin cuestionarlo.

—Entonces, yo soy una alga muerta.

—No lo digas ni en broma, tú eres de las que destaca, y lo has hecho sin necesidad de cambiar tu aspecto ni forma de vestir. ¡Y desde el primer curso!

—¿Lo he hecho gracias a gustarle a uno que ya estaba sobre la tabla en la ola?

—¿Crees que solo es eso? No me has gustado como un capricho, sino porque he visto a una

igual en ti. Tú y yo somos idénticos por dentro.

Iba a protestar, pero se acercó de repente y me besó en los labios, mi primer beso de verdad. Me dejó llevar hasta no recordar dónde estaba, qué día era o qué tenía que hacer a continuación. Un zombi mirando a sus ojos como si fuera un pececillo buscando una bocanada de aire, nunca mejor dicho, ya que seguía con la boca abierta y a la espera de que sus labios y su lengua me suministrasen el oxígeno que necesitaba para respirar.



Mis amigas estaban enfadadas por el abandono, ya se les había pasado la euforia tras contarles que salía con Miki. Cosa que no creyeron hasta vernos marchar en moto la tarde siguiente. Estábamos a finales de julio y pronto llegaría el mágico momento de veranear juntos en El Portil.

Casi todas las tardes íbamos a la playa, a veces al chiringuito y otras nos perdíamos por una cala desierta; allí paseábamos, comíamos algo y luego dormíamos juntos. Miki me acariciaba bajo la ropa en determinados momentos, yo sentía la lucha interior por dejarme llevar por las sensaciones o frenar su ímpetu para hacerme respetar. Él se contenía las ganas y acabábamos dormidos oyendo el arrullo del mar y el viento entre los matorrales de avena que nos rodeaban, mecidos en una danza hipnótica.

—¿Qué quieres hacer hoy?

—Sorpréndeme. —Es mi respuesta de siempre, dejarme llevar. No me importaría que fuésemos al infierno si lo hacíamos juntos.

Es martes, creo, porque no sé en qué mundo vivo este verano. Miki lleva una radio pequeña a pilas y sintoniza una emisora en la que ponen una balada, se quita la camiseta y el pantalón mientras yo extiendo la toalla sobre la arena. Nadie a nuestro alrededor. Se oyen las olas rompiendo sobre la orilla. Otro día más en el paraíso. Hace calor y nos abrazamos mientras caminamos hacia la orilla.

—¿Quién me ha visto y quién me ve!

—¿Por qué lo dices? —le pregunto.

—Con la fama que he tenido estos dos últimos años...

—Espero que sea solo eso, fama.

—Ya sabes que sí. —Toma mi cara entre las manos con delicadeza, como siempre, y me besa despacio pero de forma intensa.

Regresamos tras un baño y más besos y abrazos en el agua, hoy más fría que las veces anteriores, y nos tumbamos sobre la enorme toalla, aunque solo ocupamos un lado, porque él está sobre mí. Desliza su mano derecha por mi cuello mientras me besa, su cuerpo frío y mojado contrasta con el sol seco que castiga mi piel. La mano baja hasta entrar tímida bajo la tela inexplorada de mi bikini. Es la primera vez que le permito acariciarme el pecho. Sus labios son pura sal y pasión. Gimo cuando su boca me permite hacerlo. Lo abrazo con fuerza todo el tiempo. Su mano comienza a bajar de nuevo, parece no estar saciado con mi regalo; tal vez ni siquiera agradecido. Cuando baja del ombligo siento un escalofrío y le hago entender que no es el

momento.

—No, por favor.

—¿No? Pensaba que te gustaban mis caricias.

—Me gustan, pero... No sé... Creo que no es el momento ni el lugar.

—No nos ve nadie.

—No se trata de eso.

—¿Acaso no me quieres?

—¿Cómo? Eso no tiene nada que ver. Te quiero con toda mi alma, pero no estoy preparada para esto. Dame tiempo, por favor.

—Claro —lo dice con decepción. Se aparta y tumba a mi lado, deja de acariciarme, incluso el pelo, y se queda dormido en cuestión de minutos. Siento frío a pesar del sol, del verano, de haberlo tenido sobre mí hace un instante con sus dedos de fuego.

Me levanto despacio y me acerco a la orilla dando un paseo, observo la arena húmeda antes de decidir sentarme; ante mí un mar embravecido. Todavía la piel de mi pecho recuerda sus caricias con anhelo. Pero debería estar enfadada por su insistencia, por el chantaje al decirme que debería dejarle hacer solo por amarlo; y lo peor de todo es que, en el fondo, siento decepción conmigo misma por no ser capaz de dar el paso. ¿Es justo? Una parte de mí dice que no, que él no debería jugar así conmigo; otra parte me susurra con desesperación que lo perderé si no accedo a sus deseos. Deseos... Tal vez sean los mismos que yo siento.

Es mayor que tú, Laura, él va más deprisa... —me digo.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando se acerca a mí y dice, con la misma frialdad de antes, que se ha acordado de una tarea que debe hacer, una que no especifica, pero debemos marcharnos ya. Recogemos en silencio, del mismo modo que me lleva en moto a casa y luego se despide de mí, sin quedar para el día siguiente. Lo veo partir a toda velocidad, sintiendo que con él se marcha toda mi felicidad. Antes nuestra relación era una columna de folios bien ordenados, ahora todos se han esparcido por el suelo tras el golpe de aire de una ventana próxima. Y siento que comienzan a dispersarse por el infinito hasta desaparecer. ¿Quién los buscará y ordenará de nuevo?

Cuando entro en casa, corro al dormitorio y me encierro para llorar sobre la cama, ni siquiera sé cuánto tiempo estoy allí, lamentándome por ser demasiado mojigata. O demasiado pequeña para salir con él. Las dudas crecen hasta hacerse oscuros gigantes de miradas sombrías que me observan desde arriba, señalan, juzgan y ríen por mi estupidez. Algún día tendré que dar el paso, ¿qué mejor que hacerlo ahora, ante el chico que amo? Será un recuerdo maravilloso.

Pero aparece otro gigante a su lado, uno blanco y repleto de luz que ha crecido sin que yo sepa cómo, y que me susurra calma, paciencia. «Si no espera por ti, no te ama como tú a él». «Si no respeta tu decisión, no te respeta a ti». Y este gigante pacífico recibe el feroz ataque de los oscuros, que sin piedad acaban por abatirlo a golpes.

Despierto empapada en sudor y con hambre, la radio despertador está apagada, Noelia duerme mientras la persiana cerrada filtra algo de luz. Es por la tarde pero no sé cuánto llevo durmiendo. Me levanto para ir al baño y luego a la cocina, hay sobras en la nevera, las caliento en el microondas y como a solas, o peor, acompañada de horribles pensamientos.

¿Qué hacer? ¿Avanzo y le permito tomar de mí lo que desee o me mantengo firme en mis principios y le pido que espere hasta que me sienta preparada? Recuerdo que sentí algo muy especial, nuevo y excitante al permitirle por primera vez acariciar mi pecho bajo el bikini, pero luego llegó el bloqueo cuando él quiso irrumpir en una zona más íntima aún. No le bastó ese paso, ni siquiera lo agradeció.

Me veo en la calle, paseando sin rumbo por el barrio, y no recuerdo tampoco haber salido de



casa. Llevo el *walkman* con una cinta de música grabada de la radio, ahora suena *I like Chopin* de Gazebo, y no ayuda, me siento más triste. Ojalá me encontrase con mis amigas y pudiera pedirles consejo, pero están enfadadas por cómo las he descuidado y tampoco me apetece consultar algo tan íntimo que me da vergüenza incluso al pensarlo. Bueno, nunca es tarde para pedir perdón a quienes lo merecen, tal vez Marta y las demás estén en la plaza.

Cuando llego suena en el *walkman* *Los dos cogidos de la mano*, recuerdo que esa fue la canción que sonaba cuando empecé con Miki, decido apagarlo. En el banco de siempre están mis tres amigas. ¡Bien!

—Mira quién viene por ahí. Si es doña Importante —dice Inma, enfatizando esa última palabra.

—¿A qué vienes? ¿Una obra de caridad para tus antiguas amigas? —añade Marta, parece la primera vez que coincide en opinión con Inma.

Patri no dice nada, solo me sonrío.

—Venía a pedir os perdón —susurro—. Solo eso, me marchó si os molesto.

Patri corre hacia mí y me abraza, me pide que no me vaya. Las otras se suman y me suplican perdón por ser tan duras.

—No tenemos derecho a decirte lo que tienes que hacer, y es normal que con novio se pierda algo de contacto con las amigas —dice Marta. ¿Marta? ¿Desde cuándo piensa de forma cuerda y coherente? ¿Dónde dejó su egoísmo?—. Si yo estuviera con Miki u otro tío igual de buenorro, no me veríais el pelo ni en clase.

Todas nos reímos, incluso Inma.

La tarde se sucede entre risas que me hacen olvidar lo sucedido en la mañana y la importante decisión que debo tomar. Nos despedimos con la promesa de volver a repetirlo el día siguiente y me dirijo a casa, sonriendo y dando las gracias mentalmente por las buenas amigas que tengo. Antes de cruzar la calle, espero a que pase un coche y la vista se me va hacia la izquierda, como movida por un invisible hilo del caprichoso destino.

Y allí está él.

La chica que monta detrás en su moto lo tiene bien agarrado de la cintura, es mayor que yo, quizás también mayor que él, lleva una minifalda blanca que se ha comprimido al abrirse de piernas para montar y se le ven las bragas, luce un maquillaje excesivo y sonríe mientras mastica un chicle con la boca abierta. Él se ríe por alguna confidencia hecha en el oído, demasiado cerca, demasiado íntimo. La moto arranca y desaparece calle arriba.

Ojalá el dolor de mi pecho desapareciera con la misma facilidad que lo han hecho ellos.

Tal vez nunca me abandone.

Esta noche, entre sollozos, pienso que logrará acabar conmigo consumiéndome desde dentro, lentamente hasta no dejar nada más que mis estúpidos e infantiles deseos de felicidad.

Dolor, solo dolor.



Ni cené la noche anterior ni puedo desayunar esta mañana, el vaso de leche con ColaCao me da náuseas solo con olerlo. Mi madre suspira al verme salir a la calle, ¿cómo voy a engañar a quien me ha dado la vida? Mamá logra adivinar mis pensamientos con solo un rápido vistazo.

Pero ¿qué decirle? «Hola mamá, mi novio, que por cierto es dos años y medio mayor que yo,

quiere hacer el amor conmigo». El infarto está asegurado. No puedo hablar con ella, menos aún con mi hermana. Mis amigas formarían una fiesta al comentárselo, además de extender la noticia por todo el barrio, la ciudad, el país, el planeta entero.

Esta vez no camino hacia la plaza, ni sé el motivo que me lleva hacia la avenida de las Fuerzas Armadas, allí contemplo la luz de la mañana sobre el alto edificio de la acera de enfrente, nunca antes me había fijado en las escaleras de incendio exteriores y pintadas de rojo, ni en los pasillos que se extienden a lo largo de cada planta. Pocos coches atraviesan la carretera, se nota el verano en una ciudad con playa.

—¡Hola, pecosa!

Me giro como movida por un resorte, comprobando que ya no lleva a la furcia de minifalda blanca montada detrás. Miki me mira con su cara de suficiencia, de sinvergüenza, la misma de siempre.

—Hola.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Perfectamente.

—Venga, se te nota el enfado.

—¿A mí? ¿Por qué iba a estar enfadada? ¿Te lo pasaste bien ayer con esa guarra de la minifalda blanca, la que mostraba las bragas y te abrazaba como un pulpo?

—¿Cómo? ¡Ja, ja, ja! Ya sé. Hablas de Vanesa, una amiga de David, me la encontré por casualidad y me pidió que la llevase al centro.

—Como si te la llevas a la playa, tenía pinta de dejarse hacer lo que no te dejo yo. —Y rompo a llorar sin poder frenar todo el enfado y miedo que se acumulan como un cóctel mortal en mi estómago. Espero no vomitar, pero si lo hago, que sea sobre él, o mejor aún, sobre su moto nueva.

—No quiero que te dejes hacer nada, solo que te relajes. Creo que me has malinterpretado. No se trata de hacer nada malo, solo avanzar en la relación.

—A lo mejor no puedo seguir la velocidad a la que vas tú, soy más pequeña.

—Lo sé. Perdona si te he presionado.

—Déjalo, no importa.

—¿Te ha molestado lo de Vanesa?

—No —miento. Y se me nota.

—No volveré a llevarla en la moto.

—Puedes llevar a quien te dé la gana.

—Venga, no seas difícil, ¿vale? Estoy pidiéndote disculpas.

—Está bien.

—¿Quieres dar un paseo?

¿Qué hago? ¿Cedo y le doy la victoria o lo dejo allí y me paso ese día, o toda la vida, esperando su llamada? Ya imaginas lo que decido...

La moto enfila la carretera de la playa, aunque no llevo bikini ni toalla. Él tampoco. Llegamos a nuestra calita desierta y caminamos hacia la orilla agarrados de la mano y en silencio. El mar se muestra en calma. Miro mi reloj, quedan horas para la hora de regreso a casa, con el pan comprado. ¿Qué vamos a hacer si no tenemos siquiera una toalla sobre la que tumbarnos? No me puedo bañar sin bikini. Me equivoco.

Miki me abraza bajo un agua cálida como no la había sentido en mucho tiempo en la zona. Sacamos la cabeza para respirar, luego me besa como si fuese la primera vez, sus manos arden en mi espalda, pero menos que su pecho al contacto con el mío.

Me lleva en brazos hacia la orilla y me tumba, estamos en lencería los dos, nadie a la vista,

comienza a besarme el cuello y baja hacia el pecho, sus labios queman al recorrer mi cuerpo, mucho más que el sol. Agarro su cabeza y la aprieto con fuerza contra mí. Me sorprende al gemir con cada beso. A veces siento su lengua dibujando con fuego un sendero en el lienzo de mi piel.

No me doy cuenta y tengo el sujetador quitado, su pecho está ahora a la altura de mis pies y él sube con besos cortos por el interior de mis piernas. De repente noto sus dedos jugando con el filo de mis braguitas, estas empiezan a bajar y no soy capaz de impedirle hacerlo. Bajan tan despacio como noto sus labios subir desde las rodillas hacia los muslos.

El cielo se abre ante mis ojos cerrados, aunque sigo pensando en un futuro incierto y desangelado. Quiero decirle que pare, que lo deje para otro día, pero no lo hago, lloro por dentro y sucumbo ante una realidad que no contemplaba horas antes, al menos como opción ganadora.

Lloro por la decisión tomada, pero lloro solo por dentro, que es donde más duele.

Miki está dedicando toda su atención a mi más profundo rincón de amor. Tengo las manos aferradas a su cabeza, aprieto y siento sus cabellos húmedos entrelazados con mis dedos. El frío del agua se mezcla con el calor que sube sin freno, sin límite. Hasta que todo termina.

Todo.

♪♪ «Los dos cogidos de la mano, por las calles. Y regalándonos mil besos en cada rincón. Te quiero así, sí, tal como eres, para mí». ♪♪

No me lo puedo creer, la canción de Alejandro Sanz con la que todo empezó. El corazón late a mil por hora, miro la radio despertador en la penumbra, mi hermana acaba de encenderlo y me observa asustada por mi reacción. Le doy un puñetazo y el aparato cruje, se apaga. Alejandro Sanz a la mierda por hoy.

Noelia pregunta con la mirada un por qué. Le respondo con mi mirada un porque sí.

Ayer terminaron las clases y hoy es el primer día de verano, son las diez y cuarto. ¡Todo ha sido un puñetero sueño!

—Venga, a desayunar, me pido *primer* para el baño —digo.

—Una mierda, yo *primer*.

Esto sí que ha sido vivir deprisa, me pasaré el día suspirando...

## Capítulo 2

### Mandarina

Al caminar desde el dormitorio al cuarto de baño, siento como si hubiese estado dormida dos meses seguidos, me pesan incluso las pestañas. Pero el cansancio no es lo peor, sino el saber que en sueños he sucumbido a Miki y sus deseos a pesar de todos mis razonamientos y postura en contra. ¿Lo haría también en caso de verme presionada en el mundo real? Siento una vergüenza y un rechazo en mi interior infinitamente mayores que en el sueño, no creo que pudiera ni abrazarlo en este instante si apareciese ante mí. ¿Por qué nos comportaremos de un modo tan diferente en los sueños que en la realidad? Me gustaría ser tan lanzada, tan segura de mí misma, pero no darle el gusto de obtener de mí todo lo que desee con solo pedirlo.

Uf, necesito lavarme la cara con agua fría. No, lo que necesito es olvidarme de ese absurdo... No, no ha sido un sueño, sino una pesadilla. Debo dedicarme a mí, desayunar con mamá y Noelia, y luego mantener esa conversación que tengo pendiente con... ¡Mierda!

Le prometí a Fran una respuesta para mañana... ¡No, para hoy! Hemos quedado en la cafetería Nebraska dentro de unos minutos y tengo que romperle el corazón. Mi mejor amigo, confidente, el que me ayudó a averiguar sobre Miki, aun arriesgando su reputación, su imagen. Quien me ayudo, y también a todas mis amigas, a aprobar las asignaturas solo para poder estar cerca de mí. Fran ha hecho más por mí en unos meses de lo que jamás podría hacer Miki, porque este solo ha logrado enamorarme.

¿Solo?

Eso me hace vulnerable ante él, estúpida, inconsciente... y hará que equivoque mis preferencias. Ya lo ha hecho.

Salgo de casa con una mochila de remordimientos, y cada paso que doy hacia la cafetería es más difícil, como si la calle se hiciese aún más cuesta arriba y un fuerte y decidido viento me empujase hacia atrás. Como si la mochila añadiera un remordimiento, no, un ladrillo más a cada paso. Por fin llego. Lo veo al fondo, sentado en la mesa de siempre, está triste y con la mirada perdida a través del escaparate, hacia el jardín del edificio del otro lado. Sabe lo que va a pasar, nos vio ayer en el templete, aunque yo en este momento aún no lo sé.

No soy capaz de entrar, decepción absoluta.

Espero unos minutos, debo reunir el valor y afrontar que ya no soy una niña pequeña, no puedo salir corriendo y olvidarme. No, ya no. Unos niños corren por la calle, me dan envidia por su inocencia y despreocupación. Respiro hondo. La brisa fresca de la mañana hace que pocos valientes decidan desayunar en las mesas de la terraza exterior. Huele a café recién hecho y a bollos, pero no tengo apetito. ¿Quién lo tendría? Un señor mayor pasa a mi lado y me observa, como si tratase de reconocermelo entre todos los vecinos del barrio. Decido entrar por fin.

—Siento haberte hecho esperar, como siempre. No tengo remedio. —No soy capaz de mirarlo a los ojos y sonrío de forma forzada, aunque sé que él lo está notando.

—Ya sabes que no me importa.

Está triste, de cerca se nota mucho más. Me siento a su lado y rechazo tomar un vaso de leche o un bollo. Murmura algo, no lo oigo y le pido que me lo repita.

—Nada, decía que no vas a tardar mucho.

—¿Tardar?

—En rechazarme. Mejor así, como en el dentista, cuanto más rápido, mejor.

Pues que sea como en el dentista. Tomo aire y me lanzo, para eso he venido.

—Lo siento, de verdad, no sabes cuánto significas para mí y lo que te quiero como amigo. Si no quieres ayudarme más a estudiar, lo entenderé, pero no dejes de ser mi amigo, por favor.

Ni parpadea, me alegro, porque no sería capaz de aguantar las lágrimas si él se mostrara apenado o tratase de convencerme con ruegos. Se limita a decir:

—Ahora no sé lo que pasará, necesitaré tiempo, así que el verano me vendrá bien para pensar.

—¿No vas a quedar conmigo, con nosotras? Creía que iríamos todos a la playa, saldríamos alguna tarde a tomar algo o pasear...

—Entiéndelo.

—Claro. Lo siento.

—Y no te disculpes más, tú no tienes por qué estar con un chico solo porque él quiera estar contigo. Eso lo comprendo, aunque duela. Y de todas formas, ¿quién sabe? A lo mejor con el tiempo acabas sintiendo algo por mí.

Le sonrío pero tardo demasiado en responder:

—Nunca se sabe, eres el mejor chico que he conocido.

—No tanto como Miki, os vi ayer en el templete.

Este es sin duda el peor momento, necesito un largo minuto para asimilar lo que pudo sentir Fran al vernos tan juntos y él acariciando mi mano. Tuvo que ser un infierno.

Nota que estoy al borde de un ataque de los míos y cambia rápido de tema. Hablamos de planes, aunque cada uno ya sabe lo que haremos todos este verano. Luego salimos de la cafetería, nos damos un fuerte abrazo y cada uno toma un destino diferente. Entonces siento que algo dentro de mí se ha esfumado para siempre, el vacío se deja notar de un modo que me provoca ganas de llorar, pero no lo hago. Debo dejar de llorar por todo, afrontar mis decisiones. Lo que ha pasado en la cafetería es un paso importante, otro más.

Comienza a hacer calor en la calle, pero eso no me reconforta.



Las dos barras de pan reposan sobre la mesa de la cocina, en la tele echan *Rugrats*, odio a esos enanos de guardería tan mal dibujados, con esas conversaciones absurdas y esa niña mayor con coletas y tan repelente... siempre me recuerda a mi hermana cuando era detestable conmigo. Huele a cocido en toda la casa y eso me provoca hambre, mi estómago se ha rebelado por fin y me obliga, mientras no esté lista la comida, a devorar un trozo de pan. Mamá está de espaldas y tararea alguna canción que ha escuchado esa mañana y aún no logra desprenderla de su paladar.

¡Uf!, las preguntas se acumulan, aunque me había prometido soltarlas con más cabeza. Venga, vale, ya no soy una niña, vamos a usar el tacto y hacer una pregunta de adultos:

—Mamá, ¿puedo tener dos novios a la vez?

Se gira asombrada. Parece que no he logrado mi objetivo.

—¿En serio estás pensando en eso? Cada vez me preocupas más.

—Es que hay un chico que me ha pedido salir, bueno, ya lo conoces, Fran.

—Ese chico es muy majo y estudioso.

—Ya, pero sigo colada por Miki.

—Ese no me cae tan bien.

—Pero si no le conoces.

—Es intuición de madre, ya sabrás lo que es eso si tienes hijos.

—Céntrate, mamá.

—Laurita, cielo, ¿no puedes pensar en otra cosa que no sean los chicos? Ahora deberías disfrutar del verano con tus amigas. ¿No vais a ir a la playa dentro de dos o tres días?

—Que sí vamos, no seas pesada. Pero ahora hablábamos de Miki y Fran. Estaría bien estar con Fran porque me trata muy bien, está pendiente de mí, me ayuda con los deberes y todo eso, pero también con Miki para... ya sabes. —Sonríe y guiña un ojo. Mamá se asusta.

—¿Para qué? No me des un disgusto.

—¡Jo, mamá! Para besarnos y decirnos cosas bonitas al oído.

—Los chicos, y más los de diecisiete años, buscan algo más que dar besitos.

—¿Meter mano?

—Sí hija, y más cosas.

—¿Qué hay más?

—Olvídalo, ya te lo contaré cuando cumplas quince años, o dieciséis.

—Claro, o treinta, no te jode.

—¡Esa lengua!

—Es que nunca me cuentas nada.

—Es que tú no tienes que pensar nada más que en estudiar y pasarlo bien con tus amigas, se acabó la conversación.

—Pero si no hemos conversado, nunca me resuelves las dudas.

—Vale, la pregunta es si puedes tener dos novios a la vez. Pues no, no puedes tener ni siquiera uno. ¿Está claro? Te castigo en casa un año entero como se te ocurra desobedecer.

—¿Peeeeeeeerdona? ¿Voy a ser la única pringada perdedora de todo el instituto que no puede tener novio? Mamá, me estás arruinando mi vida social.

—¿Tu qué? ¿Tú tienes de eso? ¿Qué eres, la Preysler? Anda, deja de decir tonterías y pon la mesa, que el cocido está casi listo.

—Podrías hacer ensaladilla rusa, que el cocido me da calor y no me deja dormir la siesta. Y Noelia se tira pedos con tus guisos, pero claro, como tú no tienes que compartir cuarto y dormir con ella...

—Claro que sí, lo que desee la señora marquesa. Me lo apunto para mañana.

Dicho y hecho, toda la tarde sudando y dando vueltas en la cama. Noelia ronca y se ha tirado ya dos pedos, qué asco, huelen peor que los huevos cocidos. Me tapo la nariz y muerdo la sábana para no despertarla con las risas, y también para no respirar por la boca. La almohada es mi mascarilla antigás improvisada para salvar mi vida. Debí dejar la puerta abierta del dormitorio. Si se tira dos más, moriré asfixiada sin que ningún chico me haya besado nunca. Tragedia a la vista...

Frente a mí, en la pequeña repisa del fondo y al lado del armario compartido, veo colocadas algunas muñecas y peluches de cuando jugábamos con ellos. ¿Cuándo fue la última vez? ¿Quién me iba a decir que yo acabaría viviendo la vida de mi Barbie? Le inventaba un novio y así jugaba a que elegía la ropa que ponerse y luego se maquillaba y peinaba para una cita ideal, y eso que yo no sabía qué era eso. ¡Espera! Tampoco lo sé ahora.

Entonces imagino a Miki esperándome en la puerta de casa, más guapo que nunca, me lleva en

moto al centro y allí entramos en el cine, me compra palomitas y un refresco de naranja. Pasamos a la sala y nos acurrucamos muy juntos. Mis manos rozan las tuyas de vez en cuando al coger las palomitas del paquete compartido. Me abre la botella de Fanta, tiene el tapón muy duro, y me la ofrece para darle un sorbo, tengo cuidado de que no me queden restos de maíz en la boca, ya que los protagonistas de la peli se están besando y veo venir lo que va a suceder. Hummm, me besa suavemente, me olvido de la película y solo pienso en...

¡Mierda, no sé besar!

En mis sueños se me daba de fábula, claro que no recuerdo bien la técnica, debería ensayar un poco. Junto el pulgar con el índice de mi mano derecha, dejando un pequeño hueco, como una boca entreabierta, me acerco y comienzo a dar besitos cortos, luego saco la lengua y pruebo a meterla entre los dedos. Puaj, está ácido y algo áspero. ¿Sabrá así una boca? Espero que no. ¿Y si voy a la cocina y pruebo con una mandarina? Estará más dulce. ¿Debería entrenar? ¿Cuánto dura un beso? ¿Podré respirar o tengo que aguantar la respiración? Intentaré no comer algo que lleve ajo en mis citas para no asfixiar a mi novio.

¿Asfixiar? ¡Joooo, qué asco! Noelia se ha tirado otro pedo espía, a traición y sin hacer ruido. Arrrgg, es denso y se queda pegado en la garganta al respirarlo. ¡Voy a vomitar si no salgo corriendo del cuarto!



La mandarina quedó destrozada, ahora me duele la lengua por el esfuerzo y no podré quitarme el olor de la cara en toda la tarde. Encima tuve que comérmela sin ganas para eliminar todas las pruebas del delito.

Llego a la plaza a las cinco, como hemos quedado, bueno... unos minutos tarde. Inma me mira de un modo extraño, Patri parece triste y Marta no deja de hablar ni para saludarme.

—Hola.

—¿Hola? ¿Cómo que hola? —Inma se ríe al hablar, llega y me da un achuchón que me deja temblando—. Venga, cacho perra, cuenta, cuenta.

—No sé... ¿de qué hablas? —Todas me miran expectantes en ese momento.

—Te vimos ayer —dice Patri, por fin me dedica su atención—. Fran y yo estábamos en aquel banco de allí —dice señalando inocentemente con el dedo.

Siento que se me encoge el corazón.

—Fue casualidad, lo encontré abajo de casa, me pidió dar un paseo y estuvimos hablando ahí enfrente.

—¡*Dabuten*, tía! —grita Inma—. ¡En el templete de los mayores y con un Imposible! ¡Manitas y miraditas! ¡Eres la puta ama!

Su comentario me da igual y su entusiasmo no se me contagia, yo me siento un gusano rastrero por haber hecho daño a Fran.

—Yo no soy nada, solo hablamos, como lo haría cualquier pareja de amigos.

—¡Anda ya! Si te tenía la mano cogida y estaba pegado a ti. ¿No es verdad, Patri? Eso dijiste. Dilo otra vez, dilo.

Patri no dice nada, solo me observa con timidez.

—Será porque Miki es muy de tocar, siempre lo hace, pero no hablamos de nada ni pasó lo



que imagináis.

—Es cierto —dice Patri por fin—. Hablaron cinco minutos y él se marchó.

¿Fueron cinco? A mí me parecieron mil. Aún recuerdo los nervios.

—¿Qué aburrido, entonces! —Inma parece decepcionada—. Si no hubo morreos y tocamientos... menuda porquería de cita.

—No fue una cita —respondo con ira, luego le pido perdón. Estoy muy alterada, enfadada, no me gusta el juego y pienso que él lo hizo conmigo ayer. Sí, estuvo jugando en el templete y me dejó con la miel en los labios, con el alma partida... Pido que cambiemos de tema y lo hacen a regañadientes. En el fondo se dan cuenta de que mi cara muestra un dolor que no esperaban.

Patri se acerca y me da un abrazo fuerte, me nota triste y ella es incapaz de no ofrecer su calor para ayudar. Es muy amiga de Fran y sabe que le he hecho daño, pero también es mi amiga y parece capaz de notar el dolor que la situación me produce.

—Hueles a mandarina —me susurra al oído.

—Ja, ja, ja. Mejor no te lo cuento.

Patri me mira con una sonrisa extraña... Llego a pensar que ella también ha practicado con fruta, porque no me miraría así solo por haberme comido una. ¿Verdad?

—¿He tenido una idea! —grita Marta— ¿Qué os parece si quedamos para mañana? Así no tenemos que esperar tanto para nuestro primer día de playa. Quiero quitarme este moreno de albañil que tengo. —Se sube la manga de su camiseta para que viéramos la diferencia de color entre el brazo y el hombro. Como si hiciese falta, todas las demás teníamos esas marcas en brazos, cuello y piernas.

—¿A las diez aquí abajo?

—¿Tan temprano? —Marta, dueña de la idea, ya empieza a arrepentirse.

—Es que luego hay colas y va el autocar lleno. No pienso ir de pie.

—Solo son veinte minutos.

—Me da igual. ¿No has oído, enana? No pienso ir de pie.

—Vamos, no discutáis. A las diez todas aquí —digo para mediar.

—Ya habéis oído a la líder.

—¿La líder?

—Bueno —añade Marta con un tono de voz algo despectivo—, eres la más solicitada por los chicos, y casi la novia de Miki. Eres casi una Imposible, majestad.

—¡Imbécil! No te pienso prestar el bikini que me pediste.

—¿Zorra, me lo has prometido!

Salgo corriendo hacia casa a la vez que grito un “hasta mañana” a mis amigas. Tras de mí oigo cómo me persigue Marta enfadada, ni en sueños lograría atraparme antes de llegar a casa.

—Estoy enfadada contigo, pensaba que me contarías lo de Miki. No me puedo creer que me haya enterado por Patri, ¡y además la última de todas!

—Lo siento, no te enfades, pero no es algo que me apeteciera compartir con nadie. Ayer me lo encontré justo aquí, en ese muro detrás de ti, y me preguntó si quería dar un paseo. Por cierto, me dijo que había hablado contigo sobre este verano.

—¿Este verano?

—Sobre pasear y estar juntos. No me habías dicho nada.

—Ahora no caigo.

—Jo, esa memoria tuya...

—¿Mi memoria? ¿De qué hablas?

—De nada.

—¿Es cierto? Las chicas dicen que se alejó un momento para coger una flor y te la dio.

—Un diente de león amarillo.

—¿Y no te dijo nada más?

—No, no hablamos de nada más, solo de lo que haríamos este verano. Dijo que quería que fuésemos a Rompeolas a verle, estará trabajando allí de relaciones públicas hasta antes de irse en agosto a la playa. También me dijo que sabía que iría contigo a El Portil. Eso es todo.

—¿Qué raro! ¿No me ocultas nada? Mira que se te nota en la cara.

Menuda memoria tienes, guapa, cuando eres tú la que olvida lo que hablas con él sobre mí.

—No me pasa nada, es que esta mañana tuve un mal momento con Fran.

—¿Lo has rechazado? ¡No, mierda! ¿Ahora ya no nos ayudará a estudiar?

—Marta, eres insoportable cuando te pones tan egoísta.

Me marchó por fin, ella se queda con los brazos y la boca abiertos, sin comprender nada.

—¿Eso es un sí? ¿Nos ayudará? ¿No? Venga, tía, dime algo.

Me fui a la cama esa noche antes de las diez, en la tele no echaban nada decente y Noelia hablaba por teléfono con una amiga mientras mis padres comentaban la posibilidad, algún verano futuro, de alquilar un apartamento en la playa. ¡Ojalá!

Abrí el diario y retiré los dos dientes de león, el más fresco había dejado una mancha que se pondría marrón oscura en el papel con el paso de los meses, igual que hizo el anterior cuando lo empecé a usar. Tengo la intención de escribir lo ocurrido en el día, pero acabo por soltar frases sueltas y sin más sentido que definir las sensaciones ante Fran, luego con las chicas, mi ensayo del beso con la mandarina, eso me avergüenza, y el deseo último de que el verano sea el más feliz de mi vida, pase lo que pase con Miki, con las chicas o con quien sea.

Lo cierro y suspiro hondo. Ojalá mañana en la playa me olvide de todas estas tonterías...

## Capítulo 3

### Sirenita

He vuelto a soñar con Miki, estábamos en una calle oscura en mitad de la noche y al oír mis llamadas se escapaba a toda prisa corriendo para que yo no lo alcanzase. He despertado empapada en sudor y, viendo que aún era temprano, no entraba luz por los resquicios de la persiana, me he puesto los auriculares. *Bonito es* de Los Sencillos me ha alegrado, luego llegó *Se le apagó la luz* de Alejandro Sanz y me hizo enfadar. No quiero que se apague mi luz. Por favor, es mi momento. Dejo el *walkman* sobre la mesita de noche y voy al baño con todos mis bikinis más los que me ha prestado Noelia; allí me pruebo en silencio uno tras otro, los de ella me quedan grandes de culo y pecho, grandes a secas, el resto son horribles, de niña pequeña. ¡Qué vergüenza! Seguro que mis amigas aparecen como en un desfile de esos de la tele, sobre todo Patri. Ya la imagino quitándose el pareo o el vestido y luciendo uno de esos de ganchillo blanco, o un trikini de los que llevan las modelos en las revistas, pero con mejor cuerpo aún.

El amarillo de flores rosas me queda como si yo fuese una noruega que hubiera vivido diez años en una cueva; el negro es peor y no hace tetas; el blanco con rayas rojas... mejor no hablar; el marrón de Noelia es más adecuado para mi madre; el rosa claro debí tirarlo hace dos años; el gris me hace parecer Inma. ¡Qué desastre! Elijo uno rojo con algo de relleno en las copas y busco una goma del mismo color para el pelo. ¿Dónde están mis gafas de sol? Me había olvidado de ellas y no tengo ni idea de dónde las metí tras el verano pasado. Las encuentro por fin al fondo de un cajón. Jo, están arañadas, a ver si convengo a mis padres para que me compren otras, las merezco por las buenas notas que he conseguido.

Dan las nueve y cuarto y observo el conjunto frente al espejo.

—Guapa, estás cañón. ¡Ja, ja, ja! —Creo que voy a despertar a todos con las risas. Pero es que no está del todo mal, sobre todo posando de perfil, con una pierna delante de la otra, como he visto a las *misses* en la tele.

Si Patri lleva la cámara para que nos hagamos una foto, tengo que ensayar la pose y sonrisa perfectas. Claro que mejor esperar un mes para que estemos bronceadas.

Recojo todo lo que he sacado del armario y lo ordeno de nuevo, luego preparo el desayuno y, cuando voy a tomar mi vaso de leche con ColaCao, aparece mi madre. Se asombra al verme allí, oler el café y observar la mesa puesta.

—¡Mi niña! ¿Has hecho todo esto? ¡Vaya mujercita estás hecha! Eres mi tesoro.

—Jo, mamá, eso me lo decías cuando era pequeña.

—Siempre serás pequeña para mí, pero entiendo que para el mundo te estás convirtiendo en toda una mujer.

—Entonces, ¿puedo tener novio? Uno solo, por lo pronto.

—Laura...

—Jo, es que si me lo pide Miki y le digo que no, seré la pringada del instituto. ¡Qué digo! La pringada del país. De leyenda a retrasada en un segundo.

—¿Leyenda?

—Cosas de mis amigas. Por favor, no nos desviemos del tema. ¿No me estás escuchando?

—Cariño, no me siento cómoda pensando que estás por ahí, en algún parque oscuro, peleando con las manos de un chico para que no toquen lo que no deben tocar.

Oooh, eso no suena del todo mal. Bueno, según dónde quisiera tocar Miki. ¿Es que nunca podrá tocarme un chico? Empecemos por un beso, que a este ritmo me saldrá pelusa en el bigote antes de darme el lote.

—Nadie me meterá mano, te lo prometo. —Lo que tiene que hacer una hija, incluso mentir, para tranquilizar a su madre...

—Más te vale. ¿Ya lo tienes todo listo para ir a la playa?

—Sí, pero queda más de media hora para las diez.

—Mejor, así me ayudas a recoger y fregar.

—Vaya, gracias. Mañana me levanto la última.

—Ains, qué poco te diferencias de tu hermana.

—Sin insultar, ¿vale?

—Anda, termina de comer y vete a divertirte, y recuerda que el último autocar de vuelta sale a las nueve, pero mejor coger el de las ocho u ocho y media para asegurarnos de que no está lleno y os quedáis allí tiradas.

—¿Papá vendría a por nosotras?

—Pues claro, pero no te dejaríamos ir de nuevo hasta que cumplieras los dieciocho.

—¿En serio?! Me llevaré el reloj y te prometo que estaré puntual.

Marta lleva camiseta y pantalón corto sobre el bikini, Inma se ha decidido por un vestido de camuflaje verde, Patri está alucinante con un vestido corto y blanco que transparenta su bikini fucsia y el cuerpazo que tiene. El sonido de las cuatro corriendo en chanclas para no perder el autobús nos hace reír como locas.

Una vez sentadas:

—Keller, había apostado a que vendrías con una camiseta de *Belfy y Lilibit*, seguro que te quedan bien todavía. —Inma se ríe sola con su chiste.

—¡Qué graciosa! Yo te pensaba traer una camisa de cuadros de mi padre.

—Venga dejaos de bromas tontas —pone orden Patri.

—¿Qué habéis traído para comer? Yo un bocadillo de Nocilla. —Aprovecho para cambiar de tema.

—Un bocata de tortilla de patatas —me responde Inma.

—Un sándwich de mantequilla con azúcar y un paquete de patatas fritas —es Marta.

—Yo, una ensalada de lechuga y pepino.

Todas miramos a Patri.

—¿Te sale ese cuerpo, esas tetas, comiendo lechuga y pepino? —pregunto, mis amigas quedan también a la espera de la respuesta.

—No sé, es que si como embutido me pongo enorme.

—¿Enorme? —Inma la mira de arriba abajo—. Calla o te diré por dónde te puedes meter el pepino.

El autobús llega a su destino y todas bajamos riendo, menos Patricia, que está roja como un tomate.

La estación de autocares de DAMAS es enorme y oscura, tardamos un rato en localizar las taquillas para comprar el billete, luego vamos a la dársena que nos han indicado y esperamos a las once. Sentadas en el suelo, y aun estando en un lugar desconocido, no podemos parar de reír y

bromear. Así somos ¿qué vamos a hacerle?

—Mira, Patri, por ahí viene tu novio. —Inma señala a un drogodependiente muy sucio, delgado y sin dientes que pide dinero por la zona.

—*Nasti de plasti*. Ese será tu padre.

—¡Qué va, es tu novio! No te avergüences de él, mira el pepino que marca en el pantalón, te lo ha traído para la ensalada. ¡Ja, ja, ja!

—Inma, no seas desagradable.

—Ya salió la protagonista. Mira, Marta, para una vez que no me meto contigo... A lo mejor te has enfadado porque te gusta el yonqui ese, ¡ja, ja, ja! Tú también quieres pepino para almorzar.

—Jo, Inma, qué bestia eres —intercedo.

—Laura, mejor no hables, que lo mismo y es de tu familia, lleva un chándal igualito que el tuyo.

—¡Callaos, otro mensaje!

Por megafonía anuncian una salida próxima con destino Sevilla.

—Mierda, aún queda un cuarto de hora.

—Oye, ¿qué os parece si hacemos toples?

Miramos a Inma con la boca abierta.

—¿Estás loca? ¡Qué vergüenza!

—Esta quiere vernos las tetas —murmura Marta.

—¿Qué has dicho, *carajaula*? No serán las tuyas, no he traído el telescopio, tapón.

—Se dice “el microscopio”, garrula.

—Oye, te parto la cara antes de llegar a la playa, te voy avisando.

—Jo, menudo día nos vais a dar —digo. Patri asiente—. Portaos bien o el próximo día nos vamos solas Patri y yo.

—Ha empezado ella con lo del toples.

—Solo he preguntado, enana. Y es un interés puramente estético, para no dejar marca.

—Pues no vamos a hacerlo —zanjo yo—, y no será porque no quiera evitar las marcas del bikini para luego los vestidos, pero vamos a una playa donde habrá vecinos, conocidos de nuestros padres, compañeros del instituto y demás. Me muero de vergüenza.

—Podemos caminar hacia la playa de El Calé y allí...

—¿El Calé? Esa es nudista. Ni de broma. Seguro que hay viejos desnudos. Mi madre me mata si se entera, además, está lejísimos, no pienso caminar tanto.

—Sois todas un muermo.



A pesar del ruido que hacían los chicos que llenaban el autocar, abarrotado hasta tener que ir algunos pasajeros de pie en el pasillo, fue a nosotras a quienes más mandó callar el conductor. Y no puedo protestar o echar las culpas a mis amigas, porque yo grité y reí lo mío, hasta llorar de risa y dolerme el estómago.

Hasta ahí, sin exagerar.

Y ahora estamos frente a la playa de La Bota, aunque todos la llaman de El Cruce, porque está en la intersección de carreteras entre Huelva, El Portil y Punta Umbría. Para nuestra sorpresa,

comprobamos que la zona está casi vacía, así que pronto Inma vuelve a insistir con que todas nos quitemos la parte de arriba del bikini. Un detalle sin importancia, junto con las peleas entre ella y Marta, que no empaña la diversión.

Apenas he pensado en Miki o Fran. Bueno, de este último hemos hablado un poco durante el viaje. Nos da pena que no quiera acompañarnos y esperamos que pronto se recupere. Me siento muy incómoda y culpable cuando hablamos de él, mis amigas me miran de reojo, como si yo le hubiera hecho daño de forma intencionada. Un daño que afectase a todo el grupo.

Encontramos un rincón ideal en la playa al cabo de unos minutos de caminata.

—Aquí estaremos de lujo, casi no hay nadie y podremos quitarnos la parte de arriba.

—Buf, otra vez, qué pesada, Inma.

—Calla y clava la sombrilla.

—Hazlo tú, que estás más fuerte.

—Sois unas tirillas.

—Tengo hambre.

—No empecéis, acabamos de llegar.

—Y yo sed.

—A este ritmo nos tendremos que volver a las cuatro, muertas de hambre y de sed.

—¡Hostias, Patri!, ¿de dónde han salido esas tetazas?

Al comentario de Inma, que quedó paralizada mientras clavaba el palo en la arena, Patricia se puso completamente roja. Creo que todas pensamos lo mismo: mejor no quitarnos los vestidos o camisetas en todo el día. Patri parece una chica dos años mayor que nosotras, me refiero a Marta y a mí, claro. Inma es como un camionero, albañil o similar.

—A partir de hoy solo comeré ensaladas de lechuga y pepino —murmuró Marta, yo asentí con la cabeza.

—El curso que viene ya no nos saludarás siquiera en el instituto, cuando te fichen los Imposibles. Tú con el mejor cuerpo y Laura como novia de Miki Superstar. Me quedará sola con Inma.

—De eso nada, Martita, te asesinaré y llevaré tu cuerpo esa noche al instituto, a enterrarlo en la arena de la zona donde se monta el campo de voleibol, allí tus padres no te encontrarán nunca.

—¡Qué graciosa, Manolo!

—¿A que todavía te vas calentita?

—Venga, dejad de discutir, yo me voy a bañar —dice Patri, se levanta y sale de debajo de la sombrilla, todas enmudecemos. Menudas piernas infinitas y culo de primera, se le ha metido dentro parte de la braguita y se lo saca con naturalidad de anuncio de perfume, caminando como a cámara lenta. ¡Qué asco de genética!

—Sí, ahora vamos nosotras. Ve tú primero y nos dices si está el agua fría —le dice Marta.

—Mejor no caminar junto a ella, parecemos sus hermanitas pequeñas —añado.

Inma no dice nada, está hipnotizada por el movimiento del culo de Patri.

Bueno, se acabaron las contemplaciones, no hemos venido hasta aquí para llorar por complejos y tonterías, ni para dejar a una del grupo sola por envidiarla. Ni por ningún otro motivo del mundo lo podríamos hacer. Nos quitamos la ropa a toda prisa y corremos para alcanzarla antes de que llegue a la orilla, allí nos salpicamos a base de patadas en el agua, Inma tira una bola enorme de barro a Marta, le da en todo el pecho y la derriba, la ayudamos a levantarse mientras no podemos parar de reír; bueno, Marta llora y usa insultos que antes nunca habíamos oído, suponemos que herencia de su paso por el colegio de monjas. Nos metemos en el agua con respeto, está algo fría. Patri nos salpica a las demás, comenzamos a salpicarnos como locas, a dos

manos, y nos zambullimos por fin. De repente, Marta sale del agua y corre hacia la sombrilla, no sabemos para qué. Vuelve con algo azul y arrugado en la mano.

—¡Una pelota de Nivea! —grita Inma.

—Ayudadme a inflarla o me dejaré los pulmones.

—Trae, te ayudo. —¿Inma siendo amable con Marta? Patri y yo nos miramos boquiabiertas.

—No me acerco a ti, me harás una ahogadilla.

—Que no, ven aquí. Ven, no corras, ¡oye, mira que será peor cuando te pille!

—Inma, déjala en paz, tengamos un día tranquilo, ¿vale?

—Vaaaaale, me portaré bien, pero es que no tendremos la pelota inflada hasta la hora de irnos.

—¡Atención, atención! Tíos buenos a las diez.

—¿A las diez? —pregunta Inma a Patri.

—Claro, como en un reloj. —Y comienza a gesticular con la mano derecha—. Las diez, las once, las seis, ¿comprendes?

—Pero eso no funciona cuando estamos todas hablando en corrillo, anormal. Tus diez pueden ser mis cuatro o mis leche frita. Mira que te he dicho mil veces que pienses antes de hablar. Las rubias sois todas lerdas.

—Calla y mira. —Marta ha regresado y ya no infla la pelota, está con la boca abierta viendo cómo el grupo de cinco chicos se ponen demasiado cerca de nuestra sombrilla. Parecen guapos desde la distancia.

—¿Vamos? —pregunto.

—¿Pero tú no estás con Miki?

—No, no estoy con él. Pero no lo decía para ligar, sino porque tenemos allí el dinero, la comida, todo. No me fio.

—Estamos en la playa, no digas tonterías. ¡Mira, Marta ha sido capaz de inflar la pelota por fin!

La aludida comienza a tambalearse de un modo teatral.

—Chicas, no puedo más, creo que me está dando una angina de pecho, una bajada de azúcar o algo así.

—Pero si tú no eres diabética.

—Si sabré yo lo que me pasa...

—Ven que te haga el boca a boca.

—¡Inma, déjame en paz!

Otra vez a correr una detrás de la otra.

—¡Ven, verás cómo te recuperas en un momento!

—¡Vete a la mierda! ¡Te juro que no vengo más!

Patri coge la pelota y la termina de inflar para que quede dura, luego me la pasa y empezamos a jugar. Marta e Inma llegan después, pero no son las únicas. En menos de dos minutos tenemos a los cinco chicos revoloteando a nuestro alrededor. Babea ante Patri, aunque debo reconocer que uno me mira a mí. Y nos hacen sentir incómodas hasta tener que irnos a secarnos y tomar el sol a la sombrilla.

—¡Qué pesados! Esos están salidos —protesta Inma todo el rato.

—Pero son guapos —dice Marta.

—¡Qué raro que no me llesves la contraria!

—Bueno, son guapos, ¿no, Patri?

—El del pelo rubio es muy guapo —dice mi bella amiga mientras lo mira.

—¡Eh, deja de mirarlo o los tendremos aquí encima otra vez molestando!



—Inma, no te pongas celosa, a lo mejor tienen cerveza o vino con limón.

Ella lo piensa durante unos segundos en silencio, pero sigue en sus trece, no quiere soportar desconocidos babeando en el día que se suponía que íbamos a estar solas. Patri vuelve a beber y agota su botella de agua, bebe a un ritmo increíble, nos dejará a las demás sin agua antes de las cuatro de la tarde. Marta se come un trozo de su sándwich y guarda el resto.

—Abre las patatas —le pide Inma.

—Son para luego.

—Es que tengo hambre.

—Pues cómete tu bocadillo. O pregunta a esos de ahí si te dan algo de comer.

—¡Qué roña eres!

—Haber traído patatas tú.

—¿Quién traía la radio? —pregunta Patricia.

—Tú —respondemos todas. Nos mira en silencio y sin mover un músculo.

—No fastidies, ¿no tendremos música? ¡Perfecto! —protesta Inma.

—Venga, ¿qué más da? —digo—, yo traje el parchís, las cartas y los dados del quinito.

—No sé jugar al quinito.

—No pasa nada, es muy fácil, te lo explico.

—¿Has traído también el papel y boli para apuntar las partidas?

Ahora soy yo la que mira en silencio a las demás y sin mover un músculo.

—¡Alucinante!

—Bueno, es el primer día, no nos pongamos tan exquisitas, el próximo será perfecto. —Me apoya Patri—. A lo mejor esos tienen papel y boli.

—Sí, claro, para escribir una novela o poesías. Venga, Patri, que no puedes estar cinco minutos sin ligar.

—Vamos a tomar el sol, quiero ponerme morena para cuando vayamos a Rompeolas.

—¿Nos dejarán entrar?

—En las discotecas de verano no hay problema, son muy grandes y entra todo el mundo. Además, Miki trabaja allí y nos colará —dice Marta, todas sonreímos.

—¿Lleváis protector solar? —pregunto.

—No seas pringada, ponte aceite o no te broncearás.

—Pero eso da cáncer, mi madre dice que lo aseguran los médicos y la tele.

—¡Tu madre qué sabrá!

—Pues lleva toda la vida viendo en la tele el *Más vale prevenir*.

Estar morenas y guapas, contra prevenir la muerte, ha decantado la balanza en mi contra

Me quedo bajo la sombrilla, observando cómo mis amigas se tumban en sus toallas tras embadurnarse de supuesto aceite de coco y zanahoria. El pestazo me quita el apetito. Entonces regresan del agua los cinco chicos. Mira que hay playa desierta para pinchar la sombrilla y han ido a hacerlo al lado de la nuestra. Nos observan disimuladamente, especialmente a Patri, que se ha tumbado boca abajo y desanudado la parte de arriba de su bikini.

Mi primer momento a solas en lo que va de día, quitando esta mañana ante el espejo del baño para elegir bikini, y total, tanto trabajo para ser luego eclipsada por Patri, como siempre.

¿Qué estará haciendo Miki? ¿Estará en una playa cercana con sus amigos, con sus padres, con una chica? Esto no es sano, no debo pensar en él, y menos aún de esa forma. Además, este debe ser mi verano, el mejor verano de mi vida, así que no puedo desperdiciarlo pensando en chicos que son una utopía. Esa palabra la descubrí ayer: algo tan perfecto que nunca podría alcanzarse. Eso es Miki, mi utopía.

—¿Qué haces ahí? —me pregunta Marta—. Te vas a quedar blanca. Luego te tiñes esa melena infinita de rojo y ya serás la Sirenita. Pásame el agua.

¿La Sirenita? Estaría bien, así tendría a un príncipe. ¡Espera! No quiero hacer sacrificios por nadie, ni siquiera por amor. La Sirenita entrega su voz para conseguir piernas, creo recordar. Hummm, ahora que lo pienso, si se tratase de perder la voz para tener las piernas de Patri... ¡No! Todos son sacrificios por los chicos. Pues se acabó. ¡Que se jodan los chicos!

—¡Eso, que se jodan!

El grito de Inma me devuelve a la realidad, hacía tiempo que no pensaba en voz alta.

—¿A qué viene eso? —pregunta Marta.

—Nada, pensaba en... en nadie.

—¡En Miki! ¡Cuéntanos algo, puta, que nos tienes en ascuas!

—No hay nada que contar, anda, seguid tomando el sol.

Antes de tumbarme, con toda la sombra para mí, observo el mar, se ha calmado y ahora parece un lago, se ve de un azul muy intenso, casi fusionándose con el cielo, la arena blanca me deslumbra a pesar de las arañadas gafas de sol. Se oiría la brisa si no fuera por las risas de nuestros ruidosos vecinos. No los miro. Juego con la arena fina entre los dedos de mi mano, hay una concha pequeña y blanca que pongo sobre la toalla para llevármela luego a casa como recuerdo. Me reclino y decido desconectar, quizás dormir un rato antes de comer. Por favor, no quiero soñar más con Miki...

¿Sirenita? Menudo aburrimiento de vida si yo fuese la Sirenita.



Despierto sin haber soñado con nada, seguro que han sido cinco o diez minutos nada más. A mi alrededor hay un bullicio tremendo. ¿Qué pasa?

—Os dejamos beber un poco si nos decís vuestros nombres.

Quien habla es un chico de los de al lado, lo hace con Patri, lanzando sus más efectivas (o patéticas) miradas de seducción. El resto está a su lado, a la espera de lanzarse como aves de rapiña sobre las sobras que deje el guapo del grupo.

—¿Qué pasa? —pregunto en un susurro a Marta, a mi izquierda.

—Estos se han acercado y están tirando la caña, a ver si Patri pica.

—¡Pues vaya día van a darnos! A ver lo que tarda Inma en enfadarse y ponerse agresiva.

—Ya lo está. Si hay suerte, le partirán la cara.

—¡Marta!

—Se lo merece por idiota, deberíamos expulsarla del grupo.

—¿Hablas de Inma o de Patri?

—De Inma, claro.

—Pues yo creo que tú deberías hacer las paces y tratar de llevarte mejor con ella, ¿no?

No hizo falta esperar más, Inma los mandó a hacer puñetas y Patri, que seguía siendo un eco de las palabras de su mejor amiga, se apartó para venir a mi lado. Los chicos decidieron darse por vencidos y nos apretamos las cuatro bajo la única sombrilla.

—¿Comemos?

—Venga, vale.

—¿Habéis visto a esos descarados?

- Sí, Inma, y también cómo los has espantado.
- Pero casi estaban babeando sobre Patri.
- Bueno, pero ella es mayorcita ya para mandarlos a la mierda.
- Uno de ellos es mono —dice la aludida.
- Tú te callas, que no entiendes —replica Inma.
- Vamos a comer y tener la fiesta en paz, no hemos venido a discutir.

Eso fue más fácil de decir que de hacer. A las cinco, o son las seis, Patri está en la orilla con el guapo rubio. Marta en el agua con dos de los chicos, jugando a la pelota de Nivea y riendo a gritos. Inma enfadada y sola en la toalla, se pondrá roja como un cangrejo. Yo soportando a otro de los chicos, que no para de insistirme para quedar un día de esa semana.

—...y podemos ir al cine, van a echar una muy buena de Kevin Costner y Whitney Houston. — Eso deduje yo, porque el chico pronunció: Quévin Cosne y Güinny Juston—. Te invito, también con refresco y palomitas, y luego comemos una hamburguesa. Venga, en plan de amigos, no te hagas más de rogar.

—Lo siento, no te estaba escuchando, perdona. ¿Qué decías?

—Decía que la semana que viene podemos quedar, si me das tu teléfono, y vamos al cine para ver una peli de un guardaespaldas...

¡Madre mía!, el chico es imposible de evitar. Tiene una paciencia infinita, es como un robot. ¿Si le pregunto de nuevo lo que ha dicho, volverá a repetirlo? Seguro que sí. ¿Dónde están Fran o Miki para salvarme? Es verdad, esto no es un sueño. Me conformo con Inma, pero si le pido ayuda es capaz de golpearlo. Pobrecito, bastante tiene con ese pelo rizado pelirrojo y las pecas, muchas más que yo.

Hace dos días que no uso mi extraño poder, pero lo necesito más que nunca. Detengo el tiempo, aprovechando que en ese momento el chico no me mira, ni los demás a mi alrededor, y me marcho a dar un paseo por la orilla. No es lo mismo sin el arrullo del mar, sin el movimiento del agua y el sonido de las olas, sin tener que dar unos pasitos corriendo para no mojarme los pies cuando llega una ola muy fría. Eso sí, el calor no se ha detenido, así que tras caminar un par de kilómetros me doy un chapuzón, por el camino he recogido y guardado en la braguita del bikini dos conchas bonitas, he acariciado a un perro mojado que llevaba una pelota en la boca y he observado a varios centenares de personas que tomaban el sol, jugaban o nadaban. Regreso a la toalla, ya seca y mucho más relajada, y me decido a soportar un poco más de lo que sea que vaya a decir el chico a continuación.

De repente, y casi sin haberme dado cuenta, son las ocho menos diez y el chico se ha dado por vencido e ido a jugar al fútbol con otros tres. Marta, Inma y yo esperamos a Patri, que se ha marchado a pasear por la orilla con el rubio guapo. Salieron en dirección a Punta Umbría y desde entonces tenemos a Inma enfadada y lanzando conjeturas catastróficas sobre lo que estará sufriendo nuestra amiga.

—Seguro que la manosea, y es tan tonta de dejarse... No tendríamos que haberle permitido irse con ese desconocido.

—Inma, es simpático y ella sabe cuidarse.

—¿Qué coño va a saber? —Está enfadada de verdad. Mira en la dirección en que se marcharon, usando sus manos como si sirvieran de catalejos, pero no logra localizarlos.

—No creo que hayan llegado hasta el pueblo, está lejos.

—Esos se están enrollando, te lo digo yo. Menuda tonta.

—Pues tenemos que irnos dentro de unos minutos. No quiero perder el autocar y que mis padres no me den permiso para venir más veces.

—Aparecerá pronto, ya lo verás —añado.

—No digas tonterías, la playa se ve entera desde aquí y no hay nadie paseando en kilómetros.

—¿Vamos a buscarla? —propongo.

—Lo que hacía falta, que le den. Nos vamos y que se busque la vida.

—No me voy sin Patri —le digo a Inma—. Y deja de comportarte así, como si ella no te importase. Todas sabemos que eres la que más la quiere.

—Puede regresar a casa con los chicos.

—Han venido en autocar, igual que nosotros, también controlarán los horarios.

—Voy a por ella —digo, y Marta sale detrás de mí. Inma sigue muy enfadada, no por la tardanza, sino por pensar que Patri se haya enrollado con el chico desconocido. Se queda en la sombrilla.

Tardamos diez minutos en dar con ella, al final las distancias no son tan largas como parecen antes de afrontarlas. Aparece paseando al lado del chico, que camina a un metro de distancia de ella, nada de manos agarradas o peor, en las cinturas. Inma se sentirá aliviada al saberlo.

—¡Tía, vamos a llegar tarde al autocar de las ocho y media!

—Pero queda luego el de las nueve —dice el chico rubio.

—Bueno, pero teníamos planeado irnos en el de las ocho y media, ¿no lo recuerdas?

—Perdona, se me ha pasado — se disculpa ella, algo azorada por habernos fallado.

Patricia es un amor, no la merecemos, nunca se enfada, siempre agacha la cabeza cuando se le replica algo, aunque sea injusto. Me siento mal por el tono que está usando Marta, así que regreso caminando por la orilla abrazada a ella, noto su mano jugando con mi pelo a la altura de la cintura. Le digo que no se lo tenga en cuenta, y menos a Inma, que estará peor al llegar a la sombrilla. Ella me mira desde arriba y sonríe por toda respuesta. ¡Qué alta y guapa es!

El sol se pone frente a nosotras, volviéndolo todo de un color mágico y anaranjado; a nuestra izquierda rompen tímidas y titubeando pequeñas olas en la orilla, la arena se hunde al pisarla y nos hace caminar con algo de torpeza, pero no nos importa. Parece que el día no fue como lo esperábamos, aunque eso solo lo parece, porque igualmente ha sido fabuloso; eso es lo que desprende la sonrisa de Patri, también el enfado de Marta e Inma, la ilusión futura del chico rubio que camina detrás de nosotras y el hecho de que yo no haya necesitado una reunión de chicas para solucionar dudas y otras paranoias mentales.

Sí, un día fabuloso que termina con el regreso a casa en silencio, muertas de cansancio. Y luego una cena ligera en casa: croquetas... tengo que hablar seriamente con mi madre sobre la importancia de la dieta y las bondades del pepino. Y mi diario, como siempre.

Pero eso pasa tras la cena y la ducha, serían las diez y media, y casi me pongo a gritar al ver al cangrejo que me sonreía con cara de idiota desde el otro lado del espejo. Pero si no he salido de debajo de la sombrilla, salvo para bañarme dos o tres veces y luego para ir a buscar a Patri.

—Dios, cómo duele. ¡Mamá! ¡¡Mamá!!

El alcohol que me frota con cuidado mi madre por todo el cuerpo, especialmente en la espalda y hombros, solo alivia unos segundos. Estoy desnuda en el baño y observo el destrozo en mi delicada piel blanca, con la marca del bikini en blanco nuclear sobre fondo rojo langosta.

—Jo, mamá, cómo duele. No podré dormir.

—Pues eso te pasa por estar tomando el sol sin protección.

—Pero si estuve todo el día debajo de la sombrilla.

—Sí, claro, eso cuéntaselo a otra.

—¡Te lo digo en serio! ¡¡Cómo duele!!  
—Pues ya no vas más a la playa.  
—¡No ni ná! ¿Qué me estás contando?  
—Era una broma, tonta. Al menos, espero que lo pasarais bien.  
—Sí, pero había unos niños muy pesados que se pusieron cerca para ligar y se acercaron varias veces. Uno quería llevarme a ver no sé qué película de un guardaespaldas.  
—¡Uy! Esa es muy bonita, la he visto anunciar en la tele.  
—Jo, mamá, céntrate en mí. Estábamos hablando de chicos y de salir; que siempre te dispersas...  
—¡Ay, la que te ha dado con los chicos! ¿Quién iba a imaginar que tendrías ese éxito después de verte recién nacida? ¡Con lo feucha y peluda que saliste! Tu tío abuelo Indalecio dijo que parecías el mono más feo del circo.  
—Pues no lo conozco, pero qué asco le tengo a ese tío abuelo, a ver si se ha muerto ya.  
—¡Niña, claro que se ha muerto!  
—Mamá, ¿tú crees que soy bonita de verdad, o que los chicos solo quieren meterme mano?  
—Te juro que te hubiera cambiado por otra más fea si llego a saber hace catorce años que me ibas a hacer estas preguntas.  
—Jo, mamá, responde, que es de vital importancia. Nunca piensas en mis prioridades y en lo que es más valioso para mi existencia. Dime lo que se siente cuando a una le meten mano. Por cierto, ¿dónde meten la mano los chicos?



Ni te imaginas cómo duele estar tumbada en la cama, da igual si es boca arriba o boca abajo. El próximo día, que espero me haya recuperado ya de las quemaduras, iré con un traje de esos que llevan los buzos. Necesito crema solar ya, mañana iré a comprarla.  
Mi hermana aún no se ha acostado y estoy sola en el dormitorio con el diario entre las manos, el diente de león más fresco lo tengo entre los dientes, sabe ácido. ¿Qué escribirías tú? Yo he apuntado la cantidad de risas que hemos compartido, y que cada vez Inma y Marta se llevan peor, y que Patri está más espectacular cada día. He pasado un día alejada de pensamientos absurdos, aunque no alejada de chicos, porque los improvisados vecinos han agobiado lo suyo. ¿Nos pasará lo mismo dentro de tres días, cuando vayamos a Rompeolas por primera vez?  
Te quiero, Miki. ¿He pensado yo eso?  
Mierda.  
A este paso, la Sirenita acabará cambiando la voz por las piernas largas para seducir al príncipe... O la voz por un buen culo y dos tetas.  
Hummm, sí, aunque no recuerdo que la Sirenita de la peli tuviera un cuerpo diferente al mío.

## Capítulo 4

### Príncipe al rescate

Este verano parece acaparar la radio Alejandro Sanz, su *Lo que fui es lo que soy* suena a todo volumen mientras Noelia y yo nos estiramos, subimos la persiana y nos repartimos el espacio del pequeño cuarto de baño.

Aprovecho para lavarme la cara mientras mi hermana se sienta en la taza del váter. Estoy pensando profundamente, como cada mañana. Por eso las preguntas brotan espontáneas:

—Noe, ¿tú crees que lo que hemos sido de pequeñas es lo que seremos de mayores, como dice la canción de Alejandro Sanz?

—Espero que no, porque tú eras un coñazo de hermana preguntona. ¡Espera! Pero si eso es lo que sigues siendo ahora.

—¿Qué graciosa! En serio. ¿La gente cambia?

—Y yo qué sé, tengo quince años, solo recuerdo pelearme contigo para que no tocases mi Casa Grande de Pinypon.

—Pero si la Casa Grande es mía.

—¿Una mierda *pa* ti! ¡¡Mamá!! ¿Verdad que la Casa Grande me la echaron los reyes cuando tenía once años?

—Me acabas de dejar sorda.

No he sacado mucho de la conversación con mi hermana, así que toca meditar o atacar a mamá. Eso último puede funcionar...

—Mamá, ¿verdad que ya no soy una enana coñón?

—¿Coñón? ¿Qué es eso?

—No sé, pero Noe me lo dice desde hace mucho, tiene que ser algo como repelente ¿no?

—Sí, hija, sí. Quiero decir que no, no eres repelente ni coñón... Ya hablaré con tu hermana luego.

—Es que ayer, cuando nos entraron esos pibitos...

—¿Pibitos? ¿Qué es eso? ¿Te han entrado picores?

—Jo, mamá, qué vieja eres, no te enteras de nada.

—Hija, deja de hablar en clave, que parece esto un mensaje de los espías nazis.

—Los chicos de la playa, si te lo dije ayer.

—Es verdad, ¿qué pasa con esos niños?

—Pues que uno me dio la vara. Que me entró. Ya sabes ¿no?

—Que quiso quedar contigo. El del cine.

—Eso es. Pues resulta que, a lo mejor, la solución a lo de Miki y Fran está en salir con un tercer chico y olvidarme de esos dos.

—¿De quién?

—¿Perdona?

—Es broma, te estoy escuchando, no pongas esa cara de enfado. Pero hija, no sé qué decirte, quizás ese tercer chico con el que vayas al cine no te guste tanto. ¿Lo habías pensado?

—Pues no, pero mientras no sea el pelirrojo pesado de ayer...

—El pelirrojo pesado es lo que más abunda, tendrás que vivir con eso.

—¿En serio? ¿Hay más pelirrojos pesados?

—Y la mayoría no serán pelirrojos.

—Pues vaya fastidio.

—¿Te lo pasaste bien con tus amigas?

—Sí.

—Pues eso, olvida todo lo demás y disfruta igual el resto del tiempo.

—Eso espero, porque dentro de dos días vamos a Rompeolas.

—¿Qué es eso?

—Mamá, estás en el mundo porque tiene que haber de todo. Rompeolas es la mejor discoteca del mundo, es donde trabaja Miki y vamos a ir al primer turno el viernes. Necesito ropa espectacular, que no veas cómo ha subido el listón la Patri.

—¿Le has pedido permiso a tu padre para ir a esa discoteca?

—Jo, pero lo aprobé todo y dijisteis...

—Que sí, tonta, era broma. Lo de la ropa, ya lo veremos.

Noelia aparece y cambia el canal de la tele, mamá y yo dejamos de hablar. Busca dibujos, difícil a esta hora, ya lo intenté yo. Y la MTV no se coge en esa tele, así que toca noticias o programas igual de aburridos.

—Noe, ¿qué es eso de enana coñón que llamas a tu hermana?

—¡Chivata!

—Es que no sé lo que significa, solo se lo pregunté a mamá.

—Noe, ¿así es como llamas a tu hermana pequeña?

—Es por su culpa, y dice que la Casa Grande es suya. ¿Verdad que no, mamá? ¿Verdad que no? Me la regalasteis cuando a ella le comprasteis la Chabel en bicicleta.

—¿Qué dices, pringada? —respondo con seguridad—. Esa Chabel me la trajeron los Reyes Magos, no papá y mamá.

Las dos me miran durante un largo rato, demasiado largo... Entonces caigo en el error.

—¡Mierda!



Una vez despierta del todo, me hacía falta después del momento para olvidar en la cocina, voy a la farmacia a comprar algo que mi madre llama *after sun Isdin*. Me lo apunto en un papel para no equivocarme. Regreso con el bote banco de letras azules, entro en el cuarto de baño de nuevo, me desnudo y embadurno de crema todo el cuerpo. Ni por asomo hubiera imaginado un alivio igual, ¡qué pasada! Me siento la piel como si fuera de seda y el dolor desaparece en un minuto, tengo que decírselo a mis amigas. Mi madre me asegura que a una vecina le duró el rojo cangrejo solo un día con esa crema, y no despellejó la piel. Todavía había esperanza de ir a la discoteca sin parecer una bombilla roja o un camaleón soltando pellejos de los hombros y la nariz.

Una hora más tarde estoy en el centro, y acompañada de quien menos me podía imaginar. Recuerdo haber ido con mis padres algún sábado a El Corte Inglés a comprar ropa y otras cosas en el pasado, pero verme con mi madre, las dos solas, en un Mango un jueves cualquiera y eligiendo ropita chula... ¡Que me pellizquen!

Una minifalda roja de licra, unas mallas blancas de campana, una camisa negra anudada sobre el ombligo, un top azul eléctrico de la muerte de chulo. Mi madre no dice que no a nada. ¿Quién la ha drogado? Me quedo con esta versión, la anterior mojigata y desfasada para ti.

No, ahora en serio, en el probador todo me queda bien.

—¡Qué maravilla, hija, quién tuviera ese cuerpo!

Mi madre es la mejor del mundo. Quiero ir de tiendas toda la vida con ella.

—¿Te gusta, mamá?

—Sí, te queda muy bien. Ponte ahora el peto vaquero blanco.

Es tan corto que casi se me ven los cachetes del culo, a pesar de eso mi madre aplaude en los probadores como una loca. ¿En serio? Esto es un sueño.

—¿De verdad te gusta?

—Con el top azul eléctrico debajo quedará increíble. Todas te envidiarán en la discoteca.

—¡Mamá, te quiero!

Se hace tarde y el hambre nos hace parar en la plaza de las Monjas, allí comemos una hamburguesa cada una y compartimos una lata de Fanta Naranja.

—¡Mira qué hora es! —Se asombra mirando el reloj—. Papá habrá llegado y estará protestando porque no hay comida.

—Pues que se fría un huevo.

—Ja, ja, ja, tú quieres que arda el edificio, ¿no?

Mi madre escupe el trozo de hamburguesa al reírse y todos a nuestro alrededor la miran extrañados. Menos yo, porque es la mejor madre del mundo.

Quema mucho el sol, lo noto a esta hora en que incide de forma directa, cruel. ¿Cruel? No sé nada de Miki desde hace tres días y no parece interesado en seguir con la conversación que él mismo decidió abandonar. ¿Creerá que no me acuerdo de él? ¿Que no significó nada aquel encuentro cuando éramos más pequeños y me dio la flor? Es problema suyo, yo tengo la prueba física de que se equivoca, y la tengo en mi propio diario.

Y hablando de tener, llevo en una bolsa la ropa que me pondré para ir a la discoteca en la que trabaja, donde espero volver a verlo. Ojalá pudiera hablar con él unos minutos.

Ahora solo queda perfeccionar eso que llamo maquillarme. Hoy me quedo sin siesta otra vez por practicar.

Entre tú y yo, tampoco tengo tanto sueño, si quisiera... solo tendría que parar el tiempo y practicar el maquillaje durante una eternidad cada día.

Lo dicho, papá y Noelia enfadados por la comida. Ayudo a mamá a hacer huevos fritos con patatas y salchichas y todos tan contentos. A las cuatro y media están roncando los tres mientras yo trato de concentrarme con el maquillaje, qué desastre... Llevo auriculares para meterme en situación, pero Elton John no creo que sepa cómo maquillar a una niña de catorce años, porque me sale todo fatal. Necesito a Boy George para un resultado decente, pero no tengo ninguna canción suya grabada de la radio...

Un ojo más grande que el otro, y más azul, el labio está como si lo hubiera pintado un niño de cuatro años en un cuaderno de *Colorea y Pinta*. La sombra de los pómulos es para olvidar, con tanto rectificar, tengo los mofletes como si me hubieran dado una paliza. ¡Pero si me maquillé decentemente para el desfile de *Miss y Mister!* Lo de ahora solo valdría para una fiesta de disfraces: la enana cadáver y deforme.

Decidido, tengo que dar un paso adelante y voy al teléfono, tocaré madera para no despertar a nadie:

—¿Hola? —susurro al sentir que se descuelga al otro lado.



—¿Digamelón? —Otro susurro.

—¿Eh? Soy Laura, la amiga de Patri.

—Soy yo.

—Jo, haberlo dicho antes, estaba asustada por si despertaba a tus padres.

—Lo he cogido rápido en mi cuarto.

—¿Tienes teléfono en el dormitorio? Tía, teléfono y tetas, eres mi ídolo.

—Ja, ja, ja, no digas eso, tú eres la mejor.

No pierdo tiempo discutiendo esa tontería.

—¿Me enseñas a maquillarme para cuando vayamos a Rompeolas?

—Claro, vente a casa, tengo una tonelada de maquillaje.

—¿Una tonelada? ¿Te he dicho que te quiero?

Ni diez minutos tardo en llegar, me abre la puerta en silencio, entramos en su dormitorio y me topo con un escritorio más grande que mi cama lleno de sombras de ojos, lápices de labios, brochas, perfiladores de ojos y labios, coloretes, iluminadores, difuminadores, secador de pelo con una docena de accesorios, tenacillas y otras cosas que ni conozco.

—¿Qué es esto, el tocador de Madonna?

—No, ella no tiene tantas cosas —responde mi preciosa amiga. Hasta en pijama está sexy, qué asco.

Me enseña con sinceridad y maestría a potenciar mi físico de ojos pequeños y labios finos. Tal vez porque jamás podré ser competencia suya. No, ella nunca envidiaría a nadie ni trataría de pisar a la competencia. Patri no es así, por eso es la mejor. Ahora que lo pienso, una cosa es ver lo que hace y otra ser capaz de reproducirlo luego a solas en mi casa. Me ofrece sus productos para llevármelos, pero seré incapaz de imitar aquella maravilla que ella ha logrado sobre mi cara.

Me apetece pasearme esta tarde por toda la ciudad para no desperdiciar el trabajo.

—No te agobies, vístete en casa y ven para que yo te maquille y termine de peinar.

—Pero tú tienes que hacer tus cosas.

—Eso lo hago en veinte minutos, cuando llegues ya estaré lista y te ayudo.

—Patri.

—¿Qué? —me responde con su sonrisa sincera y plana, tan bonita como a veces vacía, ¿qué digo? Repleta de amor.

—Nunca te podríamos agradecer lo buena que eres con nosotras, y creo que jamás sabrás lo bonita que eres también por dentro.

Se puso a llorar, mirándome con la boca abierta.

—Venga, vamos a despertar a tus padres, no te pongas sentimental o llamo a Inma.

—No, mejor que no venga, las últimas veces que ha venido a casa solo ha querido jugar a hacer desfiles de lencería. Yo desfilo y ella va levantado un cartel con un diez dibujado a rotulador.

Me marché tratando de adivinar qué interés tendría Inma en hacer desfiles de lencería en privado con Patri. Bueno, el caso es que tengo solucionado lo del maquillaje para ir a Rompeolas. Si la crema me deja bronceada, como promete, será alucinante el efecto sobre mi nuevo peto vaquero blanco. Me muero de ganas de que mis amigas me vean, y de que lo haga Miki también.



Siete meses han pasado desde que pisamos una discoteca por primera vez, aquella noche mágica e inolvidable en la Alameda. Hoy falta Fran, como supongo que nos faltará durante todo el verano. El caso es que nuestro aspecto y actitud han cambiado tanto que prácticamente estamos irreconocibles. El maquillarnos ya no supone una batalla y decepción posterior, salvo para mí; ya tenemos claro cómo peinarnos y cada vez compramos ropa más bonita, más acorde a nuestra edad, cuerpos y los sitios que visitamos. Eso pienso al comprobar cómo nos ha mirado un grupo de chicos mayores que nosotras mientras Patri y yo caminamos desde su casa hasta la parada del autobús, allí están ya Inma y Marta. Inma ha elegido un ancho pantalón vaquero azul y un top ajustado negro, su cabello peinado como un chico, cada vez más corto. Marta lleva un vestido corto de color violeta, le queda muy bien a su piel blanca, se ha ondulado el pelo. También se onduló Patri justo antes de que llegase yo a su casa para maquillarme, mi guapa amiga lleva un vestido minifaldero y escotado blanco. Nos eclipsa a todas, pero ya estamos acostumbradas. Yo me he hecho dos coletas, consejo de Patri, dice que mi cara de niña es mi potencial. A saber lo que quiere decir eso.

Desde donde nos deja el autobús, lleno de chicos de nuestra edad y otros algo más mayores, estos últimos con bolsas de bebida e hielo, hay unos doscientos metros hasta las discotecas del recinto ferial, la música se oye a todo volumen desde aquí, así que no me imagino el pitido de oídos que tendremos al regresar a casa.

Este es terreno desconocido para nosotras, es la primera vez que venimos, así que nos encontramos en mitad de un infinito descampado de polvo amarillento a las afueras de la ciudad, con una gran explanada en la que beben alcohol más de dos mil chicos, y detrás una calle llena de naves industriales, cada una alberga una discoteca: La Luna, Lassal, Rompeolas... Esta última es nuestro destino, la mejor de todas porque sus paredes se desmontan por la noche dándole a la pista ventilación extra, el resto son hornos. Eso al menos cuentan todos los que ya han ido.

—Hay mucha gente en la cola —dice decepcionada Marta.

—Pero si es temprano, acaban de abrir.

—Mira.

Es cierto, es la única que ya tiene gente esperando para pasar por las taquillas.

—Pues nos pondremos a la cola —dice Inma con resignación.

—Ni hablar. —La sonrisa de Marta es conocida por todas, algo tiene reservado.

Al llegar a la puerta, mira su reloj.

—Falta un minuto o dos.

—¿Para qué?

—Ya lo sabréis, no seáis ansiosas.

—Pero si eres incapaz de guardar un secreto, ¿cómo es que te has aguantado con esto dentro todo el tiempo?

Sonríe por respuesta, luego vuelve a mirar a la puerta, las demás también lo hacemos, y allí aparece...

—¡Qué puntuales! —dice Miki, mirándome a mí. ¡A mí!

Y no nos da tiempo a replicar o saludarlo. Los porteros, a una indicación de mi príncipe, quitan el cordón de terciopelo y nos hacen un pasillo para que entremos sin esperar cola ni pagar en la taquilla.

¿Lo has oído? Eso es mejor que entrar usando la magia. ¡Jo, pero mucho mejor!

Chicas mayores nos miran asombradas, como diciendo: «¿dónde van esas enanas, si nosotras tenemos que esperar?». Ja, ja, ja. Solo podemos reír. Las mayores que se fastidien.

El sitio no es más bonito que la Alameda, ni de lejos, una simple nave industrial con una enorme pista en el centro que lo ocupa casi todo, una barra en un frontal y mesas y sillas altas al fondo y en el patio, al aire libre. Dentro no hay aún cincuenta personas conteniendo los deseos de bailar, imagino que es pronto y no quieren hacer el ridículo siendo los primeros.

—¿Y si nos pedimos un cubata?

—No, Inma, no vamos a beber alcohol.

—Pídetelo tú.

—Es que no sé si seré capaz de bebérmelo entero, ayudadme.

—¿Qué miras, Patri? Desde que hemos llegado, estás como buscando algo o a alguien.

—Es que el chico de la playa, con el que fui a pasear, me dijo que si nosotras veníamos hoy aquí, ellos vendrían también.

—No fastidies. ¿Has quedado sin decirnos nada? —Inma está enfadada.

—¡Pero qué miedo tenéis a hablar con chicos! Ligar no es tan malo, y tampoco tenéis que enrollaros con ellos. Yo no lo hago.

Es mi amiga, me había ayudado, aconsejado, maquillado, apoyado... Es mi turno de devolverle los favores.

—Si esos chicos vienen, serán como de la pandilla, ¿está claro?

—¿Desde cuándo mandas tú aquí? —me pregunta Inma con el ceño fruncido.

—Más te vale hacerme caso o Patri y yo no os meteremos en el grupo de los Imposibles el curso próximo. No podrás pasar los recreos y salir de fiesta con Ada y Mai; ni con nosotras.

Las cuatro nos miramos en ese momento, en un silencio solo roto por el descomunal estruendo de los altavoces, y comenzamos a reír como locas. Esta tiene que ser una noche inolvidable.

Y lo será.

El cubata de Inma está asqueroso, eso nos lo parece a todas menos a ella, ¡qué forma de destrozar una Coca-Cola! Se lo han servido porque parece tener veinte años, las demás hemos pedido refrescos y zumos. Aprovechamos la primera hora, cuando apenas hay nadie, para acaparar una mesa y disfrutar de la música y la conversación al tomarnos la bebida. Miki no se ha acercado, está en la puerta colando a chicas y chicos guapos, a ver si en un rato... Aún tenemos una conversación pendiente, desde hace varios días, y no comprendo sus motivos para haber desaparecido. Hace solo unos minutos, cuando nos colaba en la discoteca, me miró con una sonrisa especial, un trato muy diferente a mis amigas, pero no nos acompañó dentro y eso hizo que el lugar me pareciese frío.

Cuando pienso en él y en lo que pasó entre nosotros, en aquella conversación que decidió dejar a la mitad, me entristezco y no quiero que hoy haya lágrimas ni conversaciones de reproches con mis amigas.

Pasa media hora y aparecen los chicos de la playa, sonrén y nos saludan, aunque Inma lo hace por compromiso y con cara de circunstancia. Patri está encantada con su amigo rubio y se aparta para hablar con él desde el principio. El lugar ya cuenta con más de mil personas y la brisa que llega de la marisma cercana es fresca y salada. El chico pelirrojo toma posición, como ya habrás imaginado, y me cuenta su vida al oído, de otra forma es imposible comunicarse. Ya noto el pitido y seguro que me durará tres días.

—... y ha sido una pena que no vinieras, porque lo pasamos superbien. Y entonces...

—Perdona, voy a bailar —le digo para quitármelo de encima.

—Pues te acompaño.

—Verás, es que... mi amiga iba a contarme algo. —Miro a Marta lanzándole mensajes con los ojos de esos que las amigas siempre pueden descifrar, salvo si eres mema, como ella—. ¿Ves? Me

está esperando. Luego seguimos hablando, Miguel. ¿Era Miguel?

—Sí, Miguel.

Jo, se llama como Miki, pero se parece a él como un huevo a una sardina. Por fin me lo quito de encima, aunque estoy arrancando el brazo de Marta a tirones y empujones. La muy lerda me mira sin comprender todavía lo que ocurre. Llegamos al centro de la pista y empezamos a bailar. Ella se acerca a preguntarme al oído.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Tía, estás empanada, te estaba mirando para que me salvases.

—¿Salvarte? ¿Salvarte de qué? Pero si hablabas con un chico.

—Jo, pues eso, que no me gusta; parece que no te enteras de nada.

—¡Chica, conmigo no habla nadie! ¿Cómo voy a saber que las que tenéis éxito os ponéis tan exquisitas?

—Bueno, no te quejes que ya te entrará algún chico. Te paso a mi pelirrojo encantada. Y quédate con el gesto que te he hecho para que no resulte la próxima vez tan descarado; se habrá dado cuenta de que huyo.

—¿Y qué más da? Si no te gusta...

—Ya, pero tampoco quiero hacerle daño, es majo.

—Estás loca, anda baila y olvídate de pelirrojos plastas y majos.

Eso intento, pero solo lo consigo durante tres canciones, luego aparece otro chico, pero más pesado aún que el anterior, mucho más de lo que imagino. Y más de lo que imaginarías tú.

—¡Idiota! ¡No me vuelvas a tocar el culo! —Intento darle una bofetada en la cara, pero me esquiva y se ríe de forma burlona.

Vuelve a por mí para cogerme de la cintura, Marta trata de intervenir, pero uno de los amigos del imbécil la agarra de las manos. Grito bajo el estruendo de los altavoces y las luces de colores parpadeantes. Quiero salir de allí corriendo pero no lo consigo porque me está apretando con fuerza el culo y la cintura. Trato de pegarle pero me ha apretado los brazos. Noto su beso repugnante y baboso en el cuello.

El empujón posterior no lo podría haber imaginado, quedo liberada, pero caigo de rodillas al suelo. Allí está el idiota, protestando por el dolor de un golpe. Levanto la mirada y veo a Miki con la cara descompuesta de ira, le ha dado un puñetazo. Desde abajo, aún de rodillas y en mitad del corro que se ha formado para mirar, Miki es un príncipe azul que ha llegado en el momento preciso para salvarme.

Entonces se inicia la pesadilla.

Dos de los amigos del idiota comienzan a pegarle golpes en la cara. Grito con todas mis fuerzas, me levanto y salto sobre el cuello de uno de ellos. Todo se convierte en una locura de pelos, luces de colores que vuelan rápidas a mi alrededor, música a todo volumen y puños y patadas yendo de un lado a otro. Hasta que aparecen dos porteros de más de cien kilos cada uno y solucionan el asunto.

Han pasado solo unos segundos, a nuestro alrededor todos bailan, se terminó el espectáculo. Inma está sonriendo y con los puños en alto, parece que ha intervenido y se ha divertido. Marta llora entre los brazos de Patri. Los idiotas han sido llevados a empujones a la puerta y expulsados. Miki...

Unos minutos después, en un lateral y al aire libre, una camarera que lo conoce le da una bolsa de hielo y le pregunta qué tal está. Aún sangra por la ceja y la nariz. ¡Dios, aun así está guapísimo! Se ha pegado por mí, estaría guapo con la cara quemada. No puedo apartarme de su lado, espero el momento de preguntar, de acercarme más, de estar con él. Ojalá a solas.

—Pecosa, ¿sigues ahí?

—Lo siento...

—No pasa nada, ha sido divertido.

—¿Estás tonto? Te podrían haber hecho daño. Te han hecho daño.

—No ha sido nada, marcas de guerra.

—¿Por qué te has pegado?

—No iba a dejar que te hicieran eso. Son unos imbéciles y no entrarán nunca más aquí.

—Pero podrías haber llamado al portero.

Inclina la cabeza y me sonrío de esa forma que te deja sin palabras, sin aliento, sin pulsaciones. ¿Qué hago? ¿Lo abrazo? ¿Le doy un beso?

—Esta es la peor noche de mi vida, lo he pasado fatal.

—No tienes culpa de nada, ve con tus amigos y diviértete.

—Pero... pero aún tenemos una conversación pendiente, una que dejaste a la mitad en el templete. He traído una cosa para enseñarte...

—¡Vamos, Miki, no seas nenaza!

David aparece y se lo lleva a empujones. Todo se hace oscuridad. En mis manos mi pequeño monedero, dentro, además del dinero y un papel con teléfonos de emergencia, un diente de león que he envuelto en un trozo de servilleta como si fuese el tesoro más importante de mi vida. Justo lo que es. Ahora lo muestro a nadie, porque estoy sola...

Odio a David...

«Lo he atesorado desde entonces, lo uso para marcar las páginas de mi diario, junto con el que me diste hace unos días. ¿Lo ves? No te he olvidado, solo que has cambiado tanto que... Bueno, ya sabes. Pero es imposible que haya dejado de sentir por ti lo que sentí entonces, de otra forma no estaría tan enamorada».

Pensarlo es más fácil que decirlo, pero no tener a Miki para susurrárselo al oído, sumidos en un fuerte abrazo, supone el vacío y dolor más grande de la noche, que ya está siendo horrorosa. Regreso con mis amigas, eufóricas al contar una y otra vez la anécdota de la pelea, pero yo no necesito ni deseo ese protagonismo. El pelirrojo comprende lo que implica mi semblante y no vuelve a molestarme, o lo ha visto todo y prefiere no acercarse más y terminar expulsado de malos modos como le ha ocurrido a los de la pelea. Tampoco me agobian mis amigas al cabo de un rato, y casi no se dirigen a mí hasta la hora de marcharnos, cosa que hacemos en silencio para esperar el autobús y luego durante su trayecto.

Siento que las tres comprenden que su euforia y diversión por lo vivido no puede mencionarse tras mi experiencia con el idiota y luego el daño que le hicieron a Miki, aunque Patri me mira todo el rato con un semblante que parece decir: «Hostia, Miki se ha pegado con tres tíos por ti. Tía, flipa, ¡por ti!» Prefiero no imaginar la de veces que habrá soñado con que alguien se parta la cara por ella.

Aún queda pendiente una conversación con ella, en la que le agradeceré de nuevo su ayuda y amistad. Pero ahora solo quiero desmaquillarme, deshacer las dos coletas y tratar de dormir, si el pitido de los oídos y los nervios me lo permiten. Marta no pronuncia palabra alguna en todo el viaje, solo se oyen los suaves cuchicheos de Inma y Patri de vez en cuando. Marta no suele llevar bien que su amigo Miki la ignore para dirigirse a mí, así que la pelea le habrá sentado fatal.

Pues a la cola. Porque para mí supone una locura, como un descenso sin paracaídas y con el suelo cada vez más cerca. No he podido hablar con él, regreso con los dientes de león en el monedero y ni siquiera he podido divertirme. Las discotecas son una mierda, están llenas de idiotas que pueden decidir estropearte la noche solo por placer. ¿Qué habría pasado si Miki no

hubiera aparecido? Me habría desmayado mientras ese imbécil me metía mano... ¿Qué habría pasado si voy por una calle a solas en la noche? Pensarlo me da un escalofrío.

Y ni siquiera fui consciente de que podía parar el tiempo. Maldita estúpida. Podría haber detenido el tiempo y zafarme de sus brazos, desnudarlo y pintarle en el pecho y en la frente, con algún rotulador o pintalabios que ya buscaría por los bolsos de la gente, soy un *gilipollas acosador*.

Estaba tan asustada... Espero controlar mejor esas situaciones, si se producen, para poder reaccionar a tiempo y que nadie tenga que recibir puñetazos por ayudarme.

Entro en casa, al fondo se oye la tele del salón. Saco la pequeña linterna de pilas de mi padre del mueble de la entrada, compruebo que funciona y me la meto en el bolsillo. El baño me ocupa más de media hora, y mejor ni te cuento el aspecto que tenía, casi grité al verme en el espejo. El rímel corrido, ya no había lápiz de labios, ojos rojos, ojeras, párpados caídos, una coleta más alta que la otra, todo el pelo enmarañado. ¿Quién es esa que me observa desde el otro lado? Debería darle una moneda para que se compre droga.

Con el pijama puesto y la linterna en la mano, entro despacio en el dormitorio para no despertar a Noelia, saco con cuidado la caja de zapatos Reebok de debajo de la cama, donde escondo el diario. Apuntando con la linterna y pensando cómo definir la noche, medito muy mucho la idea de olvidarme de los momentos vividos, ¿para qué hacer resumen y dejarlo por escrito? Lo único que me hace cambiar de opinión es la idea de que lo malo te hace aprender mejor y más rápido que lo bueno. Tal vez algún día quisiera recuperar estas vivencias para no cometer un error. No sé, no me hagas mucho caso porque tengo tanto sueño... El pitido del oído es insoportable y la imagen de Miki sangrando lo eclipsa todo, ya ni recuerdo la sensación cuando el idiota aquel me levantó en volandas y luego comenzó a manosearme e intentar besarme.

Cojo el boli y apunto:

«¿Existen los príncipes azules? La sangre de Miki es roja, y su dolor físico se contagia a mi alma al instante. ¿Por qué lo ha hecho? ¿Por qué ha vuelto a dejarme sola? ¿Por qué no podría ser todo más sencillo? Las discotecas ya no son algo tan divertido, ojalá hubiéramos ido al cine o a pasar la noche en la plaza del barrio. Odio el ruido y el pitido de oídos, odio a la gente agolpada y dándose empujones, odio el abuso y la falta de respeto, y también odio a quienes se toman las cosas serias como si no tuvieran importancia. Necesito cambiar aquello que me rodea y que no me gusta. Ese es mi propósito para mañana».

«Y añado que odio a David, ¡muchísimo! Es como el séptimo de caballería, pero al revés, nunca llega cuando se le necesita, solo cuando estorba».

Cierro el diario con el boli de marca páginas, los dos dientes de león siguen en mi monedero. Mañana los pondré.

El pitido del oído no se va. Tampoco la imagen de mi príncipe al rescate.

# Capítulo 5

## Larga espera

La decisión comenzó a tomar forma mientras trataba de dormir, sin mucho éxito, pero se hizo fuerte durante el desayuno. Ahora me encuentro llamando a Marta por el telefonillo de casa. Su madre dice que está dormida, como si eso no lo supiera yo.

—Es que se trata de una emergencia, y casi es la hora de almorzar, ¿no puedo subir para despertarla?

—Ains... —Su madre no dijo más tras el suspiro, pero abrió la puerta.

Subí los escalones de dos en dos, porque su edificio es de cuatro plantas y no tiene ascensor. Aparezco en la tercera con la lengua fuera y sin resuello, la puerta de su casa está abierta.

—Hola, buenos días.

—Pasa, hija. Qué pronto te has levantado.

—Ya hace dos horas. Ayer regresamos a las once, es mi hora de dormir en verano.

—Uy, pero Marta estuvo viendo la tele hasta la madrugada.

—Ya lo imaginaba. ¿Puedo pasar a despertarla?

—Claro, pasa.

¡Madre mía qué pestazo en la habitación! Peor que la mía, y eso que duermo con Noelia y su preocupante problema de gases con según qué comidas. Me muevo en la penumbra despacio, con un sigilo acorde al respeto del momento, me oriento por su fuerte respiración, me acerco con cautela, cuidado... cuidado... y salto sobre ella gritando:

—¡Fuego, fuego! ¡Abandonen el edificio!

—¡¡Aaaaaaaaaah!!

Se levanta de un salto y, sin saber hacia donde ir o mirar, comienza a temblar a la vez que grita otra vez.

—¡¡Aaaaaaaaaah!!

—Vale, vale, no seas tan dramática. Oye, que no te dé un infarto o nos quedamos sin veranear juntas.

—¡Putá!

—¡Martita, esa boca, me cago en...!

—Tu madre te va a castigar, menuda lengua tienes.

—Es lo que tienen los colegios de monjas, que se fastidien mis padres por haberme metido allí para hacer la EGB. ¿Qué digo de mis padres? ¿Tú eres gilipollas o te pica el culo? Creo que me ha dado un infarto de *leopardio*. Mira, tócame el pecho, ya verás que no me late el corazón.

Le hago caso con una sonrisa y la toco sobre la camiseta.

—¡Ostras, es cierto! ¡Túmbate y te hago un masaje cardíaco, por Dios estás muriéndote!

—¡Ay, no me digas eso, que todavía no me besó ningún chico!

Su madre entra, enciende la luz y nos mira a las dos saltando sobre la cama.

—Mira, os pego un guantazo a cada una como sigáis con las tonterías.

—Mamá, ¿Marta y Laura son tortillas de esas?

Pedrito, el puñetero hermano pequeño de mi amiga, está también en la puerta, mirándome con

cara de bobo y un tremendo moco seco y verde tapando un agujero de su nariz. Va despeinado y lleva un pijama de *Los Goonies* descolorido y demasiado pequeño.

—¿Qué dices de tortillas? Calla y vete a desayunar. ¿Quién te enseña esas palabras?

—¡Ja, ja, ja! —reímos las dos.

—Y vosotras, fuera de la cama, que el colchón no aguantará mucho más.

—Luego lo llevamos a la casa de la playa, como todos los muebles que sobran —dice Marta, como si fuese una idea original suya.

—A ti te voy a dejar allí, para siempre.

—¡Mooooo! ¿Te imaginas, tía, un verano infinito en el apartamento? —Mi amiga me mira con los ojos abiertos y una sonrisa de boba—. Toda la vida allí, sin padres ni deberes, y de la playa a la piscina todos los días.

—Marta.

—¿Qué?

—En invierno tiene que ser un coñazo, ¿no?

La madre, que seguía observándonos, suspira; luego habla por última vez:

—Martita, menos mal que tu amiga tiene una neurona más que tú. Venga, a desayunar y a arreglar tu cuarto. Laura, ¿quieres un vaso de leche?

—No, muchas gracias, ya desayuné y me lavé los dientes.

—Y seguro que limpiaste y recogiste tu cuarto antes de venir.

—Claro. —Es genial mentir a la madre de otra, no hay tanto remordimiento.

Nos quedamos solas y Marta se levanta y enciende su equipo de música, nada menos que con cargador de cinco cedés y trescientos vatios, que tienen que ser muchos porque suena veinte veces más y mejor que mi radio despertador. Ha puesto un disco de Sergio Dalma. Sí, esto es mucho mejor que mis cintas de casete grabadas de la radio, ni punto de comparación. Las dos cantamos a dúo *Ave Lucía* con micrófonos imaginarios y a todo grito.

♪♪ «El predictor se pinta de rosa en tu cuarto de baño. Ave lucía. Y te dice que vas a ser madre a finales de mayo». ♪♪

—Tía, ¿qué es un predictor? —le pregunto.

—No sé, supongo que un juego de esos de colorear. ¿No has escuchado que se pinta de rosa?

—¿Y por qué se va a pintar al cuarto de baño?

—No sé, a lo mejor le gusta pintar mientras está cagando. ¿Qué más da? Lo único que importa es que Sergio Dalma es lo más, qué guapo, y tiene el pelo largo... aunque solo por detrás. Ese que te gusta a ti, Alejandro Sanz, parece marica y no canta nada bien, seguro que no venderá ningún disco.

—Pues vale. Oye, ya va siendo hora de pedirte el favor que he venido a buscar.

—Ya me extrañaba a mí que estuvieras tan pronto en casa.

—Venga, no te enfades, te ayudo a hacer la cama y recoger la ropa si me das el teléfono de la casa de Miki. Quiero saber cómo está. Aún sangraba un poco cuando se lo llevó David.

—Bueno, vale, pero primero espera, que me estoy meando. —Y se largó corriendo en bragas y camiseta.

Llamamos a Miki sin éxito a las doce, y luego tres veces más, hasta la una de la tarde. En su casa no había nadie.

—A veces se van a la playa los fines de semana, es lo más seguro.

—¿Tienes su teléfono del apartamento de la playa?

—No, cuando estoy allí lo veo a todas horas, no necesito llamarlo.

—Claro, es lógico.



¿Has dicho a todas horas? ¿Cuánto queda para que vayamos? Ya cuento los segundos.

—Podemos ir en autobús —me propone.

—¿A esta hora? No nos van a dejar nuestros padres. Entre que llegamos en bus a la estación de autocares y nos montamos en el que vaya a El Portil, llegaremos a las cuatro de la tarde, y luego hay que regresar. No es como ir a La Bota, que salen autocares cada treinta minutos. Y eso contando que no esté por ahí perdido en la playa y hayamos ido para no verlo.

—Es verdad, mejor no tentar a la suerte o nos castigarán sin salir de discoteca más.

Eso me importa poco, no me lo pasé anoche tan bien como había esperado. Pero no puedo arriesgarme a que me castiguen con algo más serio, como no poder pasar el mes de agosto con Marta.

—Pues no hay mucho que hacer... ¿Damos un paseo por el barrio?

—¡Qué morro, lo que quieres es que te acompañe a comprar el pan!

—Jo, no tienes nada mejor que hacer.

—Bueno, vale.



Insiste tanto que tengo que decirle lo que hablamos Miki y yo cuando le curaban la nariz y la ceja en la discoteca. Parece decepcionada.

—No me creo que os quedéis a solas tantas veces y no os enrolléis o habléis de guarradas.

—¿Qué es eso?

—¡Qué cortita eres! De meter mano o llegar más lejos.

—¡Hala! ¿Cómo puedes pensar que...?

—Venga, ya no tenemos diez años. Seguro que Miki es capaz de llevarte al cielo.

—Siempre he pensado que el cielo es un lugar del corazón, que no tiene nada que ver con el sexo.

—Lo dicho, eres una mema. No vas a llegar a ningún lado así, con esa actitud.

No discuto, no hablo, solo camino calle arriba. Mi amiga resopla por el esfuerzo antes de llegar a la avenida. Cruzamos por el semáforo y nos ponemos a la cola de la panadería.

—Qué mal huele —me susurra.

—Huele a pan.

—Pues qué asco. Podríamos haber ido a una pastelería, allí huele mejor.

—Marta, solo serán dos minutos, no te pongas tremenda.

—¿Quién, yo? ¿Tremenda yo? Ahora resulta que soy maniática. Si la culpa es mía, no tenía que haberte acompañado. Estoy sudada, tengo calor, huele mal, llegaré tarde a almorzar, tendré agujetas, puede que un coche me atropelle por la avenida. Pero, claro, resulta que soy una maniática, una tremenda. Menuda amiga eres. Y tengo una resaca...

—Pero si no bebiste alcohol.

—Un buche del cubata de Inma.

—Nadie se emborracha con eso, no puedes tener resaca.

—¡Sabrás tú lo que padece mi cuerpo!

—Venga, no te pongas así, esta tarde salimos y ligamos con chicos guapos.

—Vale.

Es más fácil de controlar que un perrito, aunque el perrito da más cariño y también besitos. Esta tarde se habría olvidado, o antes. Creo que deberían hacer una peli con la corta memoria de esta niña, a veces no llega a dos minutos.

—¿Esta tarde? ¿Hemos quedado esta tarde? —me pregunta con sorpresa al salir de la panadería.

—No —miento—, pero podemos dar un paseo con Inma y Patri.

—Tampoco pasa nada si no viene Inma.

—Ya imaginaba que dirías eso.

—Es que es muy borde conmigo.

—Cuando no lo eres tú con ella.

—¿Yoooooooooooo? —Las manos señalando su pecho y la cara como si se hubiera encontrado de repente con Sergio Dalma en su ascensor.

—¡Calla! Deja el teatro y mira. Ese es Fran, allí enfrente, ¿lo ves?

Parece regresar de dar un paseo, camina hacia su casa por el otro lado de la avenida, en calma, pero se nos escapará si el semáforo no se pone verde pronto. Miro hacia ambos lados y veo que no vienen coches.

—¡Corre, vamos a por él antes de que llegue a su portal!

Justo a tiempo, lo frenamos con las llaves en la mano.

—¡Oye!, ¿no piensas saludar? —Marta siempre tan bestia.

Sus llaves caen al suelo, se gira asustado y nos mira en silencio durante un segundo, sin saber muy bien qué decir.

—Lo siento si te hemos asustado —digo a la vez que me agacho para recoger las llaves—, venimos de comprar el pan y te hemos visto, solo queríamos saludarte.

—Hola, claro, ha sido el susto.

—¿Qué tal el verano? ¿Qué estás haciendo por las tardes y los fines de semana?

—Poca cosa, estoy estudiando, a veces salgo a dar un paseo y, en cuanto llegue agosto, iré a pasar el mes a la playa.

—Podrías venir con nosotras, a pasear, a la playa algunas tardes y los fines de semana a...

Fran cortó el discurso de Marta:

—No, gracias, sobre todo por lo de las discotecas, no es lo que más me gusta. —Entonces me mira a mí—. Me contó Patri lo que te pasó en Rompeolas, lo siento.

—Gracias. Solo fue un susto.

—Bueno, chicos, acabo de acordarme de que tenía que estar en casa a las... —Marta mira su reloj— ...las dos en punto, y llego tarde. Fran, encantada de haberte visto. Adiós, adiós.

Y se marcha dejándonos a los dos boquiabiertos.

—Vaya, lamento lo que ha hecho —le digo. Él se muestra azorado.

—No es culpa tuya. Marta nunca ha tenido tacto, igual que Inma, por eso se llevan tan mal, son tan parecidas... Patri y tú, en cambio, sois lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

—No, lo es ella, yo solo te he hecho daño.

—No digas eso, la ilusión que tú has provocado en mí durante nueve meses de curso, más los momentos a solas estudiando o paseando, más la esperanza de que pudieras... Bueno, ya sabes, eso ha sido inolvidable.

—Me parece increíble que te conformes con eso, que te haga feliz. No te merezco.

Sonríe a la vez que baja la cabeza, está rojo de vergüenza y yo quisiera decirle que sí, que seré su novia para siempre, pero no puedo porque no lo siento en mi interior. Como si tuviese la completa convicción de que mi corazón perteneciera a un chico que no es él. No soy tonta,

reconozco que sería un novio dedicado a mí toda su vida, que me colmaría de mimos y me ayudaría a todos los niveles, se desviviría por mí como ya lo hace. Pero esa felicidad tendría siempre la sombra de no sentirme enamorada, de no ser él quien hace que cada día sea especial para mí. No es él quien guía mis pasos, mis pensamientos, quien incluso dicta cómo me visto para gustarle.

¡Qué diferente es a Miki! Ojalá pudiera tener una fusión entre ambos: la magia, el físico y las sensaciones que me provoca uno, unidas a la dedicación, inteligencia y sensibilidad del otro.

—Bueno, tengo que marcharme —me dice.

Me parece ver un moretón o rojeces en su cuello, ya las había visto cuando quedamos en la cafetería, pero no le digo nada. Me preocupan mucho más el dolor y la distancia que transmiten sus ojos.

—¿Te volveré a ver antes de las clases? ¿Un café? ¿Un paseo? ¿Una conversación interminable de teléfono?

—¿Quién sabe? Tal vez si el tema no es...

—Ya, descuida, no volverá a ocurrir. —Me hundo al recordar tantas conversaciones infinitas hablando de Miki, aunque yo no sabía que Fran estaba enamorado de mí.

—Espero que disfrutes del verano.

—No creas que empezó muy bien... A ver si mejora.

Sonríe una última vez, me mira con ternura y desaparece en la oscuridad del portal. Yo me quedé con las barras de pan en la mano y un frío terrible en el estómago durante dos largos minutos observando la puerta ya cerrada. Como si algo dentro de mí gritase a voz viva que nunca más volvería a verlo.

¿Acabo de cerrar definitivamente las puertas de mi felicidad? Desde que Miki me había dicho que era él quien me regaló el diente de león, que sentía algo por mí, todo se había ido a la mierda. Como si mi futuro sentimental solo tuviera dos opciones, él o nadie. Y luego llegaron todas las desgracias que estaban arruinando el año y, más concretamente, el que tenía que ser mi mejor verano: pierdo a mi mejor amigo; salir de noche es una pesadilla; Miki se comporta como si pasara de mí, no viene a verme ni consigo contactar con él; mis amigas se llevan cada vez peor. ¿Por qué no podemos regresar al momento en que estudiábamos juntos para los exámenes finales? Quiero ver a Fran sonriendo mientras me observa, a las risas inocentes de Patri, a un trato mejor entre Inma y Marta, a un Miki que solo se acerca a saludar de vez en cuando... Sí, a todo eso.

Suponía que la vida sería más difícil cada año, pero lo está siendo cada mes, o cada semana.



Durante el momento del almuerzo estoy callada, quizás demasiado afectada por haber visto y hablado con Fran, y eso provoca que mi madre me observe de un modo diferente, como esperando el aluvión de preguntas que no llega. No hay tampoco mucho de qué hablar, no tengo nada que hacer con mi amigo, y lo que sienta por Miki o quiera acercarme a él no se solucionará con conversaciones familiares.

Fregar los platos sí me ayuda a concentrarme, a pesar del sonido de la televisión del fondo. Mi padre y Noelia se han marchado a dormir la siesta y mi madre está sentada a la mesa de la cocina, oyendo en silencio las noticias. O no les presta tanta atención como yo había imaginado.

—¿Estás bien, cariño?

Ni la he oído.

—¿Laurita? ¿Estás bien? —insiste en un volumen más alto.

—¿Mamá? —Cierro el grifo, ya he terminado—. Perdona, no te escuchaba.

—Estás rara hoy, como si tuvieras la cabeza en otra parte. Y no me has hecho ninguna de esas preguntas raras tuyas.

—No me pasa nada, solo es el cansancio y el calor del verano.

—Eso se te quitará con una siesta.

—No, creo que voy a bajar a la calle.

—Aún no son ni las cuatro, ¿adónde vas a ir con este calor?

—A escuchar música ahí abajo, estaré sentada en el muro del jardín, justo frente a la puerta del portal.

—Pero, ¿ahí sola? ¿Seguro que estás bien?

—Sí, mamá, es que no tengo sueño, solo quiero escuchar música.

Me mira como si fuera capaz de leer mi mente, por lo que la pongo en blanco, cosa difícil con la cantidad de problemas trascendentales que me invaden, todo mi mundo se desmorona y nadie parece comprenderlo.

Las pilas del *walkman* están nuevas, me llevo una cinta de Modestia Aparte, otra de Luz Casal y una tercera de Mecano. Mejor no bajar con Alejandro Sanz o me oirán llorar todos los vecinos en cinco minutos. Me siento a la sombra, cerca de donde conversé con Miki días atrás, y dejo que pase el tiempo mientras mi mente sueña despierta con un verano idílico, con un final que compense las decepciones del comienzo. ¿Quién me habría dicho que la alegría de aprobar todas las asignaturas iba a dar paso a todo lo que estoy viviendo?

Son cosas de la edad, me susurra Modestia Aparte, pero ¿cómo asimilo yo eso? Quiero pensar más allá de lo que se me supone por tener catorce años. Las canciones se suceden mientras veo no más de dos personas salir o entrar en el edificio, las saludo con timidez y sigo esperando.

Hace mucho calor incluso a la sombra.

♪♪«Si tienes un hondo pesar, piensa en mí. Si tienes ganas de llorar, piensa en mí. Ya ves que venero tu imagen divina, tu párvula boca, que siendo tan niña, me enseñó a besar». ♪♪

Ni de coña, esa canción de Luz Casal tengo que pasarla aunque gaste pilas. Ya hay niños corriendo alrededor y muchos vecinos entran y salen. Creo haber visto a mi madre en la ventana de la cocina asomada y mirándome de vez en cuando. Sigo esperando.

♪♪«La misma mesita que nos ha visto amarrar nuestras manos por debajo, cuida que el rincón de siempre permanezca reservado». ♪♪

No sé lo que significa la canción de Mecano, pero me resulta la más triste con diferencia. No quiero un aniversario futuro un siete de septiembre, quiero una historia de amor épica ahora. Quiero ilusión, mariposas, cosquillas, risas hasta doler la garganta y la tripa, besos sin final, hasta dejarme sin respiración, quiero soñar, volar, nunca despertar, llorar de alegría, olvidarme de pasado y futuro. Solo el presente, solo el presente junto a Miki.

Pero Miki tampoco ha venido hoy.

No ha venido ninguna tarde de las que lo he esperado desde aquella mágica.

Ninguna.

Mi madre grita mi nombre por la ventana, no hace falta, ya se acabaron las pilas del *walkman* una hora antes. Son más de la diez de la noche y no me siento con fuerzas suficientes para levantarme y entrar en el edificio.

Pero lo hago igualmente.

Ceno lo que puedo, porque la presión del estómago no me permite gran cosa, y me voy en

silencio a la cama. Noelia lee un libro de literatura del instituto, yo saco el diario y busco la última página escrita, aparto los dos dientes de león y trato en vano de plasmar mis pensamientos sobre el papel. Más de seis horas esperando (cada día añado media hora más a un amor que no parece interesado como afirmaba) me quitan las ganas de respirar, de esperar, de vivir.

«¿Qué estoy haciendo con mi vida?».

Esta es la única frase que puedo escribir. Guardo el diario y me doy la vuelta con la esperanza de que mi hermana no pueda oírme llorar.

# Capítulo 6

## El Portil

Lo más mágico para mí del invierno es que da pie a la primavera, lo más mágico de una tormenta es el momento en que cesa y permite ver los rayos del sol, lo más mágico de los exámenes son las vacaciones, y lo único mágico de una pelea sentimental, según asegura firmemente mi amiga Marta, es la reconciliación posterior.

Anoche me acosté más nerviosa que nunca, o casi, porque era el último día de julio, es decir, el más mágico del año, justo el momento en que empieza mi sueño de comenzar el mes de agosto con Marta y Miki, además de tener playa y piscina todos los días. Mi merecido premio por las notas. Trabajo había costado...

Estuvimos mi amiga y yo más de dos horas al teléfono ultimando detalles vitales, importantísimos, como qué bikinis íbamos a llevar o cómo íbamos a ir maquilladas para el momento presentación ante la pandilla. Risas, gritos y protestas porque nuestras madres nos preguntaban constantemente si no sería más lógico haber bajado a la calle en lugar de acaparar el teléfono toda la tarde.

¿Quién podría dormir con la cantidad de preguntas que se acumulaban en mi mente? ¿Cómo me recibiría Miki? ¿Cómo me trataría durante el verano? ¿Podríamos hablar por fin? ¿Seguiría con esa actitud de estar cerca de mí, incluso protegiéndome, pero a la vez sin estar presente? Deseo dar un paso más, dejar de estar esperándolo para tenerlo con seguridad a mi lado, que deje de ser un sueño por conseguir, un caramelo en la punta de la lengua, para ser algo real.

Real, sí, porque por ahora no estoy segura del todo de que exista, como si fuese un producto de mi imaginación.

Desayuno a solas en la cocina, son las nueve y cuarto, mi familia aún duerme. ¿Qué hacer si no? He pasado horas dando vueltas sobre la sábana. También he vuelto a revisar todo lo que había metido en la maleta y parece que no me olvido de nada, aunque ha vuelto a darme un escalofrío ver el diario, como si no debiera llevarlo conmigo, claro que no podría estar un mes sin anotar en él mis experiencias o pensamientos. Se ha convertido en una parte de mí sin la cual no podría sobrevivir. ¿Te imaginas que Miki me besa y no puedo escribir lo que he sentido? ¡Ni hablar! Tantas veces que he anotado cómo lo hacía en sueños... no podría vivir sin poder escribirlo tras vivirlo de verdad.

Mi madre se sorprende al verme levantada y comprobar que el desayuno está preparado para todos.

—¿Estás bien? ¿No estás muy nerviosa?

—No, mamá, solo es ilusión y un poquito de pena, es la primera vez que pasaré tanto tiempo fuera de casa y sin veros.

—Podemos ir los sábados o domingos y pasar el día en la playa contigo.

—¡Me encantaría!

—¿Seguro? Lo digo porque quizás prefieras estar con tus amigos haciendo vuestras cosas de chicos mayores.

—No te rías de mí, me encantará veros. Llamaré cada noche para hablar contigo y con papá.

—Ya lo sabemos, pásatelo muy bien y abrígate por las noches, que en la playa refresca.

La abrazo con todas mis fuerzas y me marcho, ya son casi las diez y no quiero llegar tarde. Marta y su familia aparecen cargados con maletas y bolsas al cabo de unos minutos, nos saludamos y damos la vuelta al edificio para buscar el coche. Mi madre me saluda una vez más desde la ventana de la cocina. La echaré tanto de menos...

Si el coche no hubiera tenido baca, me temo que mi maleta y yo hubiéramos sido los primeros en quedarnos sin vacaciones. Una vez cargado todo, partimos hacia el pueblo costero.

No puedo hablar por los demás que van en el coche, pero yo no logro controlar esos nervios que he negado antes a mi madre; voy a conocer lo que es veranear en la playa, tener amigos nuevos, estar lejos de casa y de mis padres y Noelia. Qué subidón, me siento mayor de verdad por primera vez en mi vida. No, se acabó lo de ser una niña. Ahora todos me respetarán y me tratarán como hay que tratar a una...

—Laurita, cariño, mira por la ventana no vayas a marearte y vomitar; las bolsas las tiene Martita, por si tenéis que usarlas. Tened una a mano para Pedrito, que la usará en menos de dos minutos. Si queréis, tengo unos caramelos para vosotros.

Nada, olvídalo. ¿Seré una niña pequeña para todos hasta que me haya casado y tenga dos hijos?

Pedro aguanta sin vomitar minuto tras minuto de forma asombrosa, se lo agradezco mucho, porque yo solo necesito olerlo para... mejor no te lo digo; ya con pensarlo me entran ganas... Y eso que el niño no mira por la ventanilla, como es lo más recomendable, sino que ha fijado la atención en mi cara de un modo más incómodo que de costumbre, si eso es posible; porque las pocas veces que he entrado en casa de mi amiga, el puñetero niño era como un perrito faldero y mudo, solo observándome.

Marta me mira en ese momento, está en la otra ventanilla, el pequeñajo en medio. Abre mucho los ojos en una mueca cómplice, mirando a su hermano y luego a mí, y así varias veces en modo bucle. Yo no comprendo y así se lo digo. Entonces ella opta por ser menos sutil:

—¡Tía, que el enano está enamorado de ti! ¡No te enteras, estás tonta!

Su padre da un volantazo y casi volcamos, su madre rompe a reír con una voz nasal parecida a la de un bulldog francés, el niño comienza a darle puñetazos y patadas a su hermana, Marta grita y trata de defenderse. Y yo... yo me muero de la vergüenza, aunque bien podría aprovechar para atesorar aquella experiencia única. Hace un calor de mil demonios a esa hora de la mañana en un coche sin aire acondicionado, los pinos quedan atrás a toda velocidad en los márgenes de la carretera casi desierta, en la radio suenan sevillanas como las que le gustan a mi padre y a otros viejos de su edad, huele a ambientador de pino y los asientos están forrados de borreguito, lo mejor para el verano en Huelva, a cuarenta grados. El espectáculo es total, Patri e Inma no se lo creerían. Si fuéramos aquí atrás las cuatro, el griterío provocaría un accidente en cuestión de segundos. Mejor pensado... no, si Patricia estuviese aquí, el niño ni me miraría. Deja que el chico disfrute de su elección.

Llegamos a los veinte minutos de salir del barrio, una suerte que la costa esté tan cerca, al menos los pueblos de El Portil y Punta Umbría. Si hubiéramos ido a Matalascañas o Isla Cristina, el niño habría aderezado con una buena vomitona el momento; y Marta y yo le hubiéramos hecho los coros. Menudo panorama y menudo olor. ¡Empezando el viaje por todo lo alto!

Se huele la brisa del mar aunque no se vea con los edificios. Sonríe ilusionada. Luego entramos en el garaje de una urbanización cerrada, preciosa toda blanca con el cielo azul de fondo, y comenzamos a cargar con maletas y bolsas para llevarlas al apartamento 5-C del bloque cuatro. Menos mal que hay ascensor. El niño se libra y solo agarra su almohada. ¿Debería haber

llevado la mía? ¿Y si no puedo dormir con la que me toca por ser muy grande y dura? ¡Mierda!

El apartamento huele a cerrado, pero eso cambia en cuanto abrimos todas las ventanas y llevamos cinco minutos ordenando ropa en los armarios y cómodas, y la comida que han comprado para ese día en la cocina. Al cabo de un rato, Marta me llama para que vaya a la terraza, es pequeña pero suficiente para comer los cinco. Me asomo a la barandilla y veo abajo la piscina en mitad del césped. Me emociono, pero no tanto como al girar la vista hacia la izquierda y contemplar el mar a tiro de piedra. Jamás lo había visto tan inmenso, impresionante, me deja sin palabras, y eso que algunas nubes aún tratan de taparlo.

Entonces percibo el olor en todo su esplendor, olor a verano, a vacaciones de verdad, a libertad, a independencia, a ser mayor...

Paso a paso, avanzando.

Dan las doce y media del mediodía y no queda gran cosa por hacer.

—Ponte un bikini y vámonos a la piscina, a ver si hay alguien por la urbanización.

Por alguien ya me imagino lo mejor, así que corro al dormitorio y cierro la puerta con el seguro, por si entra Pedrito, Marta se ha ido al cuarto de baño. Elijo mi mejor bikini, uno nuevo marrón; ahora que estoy bronceada por varios días de playa, me queda fenomenal, y espero mi turno del baño para ver cómo tengo el pelo y el maquillaje. No iba a presentarme en sociedad sin un brillo de labios y algo de sombra de ojos, cómo mínimo.

La piscina tiene forma de riñón y es más grande de lo que había imaginado, con una zona para entrar con escaleras, por donde menos cubre, y varias escalerillas metálicas en el otro extremo. Alrededor hay tumbonas y sombrillas, pero están todas ocupadas, o eso intuyo al ver las toallas, porque personas no se ven por ningún lado.

—Ni caso, esas tumbonas son para los viejos —dice Marta, como leyendo mi pensamiento—, algunas toallas se quedan todo el mes puestas y solo ves al dueño veinte minutos algún día.

Nos acercamos a la sombra de una palmera, dejamos los bolsos sobre el césped y extendemos las toallas.

—Esta es la zona de la pandilla, los viejos no se acercan por el ruido que hacemos, ja, ja, ja. —Se muestra algo nerviosa—. Los demás chicos ya irán llegando en un rato. Bueno, entre hoy y mañana, los últimos llegarán en unos días.

Nunca había visto a Marta tan rara, ni siquiera parece decidida del todo mientras tomamos posesión de la zona.

—¿Qué nervios! ¿Son majos tus amigos? —le pregunto.

—Bueno, cada uno a su manera.

—¿Qué significa eso? —Evita mirarme—. ¿Marta? Responde.

—Es que no todos son simpáticos, algunos vienen desde lejos, Madrid, Barcelona, Bilbao, son familias de emigrantes que regresan en verano; y se junta aquí un grupo muy variado en edad y forma de ser.

—Me dijiste que el ambiente era la leche, que todo eran risas y diversión. Me lo has dicho como cuarenta veces en los últimos meses.

—Bueno, vale, tampoco te pongas así. Algunos son más secos, pero ya has visto la piscina, el césped, la zona es bonita, Miki estará algunas veces con nosotros, hay algún vecino divertido y...

—¿Algunas veces? ¿Miki? Pensaba que íbamos a ser un grupo como lo somos con Inma y Patri, todos juntos siempre. Es lo que entendí de tus palabras.

—Mira, por ahí viene Diana, vamos a saludarla.

—¿Marta? ¿Marta?

La tal Diana es más alta que nosotros, aunque no mucho más mayor en edad, lo deduzco por el



acné de su cara. Tiene el pelo largo y rubio, aunque teñido, y unos ojos marrones y pequeños como los míos. Saluda a Marta sin mucha efusividad para tratarse de una amiga a la que no ve más que de verano en verano, y a mí con menos aún, casi ni me mira a la cara.

En las dos horas siguientes, la zona del césped bajo la palmera se llenó de toallas, catorce cuento yo ahora, además de las de Marta y la mía. Nombres como Irene, Aurora, Manuel, Gonzalo, Noemí... Pero los recibimientos no son los esperados durante tanto tiempo, no tan cálidos, al menos con nosotras dos, porque entre ellos parece haber un vínculo fantástico, como el que tenemos el grupo de nosotras en la capital. No quiero insistir a Marta, que está avergonzada y parece querer desaparecer del lugar; tampoco es necesario ser muy inteligente como para comprender que mi amiga ha exagerado más de la cuenta su relevancia social. Y en el fondo me da igual, estoy tumbada en el césped de una urbanización preciosa en la que he sido invitada y ante una piscina que tiene una pinta fenomenal; al lado tengo la playa más bonita de España y nos encontramos en un pueblo lleno de tiendas de ropa, heladerías y cafeterías... ¡Es un sueño hecho realidad!

Saco a Marta de allí, convenciéndola para ir a bañarnos y, cuando estamos las dos a solas, sentadas en la escalera de la piscina, ella por fin parece dispuesta a hablar del tema.

—Sé lo que vas a decir, que ojalá estuvieran aquí Inma, Patri y Fran.

—Pues no, te iba a decir que acabo de llegar y ya me lo estoy pasando de miedo, que el sitio es precioso, que me encantará compartir habitación contigo, como si fuésemos hermanas, y que me muero de ganas de que me enseñes la playa. Tus amigos me dan igual. Pero, por favor, no menciones a Fran, ya sabes que...

—Sí, perdona...

Nos metemos en el agua, aún fría y con un fuerte olor a cloro, jugamos a hacernos ahogadillas, nadamos un rato y salimos para secarnos con las toallas. Nos alejamos del grupo, que se sigue comportando como si no estuviésemos allí, y tomamos el sol para secarnos lo suficiente.

Unos minutos después nos fuimos a la playa entre risas y sin permitir que nadie nos arruinase el momento.



No parece que hayan llegado muchos más de la pandilla cuando regresamos, una hora después, para ir a almorzar al apartamento. Tampoco nos hacen más caso que antes, así que yo me ahorro saludar a los nuevos, que parecen ir de guapos e interesantes. No me molesta, pero lo siento mucho por Marta, que no merece ese trato cuando lleva años a su lado.

Eso sí, me doy el gusto de gastar una broma que ya había pensado durante ese primer paseo con Marta por el pueblo y la playa.

¿A que a ti también te apetece un poco de diversión?

Detengo el tiempo y cojo el cubo de plástico rojo de un niño que juega cerca de la piscina, lo lleno de agua y lo vuelco con mucho cuidado sobre la cabeza de esa tal Diana, así el agua queda suspendida a pocos centímetros de su objetivo; luego repito la operación con cada uno de la pandilla, hasta devolver el cubo a su dueño.

Cuando Marta y yo entramos en el edificio para subir a almorzar, se oye una docena y media de gritos a nuestras espaldas.

El poder para parar el tiempo es alucinante, y no solo para salvar gente de un atropello. Algo

me dice que voy a divertirme de lo lindo con estos estirados niñatos de grandes ciudades que vienen a la costa a avasallar a los aldeanos, o como nos llamen.

—¿Tú qué dices? Me da igual, ya me han cabreado y voy a pasar un verano alucinante. Ponte cómoda porque esto no ha hecho más que empezar.

Por cierto, cada cubo de agua sobre la cabeza de las estiradas de la pandilla llevaba un extra. Digamos que tanto tiempo fuera de casa provoca necesidades fisiológicas... ¡Que no, es broma! ¿Cómo iba a orinar en el agua de los cubos? Ya sabes que soy una niña buena, ¿no?

Al entrar vemos que nos están esperando para almorzar, parece que lo hacen antes que mi familia. Me lo apunto, porque Marta podría hacerlos esperar para comer, sin importarle lo más mínimo, incluso dos horas como hoy, pero yo soy una invitada y debo tener más educación y respeto. Nos lavamos las manos y comentamos la jugada del paseo antes de ir al comedor.

—¿Has visto? El sitio es precioso.

—Sí, me encanta la playa y también el paseo que recorre todo el pueblo.

—Algunos días podemos ir de tiendas y a tomar un helado. Y dicen que este verano hay un sitio donde tomar café o un refresco al lado de la discoteca nueva; se ve el mar con el atardecer y la luna al fondo durante la noche, superbonito. Por cierto, ¿por qué habrá gritado de esa forma todo el mundo cuando entrábamos en el portal?

—Venga, no te entretengas, que tus padres y tu hermano nos esperan para comer, se enfriará la comida.

—Vale, pero... ¿no te vino de repente un olor a pis?

—¡Anda ya!

Je, je, je.



El camino que conduce a la playa de forma directa desde la urbanización ya cuenta con algunos vecinos cargados de bolsas, sombrillas, sillas, juguetes de niños y demás parafernalia, cuando Marta y yo decidimos acercarnos. ¿Para qué probar suerte en la piscina? Será más divertido pasear por la orilla, aunque haya más gente y ruido. Miki y sus padres aún no han llegado y quizá no lo hagan hasta mañana. No, en la piscina no se nos ha perdido nada.

Mi reloj marca las cinco y doce minutos, hace un calor infernal pero se soporta con un sombrero y una botella grande de agua a medio congelar. Marta me indica con la mano una vela de *windsurf* en la distancia cuando estamos a punto de clavar la sombrilla.

—¡Qué chulo!

—¿Verdad? Debe de ser la leche estar volando sobre el agua, deslizarse a esa velocidad sobre las olas.

—No creo que tengamos fuerzas para sostener esa vela.

—Ni siquiera para clavar la sombrilla —dice con pesar mi amiga.

—Es que el suelo está muy duro.

—Probemos donde la arena seca.

—No, allí hay muchos críos jugando y nos van a dar un pelotazo.

—Bueno, tampoco hace tanto calor, mejor no la colocamos.

—¿Estás loca? —le digo—. Estamos a cien grados, por lo menos, y con este sol me voy a

achicharrar.

—Y yo también, que soy más blanca que tú, pero tendríamos que haber traído un martillo.

—¡Hala, qué bruta! A ver si con la técnica de mi padre.

Poco a poco, empujando entre las dos, la punta de metal va entrando por el vaivén y presión sobre el palo. Acabamos empapadas en sudor. Mirando a nuestro alrededor, comprobamos que hemos sido la atracción de la tarde para nuestros vecinos cercanos.

—Me muero de calor, voy a bañarme.

La espero mientras se quita el vestido y vamos corriendo a la orilla. El agua está muy fría, pero nos da igual, con calma y muchos saltitos sobre las olas acabamos nadando.

—No me has preguntado nada —me dice mientras bebe agua, ya estamos bajo la sombrilla otra vez—. Te lo estás comiendo todo...

—¿Lo de Fran? ¿Te refieres a lo del otro día, cuando nos dejaste a solas en la puerta de su edificio?

—No, tonta, ya supongo esa conversación. «Por favor, sal conmigo, te quiero mucho, buah, buah. No, lo siento, yo solo amo a Miki, paso de ti. No, por favor, me dejaré el pelo largo».

—Venga, vale ya, no seas tan cruel, no habrías aprobado todas sin su ayuda.

—No, si yo lo quiero mucho, pero no me niegues que es un poco patético estar así tanto tiempo por un rechazo.

—Eres muy injusta con él.

—Tía, a mí me rechazó David y ya me ves.

—Pero a ti solo te gustaba, como te gustan muchos chicos, y no es amigo tuyo ni nada. Fran tiene que estar muy enamorado para darte clases a ti durante nueve meses solo porque yo se lo pidiese.

—¿Qué insinúas? Estar conmigo es un honor.

—Sí, deberías haberle cobrado.

—¡Tía, me encanta esta canción!

Habían subido el volumen a una radio de pilas de una sombrilla cercana cuando comenzaba *Freedom* de Simply Red. Marta se pone a tararearla mientras se peina el pelo, yo pienso en lo fácil que es esgrimir la palabra libertad, y en la cantidad de pensamientos y acontecimientos que te impiden disfrutarla realmente. También me hace gracia lo rápido que mi amiga ha olvidado eso que iba a preguntarme, seguro que relacionado con Miki o con los tontos de la pandilla de la urbanización. Así es ella.

—Vaya, se acabó lo bueno, habrá que esperar a que pongan otra canción chula. ¿Damos un paseo?

—Aún es pronto —respondo—. Mejor esperamos al atardecer, quedan muchas horas.

—Pues no tengo sueño como para dormir un rato en la toalla. ¿Has traído el parchís?

—Está en mi bolsa.

—¡Sí, también trajiste las patatas fritas! —Me muestra la bolsa que ha encontrado con un entusiasmo exagerado. Toda ella es exageración.

—Pero si me pediste tú misma que las cogiera de la cocina antes de salir.

—Venga ya, imposible, me acordaría.

¡Uf!, esta chica tendrá un problema serio el día de mañana con la memoria, pero que muy serio.

Nuestros vecinos iban llegando o marchándose a medida que pasaban las horas. Cinco partidas al parchís, veinte conversaciones a cual más intrascendente, pero a la vez divertidas, una bolsa de patatas y dos litros de agua, además de tres baños entre salpicaduras. El sol ya se podía

mirar de forma directa, justo cuando está con un tono anaranjado; seguro que es como un ojo entrecerrado por el sueño tras un largo día de trabajo.

Vamos a pasear.

La arena está mullida y fría, de vez en cuando una ola más atrevida que el resto y llena de espuma se acerca para acariciarnos los pies, unos chicos guapos nos miran al cruzarse en dirección contraria, ahora es un niño desnudo de unos dos años que corre delante de su madre, ella lleva su bañador en la mano y lo llama a gritos. Muy al fondo se aprecia el puerto de El Rompido, demasiado lejos para llegar esa tarde caminando. A la izquierda un mar azul profundo, a la derecha los últimos reductos de la diversión, sobre todo pandillas de chicos de nuestra edad que se acercan cada atardecer para contemplarlo sobre el mar.

—Espero que Miki llegue pronto.

—¿Lo dices por mí? —pregunto.

—No creas, también echo de menos que me salude alguien. Perdona, no quería decir que tú... Ya me entiendes, los años anteriores ha sido Miki el que más ha conversado conmigo, pero este es el mejor de todos, el mejor verano y no llevo aún ni un día. Que estés aquí es lo mejor de todos estos años.

—Ya te entendí. —Salto para esquivar la botella vacía que alguien ha tirado en la orilla—. Yo también lo echo de menos, y quisiera hablar con él de lo que pasó en Rompeolas, ver qué tal está y darle las gracias de nuevo por ayudarme.

Marta no dice nada, como si no me hubiera oído.

—¿Es siempre así? —pregunto de nuevo.

—¿Cómo? ¿Quién?

—Miki, ¿es siempre así de distante? Llega, dice dos palabras y se va. Llega, dice una barbaridad y se va. Llega, te salva la vida y se va. ¿Siempre hace eso? ¿Qué problema tiene con quedarse un rato más?

—¿Qué barbaridad ha dicho?

—En el templete, aquella tarde del último día de clases, me dijo que me conocía desde hacía dos años, ni supe lo que quería decir, pero se marchó antes de poder preguntarle. Es la última vez que he hablado con él más de medio minuto.

—¿Te conocía? Nunca me ha dicho nada, y eso que ha preguntado varias veces por ti.

—¿Marta! ¿Ha preguntado por mí y nunca me lo has dicho?

—¡Jo, es que me acabo de acordar ahora!

—¿Te mato! ¿Qué pasa contigo? ¿Has ido al médico?

—¿Al médico? ¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? Para tus problemas de memoria.

—¿Eh? ¿Qué le pasa a mi memoria? ¿Qué película me estás contando?

—Marta, hablamos de Miki.

—¿Miki? ¿Qué pasa, ya ha llegado?

¿Qué haces tú ahora? ¿Pataleas, gritas como una loca y te pones a tirar conchas de la arena lo más lejos posible en el mar? Pues eso hago mientras Marta me mira con los ojos y la boca abiertos.

—¿Pero se puede saber qué te pasa? ¿Estás perturbada? Tía, me está dando miedo compartir habitación contigo esta noche.

—Pues ya somos dos.

El regreso a casa lo hacemos cansadísimas, y eso que hemos pasado toda la tarde tumbadas bajo la sombrilla, tomando el sol al atardecer o paseando despacio; pero nos sentimos

destrozadas. En la urbanización no queda nadie en la piscina, estamos a punto de bañarnos una última vez, pero es pensar en darnos una ducha caliente y ponernos el pijama y se nos quitan las ganas en el acto.

Me parece que aún huele a pis en la zona del césped donde se pone la pandilla. Por favor, no me juzgues, una tiene su orgullo, y me dolió más por el trato a mi amiga que a mí misma, después de todo no los conozco, no tienen por qué ser amables conmigo.

Cenamos algo ligero, según palabras de su madre, que puso la freidora y sacó cuatro enormes platos con croquetas, empanadillas de atún, sanjacobos y gambas rebozadas. Las ensaladas y el pescado no habían llegado a conocer a los Heredia aún.

Pedrito me sigue mirando, mientras mastica despacio y con la boca abierta, mostrando la masa de ingredientes varios. No deja de observarme como hipnotizado. ¡Qué más quisiera yo poder hipnotizarlo para que cerrase esa boca o se durmiese! Marta y sus padres se comportan siempre como si eso no ocurriera, o como si les diese demasiada vergüenza regañar al niño.

Menos mal que en casa estamos poco tiempo, cualquiera aguanta al enano todo el día pegado a la pierna, como un perrito falto de cariño. No debí pensar eso, porque en el momento sucede lo peor:

—Marta, mañana llevad a Pedrito con vosotras a la playa, a la piscina o donde vayáis.

—¡No fastidies, mamá! El enano es muy pesado.

Secundo esa opinión.

—Haz lo que te digo o te pasas todo el día estudiando y sin salir.

Planazo para el día siguiente...

Llamo a mis padres, me lavo los dientes y voy a ponerme el pijama, luego saco el diario de la maleta y entra Marta.

—¿Qué haces?

—Es mi diario.

—¿Un diario? Eso es para niños pequeños.

Me da algo de vergüenza, pero respondo.

—Son solo impresiones, por si algún día tengo tu memoria.

—¿Mi memoria? ¿Qué le pasa a mi memoria?

—Nada, era una broma. Voy a escribir cómo me siento y lo bien que me lo he pasado contigo.

—¡Genial, y luego me lo dejas ver!

¿Cómo? ¿No comprende el concepto de diario? Vale que sea mi mejor amiga, pero esto es como entrar dentro de mi cerebro, de mis recuerdos y emociones, y no me siento cómoda con la idea.

—Marta, un diario es lo más personal de alguien, yo jamás miraría uno tuyo.

—Pero yo no tengo. Y somos casi hermanas.

—Es que mi hermana no lo ha leído.

—Porque ella es un orco, no nos compares.

—Por favor, respeta eso, no me siento cómoda con la conversación. Aquí hablo de mi familia, de mis sensaciones, pensamientos, sobre Miki y muchas personas más, es como mi mente, no quiero que nadie pueda invadir algo tan privado, ni tú ni mi madre.

—Hija, es un puñetero libro donde pones lo que has hecho cada día, tampoco es para tanto.

Se da la vuelta en la cama, enfadada, y me deja con una sensación extraña en el estómago. No escribo más de dos cortos párrafos y decido guardarlo de nuevo, parece que Marta ya duerme. Ni me imagino lo que pensaría al leer las cosas que pone: mis miedos, mis metas, mis amores, el poder de parar el tiempo, lo vivido con Miki, lo que pienso de mis amigos... ¡Mierda! A saber lo

que he escrito sobre ella desde que volví a encontrarla el día de la presentación, hace de eso ya un siglo. Seguro que nada bueno, es tan complicada de trato, tan especial, tan puntillosa, además de su físico, ¿he mencionado su físico en el diario?

Tengo que esconder el libro.

## Capítulo 7

### Miki Superstar

Segunda mañana y también con niebla, o calima, como lo llama la madre de Marta, dice que es por el frío del Atlántico, una nube baja de humedad que se marcha en cuanto aprieta el sol. El caso es que da la sensación de que te vas a morir de frío o que comenzará a llover de un momento a otro, pero a las doce en punto, en serio, como un reloj, desaparece por completo y queda un día de calor pegajoso.

Termino el ColaCao cuando Marta aún no ha salido del dormitorio, es alucinante lo que le cuesta despertarse del todo, y eso que son casi las diez y media. Recojo el vaso y el plato, los llevo a la cocina para fregarlos y guardarlos, luego regreso a esperar a mi amiga. Apoyada en la barandilla de la terraza intento ver el mar, imposible. La carretera cercana ya tiene actividad, así como la entrada de la urbanización, por la que estoy viendo entrar y salir a algunos vecinos.

—¿A dónde van con esta niebla... digo, calima?

La madre de Marta se asoma.

—Supongo que al supermercado o la panadería, o dar un paseo. Aquellos van vestidos para correr, vendrán de hacer ejercicio.

—¿Qué guay!

—Un día que te levantes más temprano, puedes salir a hacer deporte, o nadar en la piscina, porque Martita se despertara cada día unos minutos más tarde, así hasta la una de la tarde en el último día.

—¿En serio? ¿Cómo puede dormir tanto?

—¿Qué va a dormir! Lo que pasa es que le gusta quedarse amodorrada durante horas.

—Yo tengo que tener la vejiga más pequeña del mundo, si no me levanto tras siete u ocho horas, me hago pis en la cama.

—Entonces es como si fuera un despertador natural, muy bien, aunque es normal con ese cuerpecito delgado que tengas una vejiga pequeña.

Menos mal que no hemos hablado de tetas, porque empiezo a estar muy enfadada con mi genética: falta mes y medio para entrar en segundo de BUP y aún no brotaron. Se lo está tomando con calma mi anatomía... Hasta a Marta, que es más bajita que yo, le han crecido ya, soy la única del grupo, yo diría que del mundo, que no tiene tetas. Y eso que el uno de noviembre cumpliré quince años, toda una adulta ya y con cuerpo de serpiente, tengo menos bultos que una tabla.

—¿Qué dices de una tabla? —Marta aparece por la puerta de la terraza con dos legañas como garbanzos, y las arrugas de la sábana bajera o de la almohada le han dejado la cara desfigurada.

—¡Jo, pareces Slot!

—¡Idiota!

—Es verdad, tienes un ojo medio cerrado. Ja, ja, ja.

—¡Eres insoportable!

—Slot quiere a Gooordi. Slot tiene mucha hambre. Chocolaaaaaaate.

—¡Mamá, Laura te está insultando!

—Martita, estoy aquí al lado, no digas mentiras. Y quítate esas legañas, ¡por Dios! Pero no las

tires al suelo para que nadie tropiece o se corte un pie.

—¡Ja, ja, ja!

Qué bien me cae la mamá de Marta. Aunque mi amiga se ha marchado murmurando insultos hacia el cuarto de baño para lavarse la cara. Luego regresa como si nada hubiera ocurrido. Seguro que se le ha olvidado.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —me pregunta.

—Lo que tú digas, tú mandas.

—¿Bajamos a la piscina y nos damos un baño? Porque en la playa el agua estará congelada.

Un seis le puse en Física y Química en el ordenador interno del instituto, cuando su nota real era un cero y medio, la peor de todas. Pero eso no es motivo para que sea tan bruta.

—¿Cómo va a cambiar la temperatura de todo un océano inmenso en unas pocas horas? Ayer solo estaba ligeramente fresquita.

—¡Oye, que tú no eres de aquí, no conoces el sitio, no me discutas!

—Vale, tú ganas.

—¿Qué pasa, no quieres ir a la piscina?

—Me da igual, me lo paso bien contigo donde sea. Pero otro día vamos de paseo por el pueblo, ¿vale?

—Bueno, mañana vamos de tiendas.



No hace demasiado calor, así que mejor jugar en el césped a alguno de los juegos de mesa que llevamos, o leer una revista del corazón que ya ha desechado la madre de Marta. Cualquier cosa menos soportar a Pedrito o, lo peor de todo, ver las caras de acelgas hervidas que tienen los amigos de Marta. Bueno, eso de amigos...

Pedrito chapotea en la zona de la piscina que no cubre, donde le hemos dicho que permanezca con la amenaza de tirarle sus juguetes a la basura si desobedece. La pandilla ni se ha molestado en saludar, está a veinte metros de distancia, como si no nos conocieran. Empieza a disiparse esa calima extraña. Un vecino se asoma al balcón y llama a su hijo a voces. Por lo demás, parece un día muy tranquilo.

Justo estamos pensando en jugar con las raquetas un rato cuando:

—¿Vosotras quiénes sois?

Levanto la mirada y observo a la niña, está de pie ante nosotras, unos doce años, morena y con un bañador de flores lilas muy bonito. Marta la saluda.

—Elena, ¡qué grande estás!

—¿Quién eres?

—Soy Marta, te conozco a ti, a tu hermana Sonia y a tus padres desde hace muchos años.

—No me acuerdo de ti.

—Pues muy bien, adiós, a dar por culo a otro sitio.

—¿Tenéis novio?

No, no piensa dejarnos tranquilas con facilidad.

—Lo que hace falta, que se nos acople una enana para que el resto nos margine más aún —me susurra Marta.

—No soy una enana, tengo doce años, soy igual de alta que tú y tengo ya casi las mismas tetas



que ella.

—¿Me está señalando? ¿Será enana coñón? Mierda, me estoy convirtiendo en mi hermana. Pero es que ahora mismo pararía el tiempo, la llevaría a la playa, al extremo más lejano, y la dejaría allí. Tendré que conformarme con el pensamiento y con saber que puedo hacerlo después, si sigue dando la paliza.

—¿Por qué no te vas con tu hermana, bonita? —la apremia Marta.

—Están hablando de enrollarse con tíos, nunca me dejan escuchar. ¿Vosotras os habéis enrollado con alguno?

—Pues no.

—No me extraña, feas y sin tetas.

—Niña, ¿por qué no te vas a tomar por... a darte un baño?

—¿Nunca os han morreado o metido mano?

—¿Qué está pasando? ¿Por qué me acuerdo de mi madre en este momento? Creo que esto, o algo mucho más intenso, es lo que siente con mis preguntas indiscretas. ¡Vaya con la niña de las narices! Acaba de hacer que nos sonrojemos Marta y yo como pimientos.

—Sí, nos hemos enrollado con muchos chicos, pero no te lo vamos a contar. —A continuación, Marta le saca la lengua. ¿En serio? ¿Es necesario ser más infantil que la niña?

—Ven, siéntate con nosotras —le digo, y tanto ella como mi amiga me miran como si estuviera loca o gastando una broma pesada.

—¿En serio? ¿Se te ha ido la pinza? Tiene doce años. Y estamos hablábamos de cosas íntimas.

—No, Marta, hablabas tú sola del episodio de ayer de *Sensación de vivir* y de lo bueno que está David Silver. Deja que se siente con nosotras.

—Es una niña pequeña.

—¿Quieres hacerle a ella lo mismo que su hermana y esos idiotas te han hecho a ti toda la vida?

—Pues claro, es una tradición.

—Venga, cállate. Y tú, Elena, siéntate y no hagas preguntas raras.

Se sienta a mi lado en mi toalla, sonriendo y loca de contenta por ser aceptada por fin en un grupo. Lleva collares y pulseras, incluso en el tobillo, ¿cómo viste tan bien? Entonces me pide permiso para hacerme unas trenzas en el pelo, porque nunca ha visto uno tan largo y bonito. ¡Vaya, un cumplido! También nos cuenta que solo hay tres niñas de su edad en la urbanización, el resto son chicas grandes como su hermana; y que las niñas son aburridas, pero su hermana y las amigas la tratan como un perro callejero, la echan a patadas todos los días.

—Pero es que haces unas preguntas...

—Nadie me contesta, seguro que es un secreto superchulo.

—Nada de eso, estar con chicos no es ninguna cosa chula —le respondo.

—¿Con cuántos has estado tú? ¿Te han tocado el culo o las tetas?

—No, no me han tocado nada, a las chicas no tienen por qué tocarnos el culo ni las tetas si no queremos.

—Pero yo sí quiero.

—Y yo también —añade Marta.

No fastidies, ahora resulta que tengo dos niñas de doce años, calentorras como nadie, y debo pasar un mes allí a su lado.

—¡Marta! Meter mano no es bueno. Los chicos se aprovechan de las chicas. No podemos dejar que lo hagan.

La niña se vuelve eufórica, es un brote que tiene cada vez que le llegan preguntas nuevas:

—¿Por qué? ¿Duele? ¿Te quedas embarazada si te tocan las tetas? ¿Qué llevan los chicos en el paquete?

—¡Elena, me parece que entiendo que tu hermana y sus amigas no te dejen estar allí!

—¿Eso lo dices porque no sabes lo que tienen en el paquete?

—¡Elena! Si quieres estar aquí, con nosotras, tienes que dejar de decir esas cosas.

—Pues eso, que tenéis la misma experiencia que yo. ¡Jo, no me van a meter mano nunca!

La urbanización parece cambiar de luz y color, hasta se respira un aroma diferente. ¿Qué pasa?

—¡Ahí está! —gritan la niña y Marta a la vez.

A mi alrededor todos miran la puerta del edificio dos, nosotras estamos en el cuatro. Desde esa dirección camina, como a cámara lenta, un dios de negro y largo cabello, lleva bañador rojo y camiseta de tirantes blanca, pero está igual de espectacular que cuando viste sus vaqueros ajustados y rotos, además de camisetas y camisas escotadas para mostrar sus tres cadenas y colgantes. Ni mira hacia dónde va. ¿Para qué? Sabe el destino y que todos lo observan con una admiración casi enfermiza.

Y entonces, ¡boooooom!

Pasa de largo ante el grupo, su pandilla, a pesar de que se han puesto en pie para darle la mano o dos besos. Ni los mira y sigue caminando hasta llegar a nosotras. ¡Sí, a mí! Me dan ganas de llorar al ver que su ceja y su nariz aún están hinchadas por la pelea.

—¡TE QUIERO!

No, no soy capaz de gritarle eso, me limito a esperar mis dos besos, además de contener a Elenita, nuestra nueva componente del mini grupo, para que no le toque el paquete o lo que se le ocurra a su mente calenturienta.

—Este año llego un poco tarde —se limita a decir tras saludarnos, su mirada derretiría el hielo en ese momento.

—Me gustaría hablar contigo —me atrevo a responder.

—Luego.

Y desaparece.

¿Luego? ¿Cuándo? Llevo esperando un siglo, no me dejes así. Me siento como Elena con sus dudas sobre relaciones adolescentes.

Se marcha hacia el resto del grupo y los saluda, se les ve molestos porque han quedado como segundo plato, y más aún porque el primero es el compuesto por la enana preguntona y las dos idiotas que intentan integrarse desde el primer día.

Algunas de las chicas miran extrañadas, cuchichean, parecen decir «Es imposible», «este se ha vuelto loco», «¿está de broma?» o cosas peores que no quiero pensar, pero sí, ha venido a vernos y saludarnos a nosotras antes que al resto. Y eso no me lo quita nadie.

Disfruto del momento, a pesar de que no se ha quedado para que aclaremos esa duda que tengo pendiente... Y me lanzo a la piscina sin decir nada a Marta, el calor que siento tengo que sofocarlo como pueda. Un largo, otro. Pensamientos derrotistas luchando contra otros más inocentes y esperanzadores. No, no debo hacerme ilusiones, son lo que más daño me hace. Dos largos más. Esas chicas de la pandilla son preciosas y llevan varios veranos tras él. Miki no volverá a dirigirnos la palabra, ni la mirada. Volveré al instituto con cara de mustia. Dos largos más. ¿Quién dijo que este verano sería mágico? ¿Cuándo podré olvidarlo? ¿Será como una droga de la que hay que desengancharse? Porque no comprendo que...

—Estás enamorada, ¿verdad?

Casi me ahogo, no doy pie en esta zona de la piscina ni esperaba encontrarme con la niña frente a mí.

—¡Elena, qué susto!

—Estás enamorada de él, ¿verdad?

—¿Cómo lo has sabido?

—Ponte a la cola, guapa.

¿Qué dices a eso? ¿Te quedas con la boca abierta mirando a la niña? Eso mismo hago yo. Pero ella no me deja responder y me suelta esto:

—No te hagas ilusiones, ha venido a saludarnos primero porque quería verme. He estado soñando con él durante el otoño, invierno y primavera, eso es como magia para atraerlo, lo leí en un libro de hechizos. ¿Has visto cómo ha dado resultado?

—Claro —le respondo con toda la sinceridad que puedo—. Por eso te dejó la última en su saludo, para hacerse de rogar.

—¿En serio?! ¡Lo sabía! ¿Tú crees que querrá enrollarse conmigo? Te lo pregunto a ti porque pareces más guay que la retaco de tu amiga, esa es una friki.

Casi me da un ataque, pero sin saber si de risa, de asombro, de ira... mientras Marta seguía apoyada en el extremo opuesto de la piscina, chapoteando con los pies.

—¿De verdad tienes solo doce años? A tu edad yo no sabía lo que era un chico.

—¿Por qué? ¿Eres retrasada?

—¡No! Es que solo pensaba en jugar con mis amigas, aprobar todas las asignaturas y ser buena en casa.

—Pues eso, retrasada.

—¡Elena! No pienso contarte nada ni ser tu amiga si sigues así de antipática.

—Venga, déjate de tonterías. ¿Duele hacerlo?

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—No sé. He escuchado a mi hermana y las demás decir que hacerlo duele la primera vez. ¿Qué es hacerlo?

—No... no sé.

—Venga, no me vaciles. ¿Tú lo has hecho? ¿Duele? ¿Cuánto? ¿Depende de la edad? ¿De las tetas que ya tenga una? ¿De la altura? ¿De lo bueno que esté el tío?

—¡¡Basta!!

Me mira medio sorprendida, que es la mitad de cómo lo hacen Marta y las del grupo en el que está la hermana mayor de Elena. No envidio a Sonia en absoluto, menuda vida llevará con semejante máquina de hacer preguntas incómodas en casa. Entonces pido disculpas mentales para mi madre, a la noche la llamaré para hacerlo en persona. Nos acercamos al borde de la piscina para agarrarnos y descansar.

—¿Qué te pasa? ¿Te ha dado un *parrús*? Mi madre dice que le da un *parrús* cada vez que le pregunto cosas de estas.

—Casi, estoy al borde del *parrús*, como dice tu madre, así que deja las preguntas.

—Eso es porque nunca lo has hecho, ¿verdad? ¿Por eso no puedes responder?

—Pues no, no lo he hecho.

—Ya, pero sabes la teoría, igual que mi hermana. Lo que pasa es que no me lo quieres contar. Jo, nadie me cuenta cosas de mayores y así no hay forma.

Es porque me veo algo reflejada en ella, algo muy débil pero algo, al fin y al cabo, que decido tratar de ayudarla, por supuesto sin entrar en temas que eran demasiado mayores incluso para mí.

—Elena, te contaré cosas, pero deja de hacer preguntas. ¿Vale? Las chicas tenemos que mantener a raya a los chicos para que no nos tomen por objetos, para que no se crean que pueden hacer con nosotras lo que les da la gana.

—¿Cómo qué?

—Digamos que los chicos, cuando salen con una chica, suelen llevarla a algún sitio oscuro o apartado y pedirle cosas, además de tocarla.

—¡Mooooo! Yo quiero que Miki me toque.

—No, no me estás entendiendo.

—Entonces, ¿para qué van las chicas con los chicos al sitio oscuro o apartado?

Eso me gustaría saber a mí...

—Pues quizá sea para tratar de calmarlos pero sin dejarse hacer lo que no quieren hacer.

—No lo entiendo.

—Quiero decir que una chica tiene que elegir a un chico que la quiera y respete, y eso significa que él tendrá que esperar a que ella le dé permiso para tocar o hacer lo que quiera.

—Pero yo le doy permiso el primer día.

—Elena, no lo estás poniendo fácil, ¿sabes?

—¿Es que no se puede? ¿Por qué? ¿Duele?

—No se trata del dolor, sino de hacerse valer, que no te usen como si fueses un pañuelo para los mocos. Si un chico quiere estar contigo, tendrá que ganárselo.

—¿Cómo?

—Pues... bueno, ya sabes... con cariño, con mimos, acompañándote a casa cada tarde, escuchándote lo que quieras decirle, esperando en la puerta de casa hasta que estés lista para salir y... Esto es fundamental: llevando tus bolsas de ropa cuando sales de tiendas.

—¿En serio? ¿Todo eso tiene que hacer?

—Pues claro, eso y mucho más. Así te demuestra cuánto te quiere.

—Vale, ya sé cuándo dejarme... pero ¿duele? ¿Qué hacen? ¿Qué tengo que hacer yo? ¿Es obligatorio llevar una minifalda y bragas negras, como dice mi hermana?

—¡Vaya con tu hermana!

—Ya ves, compró las bragas para estar con Miki, pero no las ha estrenado. ¡Que se joda!

—No digas eso, no digas palabrotas, los chicos no valoran a las chicas que dicen palabrotas.

—¿Y a las que llevan bragas negras y minifaldas?

—A esas menos. ¿Tu hermana ha estado con Miki?

—No, más quisiera ella...

—Pues eso.

—Entonces, ¿las llevo blancas?

—Uf, creo que está bien por hoy, ¿te parece bien que sigamos mañana?



Hace dos horas que ha llegado, dos horas tras su saludo y se acerca la hora del almuerzo. Estoy arrugada como un garbanzo y casi no puedo soportar el temblor del frío en mi mandíbula, pero nada. Miki no se acerca a hablar conmigo, Marta y Elena toman el sol a un lado y la pandilla superguay de la urbanización sigue contando u oyendo anécdotas que los recién llegados van compartiendo. Exámenes y notas, ligues que han salido mal, se ríen de los tontos que ese año no veranearán allí, hacen planes para esa misma noche...

¿Me lo parece a mí o esto es una repetición de lo que ocurría durante el curso? Un grupo ya

formado y cerrado herméticamente se divierte mientras el resto observa con envidia y deseos de poder acceder a él.

Entraron hace un rato en el agua, las chicas en la zona de escaleras para seguir conversando y los chicos en el extremo opuesto, echaron varias carreras nadando y luego jugaron con un balón. Ni siquiera tuve la suerte de que me dieran un pelotazo. Invisible por completo, por más que estuve mirando todo el tiempo a Miki. Necesitaba decirle, aunque fuese con la mirada, que esa conversación era importante para mí.

Al final me trago las ganas como entrante para el almuerzo que nos espera en el apartamento. Habíamos oído que iban a la playa a partir de las cinco, tras la siesta. Así que Marta me pide opinión:

—Podemos quedarnos aquí, con toda la piscina para nosotras, o dar un paseo por el pueblo.

—No, nosotras ya habíamos planeado esta mañana ir a la playa y no quiero cambiarlo por ellos, no deberíamos estar tan pendientes de lo que hacen o dicen.

—¿Cómo? Pero si eres tú la que no para de mirar y poner la oreja.

—¡Hola, chicas! ¿Cómo fue el día de piscina? —Es la madre de Marta cuando entramos en el apartamento.

—Bien, el agua está genial.

—¿Y Pedrito?

¡Mierda!

Bajo corriendo a por el niño, que espero siga jugando en el parque infantil frente a la piscina. Lo que hacía falta... perder al enano nada más empezar el mes. A la mierda mi verano y mis opciones de felicidad.

Y me topo de bruces con él.

—¡Perdón!

—No pasa nada, ¿adónde vas corriendo, pecosa?

—Nos hemos olvidado al hermano de Marta.

—Un día perderás la cabeza.

Me sonrío, al hacerlo se le nota más la hinchazón de la ceja y de la nariz.

—Espero que no tanto como tú las ganas de hablar.

No responde, me mira con una media sonrisa. Yo añado:

—Te marchaste del templete sin dejar que te respondiese, y no volviste más, te esperé cada tarde para mostrarte algo.

—¿El qué?

No, no, no, no puedo subir a por los dientes de león sin llevar conmigo a Pedrito. ¡Puñetero niño!

—¿Puedo enseñártelo luego? Es importante, no quiero que pasen otros veinte días.

—A las cinco vamos a la playa, puedes hablar conmigo o enseñarme eso tan importante entonces, ¿no?

—No estamos invitadas a ir con vosotros. Pero ya habíamos pensado ir de todas formas.

—Os estoy invitando ahora.

—No funciona así, Miki. Desde que hemos llegado nos han tratado como si no quisieran tenernos cerca, no pertenecemos al grupo ni el grupo quiere que lo hagamos, así que estamos bien solas. No tienes por qué...

—¿Por qué qué?

—Por qué hacer caridad, no lo necesitamos. Esta tarde estaremos cerca. Si quieres, solo tendrás que venir a nuestra sombrilla. Y tengo que dejarte, solo me faltaba que se nos perdiese el

niño.

Deseo con toda mi alma que la sonrisa que me dedica sea un sí, que todo cambie y por fin podamos hablar, aclarar lo que quedó pendiente. No podría soportar un verano mirándolo de lejos y ansiando un acercamiento que nunca se produzca. El verano más mágico de mi vida no podría convertirse en una pesadilla cruel.

¡Menos mal! El niño está esperando en el parque.

—¡Pedro, nos vamos, venga! —Viene corriendo con un coche de juguete lleno de arena—. Sacude el coche antes de entrar en casa o tu madre te castigará.

—¿Quieres ser mi novia?

¡Vaya con el verano y los calores! Los niños en esta urbanización empiezan pronto a ligar. Ahora comprendo a Elenita.

—No, y tampoco seré tu amiga si me lo vuelves a pedir.

—¿Es porque te gusta el tonto ese del pelo largo? Parece una niña.

—Vamos, que llegamos tarde.



Menuda suerte, si Marta no hubiera tardado tanto en levantarse tras la siesta y en el cuarto de baño, ¿qué demonios hace durante veinte minutos?, no estaríamos ahora caminando tras el grupito fantástico, como si les siguiéramos, como perritos falderos.

—Venga, no te enfades.

—¿Cómo no me voy a enfadar? Si hubiéramos bajado a las cinco, estaríamos bañándonos o tomando el sol tranquilamente, y no caminando tras ellos como si los espiáramos. Hasta se han reído al vernos. ¡Marta, se han reído de nosotras!

—Venga ya, no digas eso. Además, si Miki nos ha invitado, podemos ponernos con ellos.

—¡Ni de lejos! Te juro que no te dirijo la palabra nunca más. Tú te vienes conmigo y nos ponemos por nuestra cuenta.

—Mira, van con Elena, no te extrañe que nos la endosen.

—Fabuloso, somos las canguros de los niños pequeños, además de las payasas que las hacen reír, como me cabreen...

—¿Qué harás? —Me mira extrañada, casi he mencionado mi habilidad para detener el tiempo. Me siento tan enfadada que no logro controlar ni lo que digo.

—Nada, no haré nada.

Pinchamos la sombrilla con todo el esfuerzo del mundo, para variar, y nos decidimos a pasar una tarde de playa divertida y sin preocuparnos por ellos, pero eso fue más fácil planificarlo que hacerlo, ya que la pandilla de Miki revolucionó toda la zona desde el principio. Música, risas, juegos en la arena y también en el agua. Hasta Marta no paraba de mirarlos y reír a carcajadas cuando se gastaban bromas o contaban un chiste. Vamos, que era como si hubiese traído una discoteca con él, porque incluso bailaban de vez en cuando.

—Por cierto —le suelto a Marta en cuanto recuerdo lo sucedido horas antes—, de milagro no te he dado un guantazo en toda la cara durante el almuerzo.

—¿Perdoooooooooona? —Me mira de forma melodramática—. ¿Se puede saber qué he hecho ahora?

—¿Cómo puedes olvidar las cosas tan rápido? Tía, le dijiste a tu madre que yo he sacado suficientes en todas las asignaturas y que tenía que estudiar para reforzar. Ahora tu madre quiere que yo estudie cada mañana para que la mía no se enfade.

—¡Ah, te refieres a eso!

—Pues claro, ¿a qué si no? ¿Por qué le has dicho eso?

—Jo, pero eso fue hace semanas. Entiéndeme, amiga, yo llego con solo tres asignaturas con bien, y las demás, suficiente, y mi madre se pone toda supercontenta. Que si qué bien, que si me alegro por tu esfuerzo, que si que vaya regalo vamos a hacerte... Luego va y me pregunta por ti. ¿Qué iba a decirle? ¿Que habías sacado todo sobresalientes? Tía, no podía permitir que me quitases el protagonismo, era mi momento. Por cierto, ¡las he aprobado todas y aún no me lo creo! ¿Acaso no te alegras por mí?

—*Cantidubi...*

—Venga, no me mires así, ¿a ti qué más te da?

—Pues que ahora tendré que estudiar, pero no he traído los libros. Tu madre pensará que soy una niña irresponsable.

—¡Anda ya! Se le olvidará.

Sí, seguro que eso de la memoria es genético...

Elena se acerca a nosotras cuando llevamos media hora más o menos allí. Lleva un pareo blanco, sombrero del mismo color y un bikini precioso turquesa, además de pulseras y collares de conchas blancas. ¿Cómo logra vestirse como nosotras no lo haríamos nunca?

—Has tardado en venir a visitarnos.

—No lo habría hecho, sois unas pringadas, pero es mejor que estar sola, porque me han echado. Seguro que para hablar de sexo.

—Pues gracias por tus amables palabras.

—¿Ves? No tienes tetas y hablas como una señora mayor, por eso no tienes novio.

¿Si le doy una buena bofetada, tendré luego problemas?

—Si vas a dar por culo —le dice Marta de malos modos—, también te echamos nosotras, ¿te queda claro?

Asiente con la cabeza ante la idea de quedarse más sola que la una durante todo el mes. Acopla su toalla al lado de las nuestras y se sienta mirando el mar, allí están jugando algunas de las chicas, entre ellas su hermana mayor. Se le nota el deseo de crecer y de sentirse integrada, lo que provoca mi empatía y querer hacer las paces. Hasta me la imagino desnuda ante el espejo del baño y preguntándose cuándo le crecerá el pecho.

—¿Quieres agua o patatas fritas?

—No, me duele la barriga. Me he comido todas las gominolas que traían esos, así que también se han enfadado. —Y ahora pone cara y voz de repulsión antes de decir—: Cuando yo no pensaba probar sus cervezas asquerosas.

—Has hecho bien. Por cierto, Elena, ¿por qué tienes tanta prisa por crecer?

—Para que me metan la lengua.

Marta se atragantó, y eso que no estaba bebiendo, luego tuvo que respirar hondo para recuperar la respiración. Yo también necesité unos segundos para reaccionar.

—¿Pero tú sabes qué es eso de meter la lengua?

—No, pero mi hermana y sus amigas dicen todo el rato que quieren que les metan la lengua, sea Alejandro Sanz, Mikel Erentxun, los de *Sensación de Vivir*, Miki, da igual. ¿Y vosotras lo sabéis?

—Hablan de besos con lengua.

—¿Y eso cómo es? ¿Lo habéis hecho? ¿Cómo se hace? ¿No da asco? ¿Podéis enseñarme?

—Para, para, para. No podemos enseñarte, eso se aprende en el momento de hacerlo.

¡Eh! No me juzgues, no podía contarle a la niña lo de la mandarina, perdería todo el respeto que me tiene, que ya casi es ninguno.

—Vamos, que no os han metido la lengua nunca. Jo, así no hay quien aprenda.

—¿Te parece que hagamos un trato? —propone Marta—. Tú nos cuentas de qué hablan tu hermana y las demás chicas cuando los chicos no están, y nosotras te respondemos a todo lo que preguntes y sepamos contestarte. ¿Qué te parece?

La niña acepta en el acto. En este momento los chicos juegan al fútbol usando sus zapatillas como postes de las porterías; las chicas, por contra, se reparten entre las que nadan y las que se han quedado bajo la sombrilla para fumar a escondidas y compartir una cerveza de litro.

Elena comienza a cascar de lo lindo, sin parar y sin filtro.

—...y hay tres que quieren estar con Miki este verano, incluso han apostado para ver cuál lo consigue: mi hermana, Diana y Pilar.

—¡Joder con Pilar, cada verano con uno distinto! —Marta se arrepiente del arrebato, puede que la hayan escuchado.

La niña es una mina de información, hasta nos da los nombres de los que fuman, beben, los que tienen pareja, quiénes son infieles o los que ya han perdido la virginidad.

—¿Pero cómo sabes todo eso?

—El truco está en apartarte un poco, lo suficiente para que piensen que no escuchas sus secretos pero no tanto como para no oírlos; hago como que estoy leyendo una revista y me hago la sorda cuando me llaman, así se creen que no oigo.

—Eres la mejor.

—Gracias. ¿Qué es perder la virginidad? ¿Yo tengo de eso?

Marta y yo nos miramos sin saber qué responder. De todo lo que podía preguntar, era sin duda lo más complicado de resolver. Menuda papeleta nos toca ahora...

—Jo, llevo mucho rato contando de todo, habéis prometido que...

—Vale, vale. Pero jura por tu vida que jamás le dirás a nadie que te lo hemos contado.

—Lo juro. —Hace una cruz con sus dedos índices y la besa mientras se acerca más, tiene en la mirada un brillo especial, intuye que le van a contar algo la leche de secreto e importante.

—Todos tenemos virginidad desde que nacemos, a eso se le llama ser virgen.

—A lo mejor yo soy árbol —nos susurra algo avergonzada.

—¿Cómo?

—Es que hice de árbol en la función del cole, la virgen le tocó a la gilipollas de Teresa.

—Vale, y yo hice de pastorcita, pero eso no viene al caso. Virgen es...

—Yo hice de buey.

—Marta, no te disperses, por favor. Elena, virgen significa que no has llegado hasta el final con un chico.

—Guaaaaaaaaau. —Tenía los ojos y la boca abiertos—. ¿Y qué es el final?

—Pues... muy bien no lo sabemos todavía, pero seguro que se refiere a hacer niños.

—¿Entonces mi hermana y sus amigas quieren tener un niño con Miki?

¡Joder con esas guarras!

—No, Elena, ellas quieren, supongo, hacer lo que hacen las parejas para tener hijos, pero sin tenerlos después.

—Ah, vale, quieren hacer un niño y luego tirarlo a la basura.

—Uf, es complicado de explicar, pero dejémoslo en que quieren darse el lote pero muy a lo



bestia.

—¿Con mucha lengua?

—¡Jo, nos has jurado que esto no sale de aquí! ¿Vale?

—Que sí, ahora sois mis amigas. Y otra duda.

—Mira, me está ardiendo la cabeza, ¿por qué no vamos a darnos un baño?

No pueden responder ni la niña ni Marta, los desgarradores gritos desde la orilla de una mujer nos paralizan. Miramos hacia donde se dirigen sus manos, señalando la zona de la derecha, con grandes rocas que sobresalen del agua a casi cien metros de distancia. Un niño pequeño parece arrastrado por la corriente de forma peligrosa, trata de mantenerse a flote pero no lo logra del todo. Miki, los de su pandilla y varios hombres más de la zona se lanzan al agua, no podrán llegar a tiempo.

Una gaviota que pasa cerca del suelo queda con su batir de alas interrumpido, así como el graznido que estaba a punto de emitir. En la orilla se ven congeladas y brillantes las gotas de las olas al romper bajo la luz del sol, ya algo bajo. La competición de chicos por ver quién salva al niño tendrá que esperar una nueva oportunidad.

No soy una gran nadadora, pero tomándome mi tiempo llego hasta el niño, lo agarro con un brazo y logro descansar apoyada en una roca cercana, el mar no se mueve, así que no acuso ni olas ni resaca o corrientes. Regreso despacio, llevándolo como he visto en la tele, hasta alcanzar la orilla. Uf, qué cansancio, necesito más de un cuarto de hora para recuperar el aliento. Tengo que hacer más deporte.

El tiempo regresa. La gaviota grazna y sigue su camino, ni se ha enterado de nada. Los chicos al rescate no tienen nada que rescatar. En la orilla su madre grita al encontrarse de repente a su hijo ante ella, tosiendo pero sano y salvo. Todo ha pasado y pronto nadie recordará que ha estado a punto de ocurrir una tragedia.

—¿Pero qué?!

Me giro y veo a Marta observándome de arriba abajo.

—¿Qué pasa?

—Estás empapada. ¿Por qué estás mojada?

¡Mierda, debí esperar a secarme antes de restaurar el tiempo!

—No sé, es que tardo en secarme mucho.

—Pero si nos hemos bañado hace una hora, estabas completamente seca hace diez segundos.

—¡Uy, ha pasado algo raro en la orilla, corre, vamos a mirar!

Marta se olvidará en dos minutos, pero la niña no. Y su forma de mirarme es tan extraña que me da miedo. No quiero ser un bicho raro, lo que me faltaba.

Dos minutos más tarde, el niño está de pie y asegurando a su madre que se encuentra bien, ella lo abraza y colma de besos ante la vergüenza de él. El grupo comienza a dispersarse, no hay mucho que ver, aunque Miki y sus amigos siguen preguntándose cómo demonios el niño ha desaparecido del mar para llegar a la orilla en una fracción de segundo.

Marta toma de la mano a Elena para regresar a la sombrilla cuando yo noto otra mano que aferra la mía. Me giro y enmudezco.

—¿Quieres dar un paseo?

Ni me molesto en contestar, prefiero dejarme llevar. Marta y Elena me miran alucinadas. Les hago una señal de que volveré pronto, que me esperen para regresar a la urbanización.

Miki y yo hemos andado unos metros cuando caigo en la cuenta.

—¡Espera, tengo que coger una cosa que he traído!

—No necesito ver el diente de león para creer en ti.

Sí, me ha dicho eso. ¿Qué te parece? Yo no sé qué decir, estoy tratando de seguir caminando con el temblor de piernas. Aún tiene mi mano agarrada.

—¿Cómo...?

—¿Qué otra cosa me ibas a enseñar tras aquella conversación? No sabía que lo habías conservado.

—Lo uso para separar la página de mi diario.

—¿Escribes un diario? —Se ríe.

—Soy una niña pequeña, puedes decirlo.

—No lo creo, escribir un diario es de gente sensible, no de niños pequeños.

Dios, cómo te amo... ¡Jo, Laura, concéntrate y deja de babear!

—No me olvidé de ti, es que recuerdo muy vagamente el momento, me refiero a la imagen de todo, pero jamás olvidaré las palabras que dijiste al darme la flor, ni lo que sentí en ese momento. Aún hoy lo siento como si no hubieran pasado dos años. No sabes el daño que me hizo que te marchases sin dejarme explicártelo.

—Lo siento.

—Y me salvaste en la discoteca.

—Yo te pedí que fueras, tenía que intervenir cuando aquel imbécil te atacó.

—También te marchaste antes de que te diese las gracias.

—No tenías que darlas.

—Siempre aparece David y lo fastidia todo.

—Siempre.

—Lo odio.

—Ja, ja, ja. Se lo diré.

—Pues vale, me da igual.

Un niño casi choca contra nosotros, corre de la tunda que parece querer darle un amigo o hermano mayor. El sol calienta a nuestra espalda.

—Eres una chica valiente. Me gusta.

—¿Pasarás de mí este mes? Es lo que te gusta hacer, ¿no?

—No sabes lo que me gusta o no, ni lo que siento o no.

—Tampoco me lo dices.

—Empieza tú.

—¿Cómo?

—Dime lo que te gusta, lo que sientes, lo que quieres hacer en el futuro. Cuéntamelo todo sobre ti.

¿En serio? Es un sueño hecho realidad, lo que siempre he deseado hacer, aunque ahora no sé por dónde empezar. Tengo miedo de que todo sea un sueño, de que aparezca alguien y se lo lleve de allí, así que aprieto su mano con fuerza para que no se marche. Él parece darse cuenta y me susurra.

—Suelta, suelta, por favor, confía en mí —pide de nuevo.

Suelto su mano y él la lleva a mi hombro. Me cuesta un esfuerzo horrible, por la vergüenza, llevar la mía a su cintura. ¡Dios mío, estamos paseando un atardecer por la playa como si fuéramos novios! Ni te imaginas lo suave y caliente que está su piel. Qué pena que el atardecer quede a nuestra espalda, pero el sitio es igualmente tan bonito... y la arena se hunde mullida y fría bajos nuestros pies. Es todo increíble.

—No sé qué decirte, solo que llevo mucho tiempo queriendo estar así y ahora estoy demasiado nerviosa para decir nada más.

—Entonces empiezo yo, ¿te parece?

—Vale.

—No iba a venir este verano con mis padres, me dejaban quedarme en Huelva en agosto y solo tendría que tener la casa limpia cuando ellos fuesen los sábados a llenar el frigorífico y comprobar que estaba bien. Pero decidí cambiar de opinión, ¿sabes por qué?

—No.

—Porque este verano hay una chica que me interesa, una que es más importante que estar con los amigos o trabajar en la discoteca.

¿Se refiere a mí? ¡Por Dios, que esté hablando de mí! ¿Por qué tengo el don de parar el tiempo y no el de leer la mente? Sería mucho más útil, al menos ahora.

—¿Has venido por una chica?

—Sí, una muy especial.

—¿Vas a salir con ella?

—Quizás. A lo mejor ella no quiere.

—Eso es imposible.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

—Ja, ja, ja.

—¡Miki! ¿Qué haces? —Las puñeteras amigas de las narices, incluida la hermana de Elena. ¡Oh Dios, qué ganas de buscar un cubo y orinar!—. ¿Adónde vas?

¿Adónde vas? ¿Adónde vas? ¿Eres imbécil y no sabes conjugar verbos o es que me estás tratando como si fuese invisible?

—Estamos dando un paseo. ¿Qué pasa? —responde él, y con un verbo en plural, como debe ser.

—Nos tienes descuidadas, queríamos invitarte a un helado en el chiringuito de ahí arriba.

—En otro momento, estoy ocupado.

¡¡¡Toma!!!

Laura Keller uno, zorras desagradables cero. A babear a otro lado, que este chico está ocupado. ¡Jo, hasta rima! Pues sí que será un verano de la leche.

—¿Por dónde íbamos? —me pregunta cuando nos quedamos otra vez a solas. Mejor no te digo la cara de las chicas al tener que darse la vuelta. ¡Épico!

—Me decías que habías venido por una chica.

—Y tú, ¿has venido para estar con Marta?

—Sí. No. Bueno... también por un chico, uno que me regaló una flor hace dos años y que nunca podría olvidar.

¡¡Eso lo he dicho yo!! Aaaaaah, no me lo puedo creer. Para que luego me bloquee con su mirada o su sonrisa; toma demostración de ser una chica mayor.

—¿Y quién es? Me gustaría saberlo para partírla la cara.

—¿Por qué?

—Porque estoy celoso.

—Tonto, ya sabes que hablo de ti.

Se para de repente, pega su cuerpo al mío, siento su pecho caliente y agitado, y me besa. No es un sueño, esta vez es de verdad, mi primer beso me lo han dado en un atardecer en la playa, y nada menos que un beso de mi príncipe azul. Su boca es blandita, suave, dulce, húmeda, nada que ver con la mandarina... jo, qué vergüenza haber practicado así. Noto su lengua tímida acariciando mis labios, despacio, sin prisas ni ímpetu. Me cuesta sacar la mía, pero lo hago y rozo la suya, un

escalofrío me recorre de arriba abajo. No me he dado cuenta, pero sus brazos me rodean la espalda y la cabeza, me aprietan contra él con intensidad. Una lucha de esgrima con lenguas a cámara superlenta y un último pero increíble y dulce beso corto para terminar.

Ni siquiera sé si sigo en el planeta Tierra cuando abro los ojos y lo veo mirándome, con esa sonrisa especial.

Quiero más, quiero mucho más. En este momento... que haga lo que desee conmigo, llevarme a la Luna, mismamente.



No volvemos a besarnos más durante el paseo. Me cuenta lo que sintió durante la pelea, el fuego en sus entrañas al ver que un chico se proponía conmigo; luego, yo a él el miedo durante el momento y el vacío y frío al verle desaparecer. También nuestros planes para el verano, estar juntos. ¡Sí, estar juntos! Es maravilloso, ni yo misma me lo creo. Durante el regreso del paseo tenemos el sol poniéndose sobre la línea que delimita el mar con el cielo. Ahora sí era la estampa perfecta. Jamás podría olvidarlo.

Me gustaría preguntarle si no le ha gustado mi beso, ya que no me ha dado más. Pero me moriría antes de hacerlo.

Seguimos paseando en silencio, él acariciando mi pelo y yo la piel de su cintura en el límite con el bañador, añorando un nuevo abrazo y rogando porque la playa sea infinita y nunca llegemos a las sombrillas. Pero mi deseo no se cumple y volvemos a separarnos.

—¡Tía, espero que lo que me cuentes compense el estar dos horas esperándote! —Y de repente cambia el semblante enfadado por uno de alucine—. En el instituto no se lo van a creer: el príncipe, la leyenda, el número uno, con una chica de primero.

—¡Jo, ya estamos en segundo!

Casi no queda luz y vamos cargando con la sombrilla y las bolsas. Elena sigue a nuestro lado, ya ha tomado posición. Ha decidido que prefiere tener amigas a soportar chicas más mayores, pero que pasan de ella. O tal vez se ha decantado tras ver que el chico que gusta a todas prefiere estar conmigo. Me da en la nariz que es eso último.

Todo ha sido tan idílico y romántico..., y lo sigue siendo con esa luz tenue que nos alumbra en el lento caminar hasta casa, sumidos en un silencio de respeto por el día que termina y adornado con el arrullo de la brisa al pasar entre las ramas de...

—¿Has perdido la virginidad? ¿Te ha metido la lengua hasta el fondo?

¡Elena!

—No, Elena, solo hemos paseado. Aunque me ha dado un beso en la boca.

Marta y la niña se ponen a gritar y saltar como locas. Yo miro a mi alrededor, espero que nadie nos vea y oiga.

—¿Beso con lengua?

—Un poquito sí.

—¿Y te ha gustado? ¿Te has desmayado, como en las películas?

—No me he desmayado, pero ha sido alucinante.

Y aquí me veo, explicando a una niña de doce años lo que se siente tras el primer beso de amor.

—¿Estás enamorada?

—Pues claro, no le habría permitido besarme si no lo quisiera.

—¡Jo, qué bonito! Yo quiero ser tú.

—Pero si no tengo tetas.

—Eso ya no me importa, yo también quiero que no me crezcan nunca.

—¡Elena, no digas eso!

A ver si va a ser gafe y no me crecen a mí tampoco...

Llamada a mis padres, ducha, pijama, cena, risas con los padres de Marta en la terraza y por fin a solas con el diario. Beso con fuerza los dientes de león antes de escribir, luego me siento mal por haber dañado un poco el más antiguo, el más importante.

«Magia, luz, color, labios, abrazos, manitas, dulce, calor, playa, atardecer, ilusiones, amor, recuerdos, lágrimas, futuro, metas, futuro, lengua».

«Le quiero, lo amo con toda mi alma. Por favor, que esto no sea un sueño».

«Mañana más. ¿Mañana más? Ojalá».

Cierro el diario y me pregunto por qué no hemos salido esa noche con la pandilla de Miki, eso de tener que estar en casa a las once es un fastidio. ¿Pensará en mí cuando salga con sus amigos? ¿Se lanzarán sobre él la hermana de Elena y sus amigas? Seguro que sí. ¡Qué asco esto de tener solo catorce años! No podré dormir en toda la noche.

Me sorprendo al llorar, pero ¿qué puedo hacer si no? ¿Cómo podría dormir esta noche con el recuerdo del paseo, el sabor de sus labios, las palabras que me dijo, saber que esas chicas quieren estar con él y la incertidumbre de los próximos días? ¿Todo será maravilloso o volveremos a estar como antes?

Cierro los ojos y acaricio con suavidad mis labios con la yema de los dedos, el recuerdo se hace vivo de nuevo.

Miki, Miki Superestar...

Miki y Laura.

## Capítulo 8

### Gatas en celo

¿Eso que suena es flamenco? El padre de Marta ha puesto la radio antes de tiempo. ¡Espera! Tal vez somos nosotras las que seguimos en la cama, cada día nos despertamos más y más tarde. Miro mi reloj en la penumbra, ¿las once?

—¡Arriba, vamos!

—¿Qué dices? Déjame dormir un rato más.

—Marta, son las once, a este ritmo se nos pasará el mes durmiendo.

—Solo cinco minutos más.

Las comodidades se acaban para mí esa misma mañana, la madre de Marta nos dice que hoy es el último día que nos deja desayunar a estas horas, que estar de vacaciones es una cosa, y creernos que aquello es un hotel con criada otra muy diferente. Se ve realmente molesta y es comprensible, yo soy una invitada, debería ser más considerada y participar en las tareas de la casa.

—¿Estás loca? No pienso limpiar, hacer la compra y la comida.

—Marta, tu madre no tiene por qué ser nuestra esclava, también está de vacaciones y debe disfrutar.

—Pues paso, hazlo tú. Yo estoy muy cansada.

Se marcha al baño, sus veinte minutos de rigor son suficientes para que yo haga las dos camas, recoja y doble toda la ropa, y vaya a la cocina a ayudar a fregar a su madre.

—Luego haremos la compra, si quiere. ¿Necesita algo del supermercado?

—Gracias, hija. ¿Y Marta?

—En el baño.

—¿Aún está allí? A veces pienso que se echa a dormir un rato mientras está sentada en el váter. No hay que comprar nada, pero gracias por el detalle y por ayudarme ahora.

El ninguneo de la pandilla en la piscina, comportándose como si no estuviésemos, se ha convertido de repente en todo lo contrario, nos observan constantemente, somos el motivo de sus cuchicheos, incluso cuando se dan un chapuzón. Me siento muy incómoda al ver cómo me observan de arriba abajo mientras susurran. ¿Estarán diciendo algo malo de mí? ¿De mi cara o cuerpo?

—A ver, si Miki les ha dicho que está saliendo contigo —me dice Marta—, pues estarán la mitad de ellas celosas y la otra mitad alucinando.

—¿Alucinando?

—Chica eres tres años menor que él y...

—Dos y medio.

—Bueno, dos y medio, y ellas son todas... ya sabes...

—Pues no.

—Tía, me refiero a que son altas, guapas, siempre maquilladas y peinadas, hasta llevan

collares y pulseras en la piscina, tienen unos cuerpos que nosotras no tendremos hasta entonces.

—Ya, que no valgo una mierda y nadie se puede creer que Miki quiera estar conmigo.

—No es eso, sabes que te quiero, eres la mejor, pero esas son unas superficiales.

—Marta, son las chicas que te gustaría que fueran tus amigas, te pasas los veranos soñando con ser aceptada y formar parte del grupo.

—Bueno, pero eso no quita que piense que son unas zorras.

—¿Estáis hablando de mi hermana y sus amigas?

Elena aparece tras cumplir con sus tareas de espía infiltrada, ha estado oyéndolo todo y regresa para ponernos al día de lo que piensan y de lo que hicieron la noche anterior. Al final la niña va a ser de lo mejorcito del verano, con diferencia. Mucho mejor que una revista de cotilleos.

—No se pueden creer que Miki esté contigo, no es raro, yo tampoco me lo creo. A lo mejor por eso anoche...

—Qué cariño te estoy cogiendo, Elenita —la interrumpo.

—Dicen que tiene que ser una broma, que estará tonteando contigo para reírse de ti. Por eso anoche él...

—Mira qué bien. ¿Sabes qué hicieron anoche? —pregunta Marta.

—Fueron al nuevo local, a ver si me dejáis terminar de una vez. Se tomaron unos refrescos y luego fueron a los recreativos de al lado. Dicen que el nuevo local es la leche, ¿podemos ir nosotras? ¿Podemos?

—Quizá una noche de estas. Continúa.

—Jugaron al billar y los dardos. Se compraron unas cervezas para ir al parque y allí Miki se enrolló con una chica que conoció en los recreativos.

¿Lo notas? Es el silencio que queda tras congelarse mi corazón, caer al suelo y hacerse mil pedazos. Marta mira a la niña, luego a mí, otra vez a la niña, y así durante un rato.

—Es lo que iba a decir desde el principio, pero no me dejáis hablar. Se lo ha dicho mi hermana Sonia a Diana.

—¡Qué hijo de puta!

—Marta, no.

—Por eso no ha bajado, seguro que quiere librarse de que lo mandes a la mierda o le montes una escena delante de todos sus amigos. Mira, vámonos de aquí, vámonos al pueblo a mirar tiendas.

—¿Puedo ir con vosotras?

—Solo si te deja tu madre.

Me hubiese gustado centrarme en el momento divertido que Marta se empeñaba en provocar en cada tienda, así como la niña lo secundaba poniéndose la ropa más extraña que encontraba. Las dependientas se volverían locas después para volver a doblar y guardar todo lo que íbamos dejando a nuestro paso. Pero solo podía pensar en Miki, en su beso y la conversación durante el paseo de la tarde anterior. Mi corazón quería explotar en el pecho, pero yo no permitiría que se derramase una sola lágrima más por un chico que no merecía la pena, que ni siquiera había sido capaz de dar la cara y hacer que me enterase por él mismo.

—Ponte este vestido rojo, estarás preciosa —me dice Marta.

—Sí, pruébatelo —pide Elenita.

—No me apetece probarme ropa, en serio, gracias por animarme, pero no es el día.

—Jo, mi madre siempre dice que ir de tiendas quita todos los males. Aunque también lo dice del chocolate y los helados. Podemos ir a por un helado de chocolate aquí cerca.

—Haremos lo que queráis.

—¡Bien! Aunque no tengo dinero. —Elena nos miraba suplicante.

Es cierto que olía increíblemente bien, pero no fui capaz de probar el mío, así que la niña acabo disfrutando de dos raciones. Tenía media cara manchada, como un bebé con su papilla; eso me hizo reír. Hasta ese momento no supe que, si una se ríe teniendo el estómago tan afligido, duele como un fuerte puñetazo.

—¿Qué vas a hacer? —me pregunta Marta, la niña ha ido al baño a lavarse la cara.

—No lo sé, no sé si quiero seguir aquí. A lo mejor todo esto no ha sido más que una broma pesada, y mi error ha sido venir pensando que tendría una posibilidad.

—Pensaba que habías venido para estar conmigo.

—Tonta, ya sabes que sí, pero no podía dejar de hacerme ilusiones con él.

—No se merece que estés así. Pensaba que era un niño diferente; cuando me ha contado confidencias, siempre ha parecido amable, sincero y sensible, pero luego se comporta como los demás de la pandilla, como un cerdo.

No respondo. Cuatro chicos nos miran al pasar y sonrían, el tráfico de la carretera cercana es denso y ruidoso, el sol aprieta incluso estando debajo de las sombrillas de la heladería. Elena aparece con su sonrisa despreocupada. Le pido con el pensamiento que aproveche esta edad, quizá dentro de un año o dos estará llorando por algún idiota que disfrute haciéndole daño...

Tengo que hacer algo ya con esta ilusión absurda que me hace pensar día y noche en él, que provoca que toda mi vida sea él, que haga incluso que lo vea en el rostro de quienes me cruzo, en el camarero de la heladería, en un señor mayor que pasea el perro frente a nosotras o en el chico que viene con andares descarados hacia aquí.



—¿Qué hacéis ahí? Pensaba que estaríais en la piscina.

Marta, Elena y yo, las tres con la boca abierta mirándolo. Resulta que es Miki de verdad. Espera una respuesta con cara de intriga, no comprende nuestra reacción, o no quiere comprenderla.

—Esta mañana no he ido antes a la piscina porque he tenido que salir temprano con mi padre para comprar un microondas nuevo a Huelva, se rompió anoche el anterior, mi madre y su manía de calentar los vasos de leche con las cucharas dentro... ¿Qué pasa? ¿Por qué me miráis así? ¿Os molesta que haya salido a buscaros?

Parece tan sincero...

—¿No tienes nada más que decir?

—¿Cómo?

—Sobre anoche, nos han dicho que te lo pasaste bien.

—¿Viendo una película con mi madre en el apartamento? Uf, de muerte, era un bodrio superantiguo, Memorias de África. Me quedé dormido enseguida. Mi padre tenía cena y copas con unos amigotes y ella no quería quedarse sola, menudo plan.

—¿No saliste anoche?

—No. Te lo iba a decir, pero os quedasteis atrás cuando regresamos de la playa. Bajé a las zonas comunes de la urbanización a las diez, por si te veía, por si querías dar un paseo o un baño



en la piscina antes de la cena.

—Pero... pero tus amigas... ¿Elena?

—Mi hermana es una puta y ha dicho que te enrollaste con una chica anoche en el parque. Hola Miki, soy Elena, estás muy bueno. —Sonríe con la cara colorada.

La de Miki no puede ser fingida, nunca lo he visto tan sorprendido, casi pensando que aquello es una broma.

—Lo siento, habíamos pensado que... debí esperar a hablar contigo.

No me mira a mí, aún está asimilando lo dicho por la niña.

—¿Ha dicho eso tu hermana Sonia? ¿Lo ha dicho para hacerle daño a Laura?

—Pues no sé por qué lo ha dicho, eso no se lo he preguntado.

—¿Qué hija de puta! —El grito de Marta se corresponde a la perfección con mi pensamiento.

—¿Habías pensado que yo...? —Ahora sí que me mira a mí. ¿Qué respondo a esa mirada de decepción?

—Lo siento, pero entiende que casi no nos conocemos, no sabes lo difícil que ha sido escuchar que...

La tensión acumulada se desborda y rompo a llorar, él corre a abrazarme. Cuando consigo abrir los ojos y reaccionar, él me mira de una forma dulce, no parece enfadado porque haya dudado de él. Marta y Elena ya no están.

—Soy una idiota, una niña pequeña. No entiendo qué haces conmigo, podrías salir con cualquier otra.

—Pero yo no quiero salir con cualquiera, quiero salir con la mejor. Además, uno no pide el DNI o pregunta la edad cuando se enamora.

Lo ha dicho, lo ha dicho.

¡¡Lo ha dicho!!

Y yo me derrumbo de nuevo en sus brazos, aprieto con fuerza y dejo que pasen unos segundos con mi cara en su pecho, oyendo su corazón. Pararía el tiempo, pero no es así como quiero estar con él.

—Ven, vamos a dar un paseo.

Nos levantamos de las incómodas sillas metálicas y comenzamos a caminar en dirección a la urbanización, sin prisas, agarrados de la cintura.

—Quiero que me prometas una cosa —me pide.

—¿Cómo?

—Es muy importante para mí, por favor, promételo.

—No sé qué tengo que prometer.

—Hazlo sin saberlo, confía en mí, hazlo por mí.

Nunca me había visto en esa situación, prometer algo que no sé si podré cumplir... Pero la cara con la que me mira mientras me lo pide no me deja otra opción.

—Te lo prometo.

—No te pelearás con esa idiota de Sonia ni con ninguna otra del grupo. Quiero que olvides lo que ha dicho, que la olvides a ella y también a las demás.

—Pero han querido hacerme daño.

—Lo has prometido. Además, si te enfadas, si te peleas con ellas, habrán ganado. Te han dicho esto para hacerte daño, si tú pasas de ellas, habrás ganado tú; les habrás demostrado que estás por encima de ellas. Yo sé lo que vales, por eso tengo la seguridad de que cumplirás la promesa. Por eso y porque también me quieres.

—Con toda el alma.

Y vuelve a besarme, aún sabe mejor que la tarde anterior, es más intenso, largo y dulce. Sus manos acariciando mi cara, mientras da pequeños besos en mis labios, me vuelven loca. Pienso que estoy volando, no siento el suelo bajo los pies, el ruido del tráfico ni el calor del sol. Todo se paraliza y comprendo que he parado el tiempo sin darme cuenta, bueno, tampoco pasa nada por estar unos segundos disfrutando del momento. O una hora.

Entiéndeme, una puede cambiar de idea, ¿no?

Por cierto, el marcador va Laura Keller uno, zorras uno; no pienso esperar mucho para desempatar. He prometido no pelearme con ellas, pero nada de no usar la magia...

Llegamos a la urbanización y vemos a Marta y Elena donde siempre, a la derecha de la piscina, en el otro lado y bajo la palmera están todos los de la pandilla al completo. Miki me acompaña, vamos aún agarrados de las manos, llegamos hasta mis amigas y se tumba con nosotras. El calor ya es insoportable y nos quedamos en bikinis y bañador, al cabo de unos minutos nos tiramos al agua todos juntos. Aún no ha saludado a sus amigos y estos nos miran alucinados.

Reímos a carcajadas, como si nada de lo anterior hubiera ocurrido. Jugamos a echarnos agua unos a otros. Miki coge a Elena por la cintura y la arroja con fuerza por los aires, cae de culo y luego vuelve para pedir que lo haga otra vez; la niña que aún lleva dentro quiere diversión. Terminamos media hora después en una esquina, ya refrescados y riendo sobre una anécdota que cuenta Miki:

A la discoteca Rompeolas fue la semana anterior un grupo de chicas para celebrar una despedida de soltera, la mujer se casaba tres días después. Bailaron y bebieron hasta la madrugada; risas, saltos, locura total. La novia, ya borracha, decidió que aquella sería la noche de su vida y entró en los lavabos con un chico, acabaron haciendo de todo, casi desmontaron los servicios portátiles de la discoteca con el ímpetu. Esto lo sabe Miki porque ocurrió mientras uno de los empleados de la discoteca estaba orinando en el cubículo de al lado y lo oyó todo. El caso es que la chica, cuando terminó y se estaba vistiendo, le dijo al chico que no podía volver a quedar con él porque se casaba con un imbécil tres días más tarde. Así estaría de borracha que no se dio cuenta hasta que el chico dijo: «Nuria, soy yo, tu novio». Volaron vasos de cristal, gritos e insultos, los amigos del novio llamándola puta, las amigas de la novia gritando y escupiendo. Fue la noche más rara y a la vez divertida del verano.

—¡Es la historia más alucinante del mundo! —Elena está al borde de un ataque al corazón—. ¿Cuándo puedo ir para ver cosas así?

No le hacemos caso.

—Vaya con Rompeolas —digo—, nunca se aburre uno allí.

Él me mira tras ese comentario, pero no puede añadir nada, un amigo de su pandilla, Dani, se ha acercado.

—¿Qué pasa tío? ¿No piensas saludar o acercarte?

—Pues no, hoy quiero divertirme de verdad, por eso estoy pensando en cambiar de grupo.

—Estás de broma, ¿no?

—No. —Y entonces levanta la voz para que lo oigan quienes están pendientes en el otro extremo de la piscina—. Estoy un poco harto de aguantar zorras, prefiero la compañía de gente que vale la pena.

Hasta se me han soltado las manos del borde de la piscina y casi me hundo en el agua. Marta me mira alucinada, pero la mejor es Elena, está a punto de explotar. ¡Qué digo! Explota en ese momento.

—¡Toma ya! ¡Mi propio grupo! ¡A meterse la lengua todo el mundo!

Esta chica tiene un problema. Miki, Marta y yo rompemos a reír; Dani nos mira extrañado; el

resto de la pandilla está alucinando.

—Sí, Elena —le dice Miki—, pero muchos se la meterán en el culo.

Elena me mira sin comprender, le hago una señal: «luego te lo explico».

—Tú verás lo que haces, tío —responde finalmente Dani.

—Si tienes algún problema, solo dímelo y lo solucionamos.

—Tranquilo, no te pongas en ese plan, ¿vale? —Y se marcha.

—¿Has hecho eso por mí?

—Es lo que tendría que haber hecho hace mucho tiempo por Marta. Perdona. —Y se acerca a mi amiga para darle un abrazo.

Marta llora. Elena está loca de felicidad. Yo no me puedo creer aún que todo esto esté ocurriendo. Un grupo cada vez más numeroso y creado a mi alrededor... Bueno, tal vez alrededor de Miki, no está mal tampoco.

Llegó la tarde y ninguna de las dos podía dormir la siesta, ¡qué pasada! ¡Cómo puede cambiar todo tu mundo en horas... en minutos!

—Marta, ¿estás despierta? —susurro desde mi cama.

—Sí.

—Quiero contarte una cosa.

—Si es que estás con el chico más guapo del mundo, ya lo sé.

—Calla y escucha, a veces eres más difícil que Elenita.

—Venga, cuenta.

—¿Recuerdas el concurso de *miss* y *mister* del curso pasado?

—Pues sí, nadie me votó y a ti, en cambio, casi todos los chicos.

—No es eso, idiota. Y no hables tan fuerte. Me refiero al día del desfile.

—Claro, llevabas unas mallas negras y un top blanco con un sospechoso tamaño de pecho, estabas muy guapa. Puta, te tuve una envidia... hasta recé para que te tropezases y cayeras del escenario.

—¿En serio? Serás...

—No... para nada... es una broma. ¿Qué decías?

—Pues que Miki se acercó a la clase para verme antes del desfile.

—¡Eso es ilegal, no puede verte un miembro del jurado!

El padre de Marta nos manda a callar de malos modos, lógico, es la tercera vez en veinte minutos que lo despertamos.

—No grites, *caraculo*, nos van a castigar.

—Perdón, es que me sueltas estas cosas así de golpe... Eres una mierda de amiga, no me habías contado esto. ¿Qué te dijo Miki?

—Te lo cuento si te callas y no vuelves a gritar.

—Venga, vale, te lo juro.

Lo reconozco, las conversaciones de cama a cama con mi hermana Noelia son más maduras, pero no tan divertidas como con Marta.

—Me dijo que no necesitaba maquillaje para destacar entre las demás, y que estaba preciosa. También que no necesitaba concursos absurdos.

—Qué bonito... Aunque él fue *mister* de su clase en segundo y tercero, en tercero fue *mister* del instituto también, y de la Alameda.

—No te lo vas a creer. Me dijo todo eso con su boca a dos centímetros de la mía, luego se

marchó y me dejó con un tembleque de piernas que ni te cuento.

—¿Por eso desfilaste como una gallina coja?

—¿Cóóómo?

—Nada, sigue.

—Tía, voy a saltar a tu cama y estrangularte.

—No, que con este calor vamos a sudar de lo lindo si te rozas. Y no te distraigas, seguro que ahora viene lo mejor.

—Pues sí. Cuando terminó el desfile...

—Ya lo recuerdo, fue cuando le dieron el título a esa foca de Mercedes.

—Calla y déjame terminar. Cuando terminó y empezó la música, apareció Miki por detrás, me abrazó y susurró al oído que yo había ganado, que tenía más puntos en las votaciones, pero que todo se solucionó por popularidad.

—¿Pero qué dices?

—Sssshhh, calla, tus padres nos matan.

—Pero si eres de primero, no puedes ganar.

—Pues me dijo que Mercedes quedó tercera, que la segunda era otra chica de primero.

—Seguro que Patri.

—Sí.

—Jo, se lo merece.

—Gracias por pensar en mí, amiga del alma.

—Tía, ya sabes que soy tu mayor fan, no te pongas quisquillosa. Sigue contando, ¿te dio un morreo o te metió mano?

—¡No!

—¿Por qué no os vais a tomar por saco a la piscina? —nos grita su padre. El caso es que parece buena idea. Nos ponemos un bikini seco y marchamos, mejor estar allí solas y conversando que sudando y dando vueltas en la cama.

Lo que no imaginábamos es que tendríamos compañía.

—¿Qué haces, enano? Vete a tu cuarto.

—Voy con vosotras.

—Se lo diré a mamá, lárgate.

—Mamá me deja estar abajo si estoy con vosotras. —Pedrito parecía más que decidido.

—Bueno, pero llévate un juego para no estar cerca de nosotras, y el flotador.

—Ya soy mayor, sé nadar.

—Lleva el flotador, no pienso estar pendiente de ti.

—Vamos, Marta, no seas así con tu hermano.

—Claro, como tú no lo soportas durante todo el año...

—¿Vendrá Elena? —pregunta el niño.

Guau, sí que se ha olvidado rápido de mí. No le culpo, es que no le he hecho ni caso al pobre. Espero que mi enamorado principal mantenga sus sentimientos hacia mí durante algo más de tiempo.

—Luego vendrá Elena, sí.

—¿Y el tonto del pelo largo?

—Pedrito, no querrás quedarte en casa, ¿verdad?

Bajar con el niño supone un poco de desilusión para Marta y para mí, pero lo que vemos en el césped es todo un golpe difícil de asimilar. Diana, Sonia e Irene, si no me falla la memoria, están en nuestra zona tomando el sol. Agarro el brazo de Marta con fuerza para indicarle la zona de la

palmera. Ella alucina. Ahora será aquella nuestra zona, la del grupo de los mejores, al menos por esta tarde.

—¿Qué pasará cuando tengamos que ir a bañarnos? Están al lado de los escalones.

—Marta, podemos entrar en la piscina por cualquier otro lado, hay muchas escaleras y podemos también saltar desde el borde.

—Ah, vale.

Claro que no es casualidad que estén a esa hora y en ese lugar precisamente, así que pronto tenemos el encontronazo que ellas están buscando y que yo no pienso evitar, aunque me partan la cara, aunque Miki se enfade luego conmigo.

¿Qué digo? ¿Quién nos va a partir la cara? ¿Qué va a saber Miki de mi promesa? ¿Para qué sirve parar el tiempo?

—Oye, *culopollo*, perdona pero no me acuerdo de tu nombre.

—Yo tampoco del tuyo ni del de las guarras de tus amigas.

—¡Hostia puta! ¿Qué has dicho?

El niño jugaba a la sombra, Marta y yo estábamos en el agua, en la zona que cubre. Las tres gilipollas saltaron a por nosotras en un suspiro.

Congeladas en el aire sobre el borde de la piscina, con los brazos abiertos, y la boca también. Menudo error eso último. Camino sin prisa hasta salir de la urbanización, busco tierra, la del arenero fue la primera opción; no, he visto una zona donde la gente saca sus perros a hacer sus necesidades... Mucho mejor.

He pasado la peor mañana de mi vida pensando que Miki me había traicionado, y solo porque estas desgraciadas querían hacerme daño, ahora quieren pegarme. Que conste que ellas se lo han buscado, dos veces.

La pala de plástico de Pedrito me sirve como herramienta, aunque no encuentro un zurullo de perro como estaba esperando, solo arena más húmeda y apestosa en algunas zonas, será suficiente. La próxima vez estas tres no saltarán al agua con la boca abierta. Regreso con la pala bien llena de una arena cuyo olor ya provoca el vómito, a saber lo que le dan de comer algunos a sus perros. Allí siguen las tres en el aire, qué bonitos bikinis lucen. Se los quito, tanto las braguitas como los sujetadores, no veo tanta teta como esperaba, todo relleno. Memorizo las marcas de las prendas para una futura compra. Hacer desaparecer toda la arena de la pala fue lo más desagradable con diferencia, mejor no lo detallo... Espera, esas tripas parecen muy hinchadas al tomar aire para saltar, «parecéis muy gordas, chicas, vamos a solucionarlo». Presiono con todas mis fuerzas y saco todo el aire de los pulmones de cada una de ellas.

¡Chof, chof y chof!

Marta está asustada a mi lado, yo exhausta por el esfuerzo, pero lo siguiente merece la pena verlo.

Las tres salen del agua tosiendo por la arena que se han tragado. ¡Jo, cómo apesta! Espero que no pillen una enfermedad rara. Están durante un rato escupiendo y tratando de respirar mientras se mantienen a flote como pueden. Marta no sabe qué pasa, yo contengo la risa. Luego viene lo mejor.

—¡Mi bikini!

—¿Y el mío? ¡Estoy en pelotas!

—¿Qué pasa?

Para entonces, Marta y yo ya hemos salido del agua y tomamos el sol en el césped, al lado de la palmera. Ellas siguen en el agua, dos han vomitado, las tres esperan a que venga alguien y les acerque bikinis o toallas. La ropa que les ha desaparecido está en un contenedor de basuras a medio kilómetro de distancia.

—¡Por favor, ayudadnos! —nos dice por fin una de ellas, casi me dan lástima.

—Creo que os equivocáis, chicas —se atreve a responder Marta—. *Culopollo* y yo estamos muy ocupadas.

Me alegro mucho por ella, la de años que habrá soportado la indiferencia o incluso los insultos de esas idiotas. ¡Y qué curiosa es la magia! Ni Marta ni ellas se preguntan cómo ha ocurrido eso de repente. Parece que la gente siempre intenta dar una razón lógica a todo lo que ve, aunque sea lo más raro del mundo. El propio Miki nos contó esta mañana algo muy curioso, decían por la urbanización que un vecino, quizás molesto por el ruido de los chicos, había tirado un gran cubo de agua con pis desde un balcón el día anterior. ¡Qué cosas pasan! ¿Verdad?

En fin, que acaba de empezar el verano y el marcador ya va: Zorras uno, Laura Keller dos.

El regusto a arena con pis de perro les durará toda la tarde y noche. Aunque un poco también en mis manos.



—¿Qué ha pasado? ¿Por qué está todo el mundo gritando o alucinando? —Miki nos mira asombrado.

—Ni idea, parece que han perdido los bikinis, será el sumidero de la piscina, que los ha absorbido. Llevan ahí más de una hora.

—¿Y eso que flota? ¡Dios, qué mal huele!

—Pues estarían borrachas, porque han vomitado.

Dos amigos de Miki están oyendo a sus espaldas, ponen cara de asco y se acoplan a nuestro lado. A medida que van llegando miembros de la pandilla, se van sentando con nosotros, no con ellas.

Laura Keller tres, zorras uno.

Al cabo de un rato, cuando las tres se han ido a casa envueltas en toallas que sus propios padres o hermanos les han traído, me sorpendo hablando ante la atención de todo el grupo. ¡Me miran y oyen, aunque esté hablando de algo tan tonto, o no, como es la película *Drácula*, de Coppola, que vi justo antes del verano con mis amigas!

—El tío se hace viejo, joven, se convierte en niebla o en lobo, es una pasada.

—¡Guau! —Dos de los chicos están boquiabiertos.

—Mola, me gustaría transformarme en lo que quisiera —dice uno.

—Lo más bonito es que lo hace todo, tras ciento cincuenta años esperando, para estar con la reencarnación de la chica que ama. Y viaja a Londres desde Rumanía a pesar del riesgo. Es precioso, porque lo único que quiere el vampiro es conquistarla de nuevo.

Marta, Elena, dos chicas más y ocho chicos, contando a Miki, todos me miran en silencio, suspirando...

—¿Qué chica no se moriría de amor si alguien hiciera todo eso por ella?

—¿Y qué pasa después? —pregunta uno cuyo nombre he olvidado.

—La chica, Mina, que es la misma de *Eduardo Manostijeras* pero con el pelo moreno y más guapa, no sabe si ama al príncipe vampiro o a su prometido. ¡Jo, tíos, es el de *Le llaman Bodhi!*, el moreno del FBI. Pues no veas qué final, se van a Transilvania, la amiga de Mina se hace vampira, hasta sale en tetas...

—Ooooooh.

—¡Hay que ir a verla!

—¿Aún la están echando en el cine?

—Podemos ir al cine de verano del pueblo esta noche.

—¿De verdad hay tetas?

Y yo que pensaba que sus conversaciones eran adultas, profundas, divertidas... menuda pandilla de niños pequeños. Pero están todos pendientes de mí, ¡alucinante! Ni me acuerdo de esas tres tontas de la piscina, aunque me he prometido estar alerta para parar el tiempo en caso de que me ataquen por sorpresa. La próxima vez las meto en un contenedor de basuras y pongo algo pesado sobre la tapa.

La idea me hace reír.

—¿De qué te ríes? —pregunta Marta.

—Cuéntanos algo más, ¿qué haces en el instituto? —Eso lo pregunta un chico de dieciocho. ¿Qué le importará mi vida de pringada de primero en las clases? Miki y los demás esperan mi respuesta. ¿En serio?

—No hacemos gran cosa. —Tomo la mano de Marta y la aprieto con fuerza, ella se sorprende al saberse protagonista también del momento—. Aunque a veces le vacilamos a los profesores.

—¡Venga ya!

—Lo juro —dice Miki—. A la más chungu y cabrona de todos, a la Tiesa. Laura le vaciló en toda su cara, llamándola amargada y bruja. Se fue llorando de clase.

—¡Uuuuuuuuuuuuuuuuu!

¿Qué está pasando? ¿He muerto y estoy en el cielo?

Decidimos para esta noche ir a tomar algo al sitio nuevo, y todos me preguntan a mí a qué hora y en qué sitio quedar tras la cena. Miki sonrío. ¿Lo ha provocado él? Sin duda, soy la chica que sale con él, quien todos los chicos quieren ser y con quien todas las chicas quieren estar. ¿O soy yo la que he logrado esto con mi propia personalidad? ¿Debería quererme más y no infravalorarme? Si tengo que hacer caso a la cara que pone Marta mientras cenamos, no se diferencia de la que su hermano Pedrito me dedicaba hasta hace un día.

—Tía, cuando se lo contemos a Inma y Patri no se lo van a creer.

—Venga, termina ya. ¿De verdad me ha quedado bien el maquillaje?

—Estás preciosa, pareces un ángel.

—¿A los chicos les gustan los ángeles o los demonios?

—¡Ja, ja, ja!

No te lo he dicho, pero está Elena con nosotras, la vamos a maquillar y le hemos elegido la ropa, la chica promete, aunque lo cierto es que entiende más de ropa y estética que nosotras dos juntas. Pedrito parece al borde de un ataque al corazón, corriendo por la casa y poniendo la oreja tras las puertas. Esperemos que Elena no se vuelva una gilipollas como su hermana. Ya le hemos prometido Marta y yo que seremos sus amigas para siempre. La niña me mira de un modo increíble desde que ha visto al grupo esa tarde. Por la noche no me la voy a quitar de encima. No importa, es una hermana pequeña adorable, aunque a veces pregunta demasiado o es tan sincera que se vuelve una enana coñón. Ja, ja, ja.

Estamos bronceadas, la ropa blanca nos favorece, el maquillaje turquesa nos potencia la mirada y nos hemos embadurnado el cuerpo entero de aceite de bebé. ¿Por qué? ¿Y yo qué sé? Me ha apetecido en el último momento. Brillamos como si fuéramos de bronce cuando nos miramos en el espejo de portal.

—¡Ostras! ¿Esas somos nosotras? —se pregunta Marta. Elena tiene la boca abierta. Yo sonrío.

—¡Guau!

—¿Perdona?

—Alucinante.

—¿Quiénes son esas modelos?

Hemos llegado las últimas adrede. La cara de los chicos es para hacerles una foto. Las chicas vienen rápido a preguntar dónde hemos comprado este vestido o aquel top, y cómo nos brilla la piel de esa forma.

—¿Puedo maquillarme con vosotras mañana?

—Claro

—Me encanta ese color de los ojos.

—Gracias.

Miki sonrío al mirarme todo el rato desde la distancia, casi no se cree que sea yo.



El lugar es precioso, por fin llegamos las chicas, todas cogidas de las manos y tras unos treinta metros de los chicos, aunque faltan las tres de la piscina, cosa que no nos extraña. Se aprecia el mar al fondo, hace fresco y suena música de discoteca por los altavoces, aunque no tan fuerte como para tener que gritar para hablar.

—Te he pedido una Coca-Cola —me dice Miki. Está más guapo que nunca con una camiseta Privata azul marino. Tomo el vaso y voy con él al fondo, donde hay una barandilla de madera. Allí se oye el mar rompiendo pequeñas olas sobre la playa y la luna se derrite como plata sobre un mar negro e inmenso.

Estoy enamorada.

Ya está, lo he dicho.

Estoy enamorada y viviendo el mejor momento de mi vida. Por favor, que no termine nunca.

Miki me besa despacio, tomando mi barbilla con una mano.

—¿Lo estás pasando bien? ¿Te gusta el sitio?

—Mucho, es mejor que salir de discotecas.

—Ya lo creo.

—En las discotecas siempre desapareces, o pasan cosas peores.

—No volverán a pasar. Estoy aquí, contigo.

Lo abrazo con fuerza, no quiero que se marche, no quiero despertar de mi sueño más dulce. Él nota mis miedos y vuelve a besarme, todo se tranquiliza, sus labios logran arrancarme un suspiro como no había sentido antes.

Luego vamos a sentarnos con los demás, que beben sus refrescos sobre sofás blancos. Marta se ve más feliz que nunca, le guiño un ojo y rompe a reír. Elena ni se cree aún estar viviendo la experiencia, casi no ha podido cerrar la boca desde que todo empezó. De repudiada del grupo a miembro respetado y valorado en menos de dos días. Esa tarde me susurró, en una tímida confidencia entre hermanas, que iba a poner Laura como nombre a su Barbie favorita y más guapa. Entonces no me importó llorar.

Una Barbie con mi nombre... ¿Lo has oído?

Siendo tantos, no es posible mantener una conversación entre todos, así que se forman grupos. Hablamos con quienes tenemos más cerca, el tiempo pasa y Marta acaba muy acaramelada con un tal Víctor, que en septiembre cursará tercero de BUP en Madrid. Las otras chicas ríen al fondo.



Elena se acurruca hasta quedar dormida entre mis brazos, lo que provoca algo de celos en Miki.

—Me gustaría ser ella ahora... —me susurra en el oído.

—¿Tienes prisa? Podrás estar así como ella durante toda la vida, si quieres.

—Claro que quiero. ¿Lo dudas?

—Ni por asomo.

—Si te doy un beso ¿crees que se despertará?

—Deberíamos probar.

Se acerca despacio, acaricia mi cuello con una mano y me besa suave, despacio, luego más intenso, siento su lengua tímida intentando entrar, me vuelve loco, quiero más, ¿por qué no desaparece el resto del mundo? Tomo su cara, muerdo su labio inferior, gimo sin poder evitarlo, lo miro y las lágrimas brotan. Quiero apretarlo hasta hacerle chillar de dolor. El momento no puede ser más especial e íntimo...

—¿Vais a perder la virginidad ahora?

—Joder, Elenita, ¿no estabas dormida?

—No me llames Elenita, entraré en octavo y ya soy mayor.

—¡Ja, ja, ja! —Miki se ríe y nos da un abrazo a las dos.

—Y eres mucho más madura, inteligente, estilosa y guay que tu hermana mayor —le digo.

—Eso no es difícil, ella es gilipollas.

—Y también eres mucho más guapa y elegante —le dice Miki en un susurro.

—¿En serio? Tomaaaaa! —Se le desencaja la cara al gritar de felicidad.

—¡Ja, ja, ja! —El resto nos observa riendo sin saber de qué va la cosa. Ni lo sabrán.

Acabamos abrazados los tres hasta que decidimos volver a la urbanización. La mejor noche de mi vida.

O tal vez no.

—¡¡Hijo de puta!!

El puñetazo lo hace tambalear y tener que apoyarse en sus amigos para no caer al suelo. Yo no sé cómo reaccionar, igual que el resto. El desconocido ha aparecido de repente y no para de gritar y lanzar golpes.

Uno, otro, otro más, el penúltimo... Algunos hacen blanco en la preciosa cara de Miki y otros no. Yo grito y trato de detenerlo todo, pero Marta y otras chicas me sujetan, igual que los amigos de Miki están parando la pelea como pueden. No logro detener el tiempo, estoy demasiado alterada y varios brazos me cortan la respiración en ese momento.

Él se defiende y logra darle golpes también en la cara.

Salpicaduras de sangre en el suelo, eco de gritos, dolor y llantos, preguntas sin respuestas. El otro huye dolorido y tambaleándose. Todo ha pasado, pero nada ha quedado resuelto.

Es la segunda vez que veo a Miki metido en una pelea en menos de un mes, sin saber por qué esta vez, sin comprender qué es lo que lleva a los chicos a hacerse ese daño que parece tan horrible. No paro de llorar hasta que él viene a mí.

—No pasa nada, estoy bien.

—No, no, no... Te han pegado, pensaba que me iba a morir. Pensaba que iba a matarte. Me quería morir...

—Pero ya pasó todo y estoy bien. Tranquila.

—¿Por qué? ¿Por qué os pegáis los chicos?

—No lo sé, tal vez para defender a nuestras chicas.

—Yo no conozco a ese, no tiene nada que ver conmigo.

Lo miro, estamos llegando a la urbanización, él aún sangra por la nariz, me duele como si me hubieran golpeado a mí.

—El verano pasado estuve con una chica una noche, tonterías que hace uno a veces... Resulta que era la novia de ese, aunque yo no lo sabía. Y parece que esta noche me ha visto y tenía ganas de marcar su territorio.

Lloro al imaginármelo con otra, otra chica besando y abrazando a quien me da la vida. No, no puedo soportarlo, aunque ocurriera mucho antes de que comenzásemos a salir. Sus besos tienen que ser solo para mí, solo para mí, en el presente y también en el pasado y futuro. Nadie más puede tocarlo... ni novias ni exnovios celosos.

—¿Siempre que salgamos de noche te van a pegar? —pregunto entre lágrimas, él me aprieta la cara contra su pecho. Los demás ya no están—. No puedo vivir si pienso que te pegarán la siguiente noche, que alguna te harán daño de verdad.

—Entonces, salgamos solo durante el día.

—No bromees.

—No ha sido tanto. No llores, por favor, eso me duele más que la nariz.

—Tonto.

—Ya sabes que no, que no es tonto, sino loco, loco por ti.

—No me hace gracia.

—Eso es porque no has visto la piscina iluminada por la noche, y está sola para nosotros. ¿Te apetece un baño?

—No, Marta me estará esperando en el portal, no tengo llave y tampoco puedo llamar y despertar a sus padres.

—Te esperará un rato más.

—No es justo para ella.

—Venga, solo diez minutos. —Me besa—. Luego le cuentas que nos hemos bañado juntos y se le pasa.

—Pero no tengo bikini.

—Ni yo bañador. Nos metemos desnudos.

—¡Estás loco! ¡No!

—Pues en ropa interior. Eso o te tiro con ropa ahora mismo.

—¡No, espera!

Me quedo en bragas y sujetador a la vez que él se quita vaqueros y camiseta. No hay casi luz en la zona de la piscina, salvo la que desprende esta, como en las películas; y acabamos abrazados bajo el agua. Está fría, pero lo compensa su cuerpo caliente como el fuego. Solo nos besamos, me respeta hasta el punto de no acariciar más abajo de mi espalda. Ni siquiera sé si son realmente diez minutos o diez horas, pero cuando me visto y voy corriendo al edificio, encuentro a Marta en la puerta del bloque cuatro, esperando y casi dormida, sentada en el suelo.

—Eres la mejor amiga del mundo —le digo, luego le doy un sonoro beso en la mejilla.

—¿Tienes el pelo mojado?

—Te lo cuento mañana.

—Vale, porque estoy muerta.

Nunca me había acostado tan tarde, las doce y media, pero, a pesar del cansancio y del sueño, ni habíamos dormido siesta, tuve que sacar el diario, cuando Marta roncaba a mi lado como no la había oído nunca.

«Miki, Miki, Miki. Mi dulce príncipe. Ojalá esa sangre y el dolor que te ha producido la pelea

los pudiera sentir y padecer yo en tu lugar. Ojalá duermas bien esta noche, que ha sido para mí la primera a tu lado, una más que recordaré por siempre. No me importa lo que haya ocurrido en el pasado, eso quedará en el olvido para los dos, te lo prometo.

Besos y abrazos azules. Lo de la piscina ha sido... ya pensaré en una palabra que logre describirlo.

Miki, solo Miki».

## Capítulo 9

### Derbi Variant

Estoy muerta de sueño, casi no he podido dormir en toda la noche tras el momento de la piscina, y cuando por fin el cansancio me había vencido... suena el despertador del reloj. Estuve a punto de ignorarlo, pero una promesa es una promesa, y mucho más sagrada si me la he hecho a mí misma.

Ahora cambio canales en la pequeña tele de la cocina, con el volumen al mínimo para no despertar a nadie y buscando dibujos animados. ¿En verano no los ponen? Vaya, los *Rugrats* esos... ni hablar, prefiero el telediario. ¡Bien, *Batman*, esta serie mola más!

Sé dónde está casi todo en los armarios, así que empiezo por poner los platos, vasos y cubiertos sobre la mesa, luego caliento leche en un cazo sobre la cocina de gas para que el microondas no despierte a los padres de Marta, también hago zumo de naranja y troceo fruta, lo que siempre he visto que ellos comen; pongo galletas María en un plato y dejo sobre la mesa el azucarero, el bote de Nescafé y el de ColaCao. Ya casi está todo, solo espero que no sea demasiado pronto y se enfríe la leche. Al final no he mirado la tele, y como tampoco se oye por el volumen bajado, he buscado el canal para nada.

La puerta se abre despacio.

—¿Chica, qué susto! ¿Qué haces levantada? No son ni las nueve.

—Quería prepararos el desayuno, siempre lo haces tú y creo que sería mejor turnarnos para que todos podamos descansar algunos días.

—¿Eso tan bonito se te ha ocurrido a ti? Eres un cielo, cariño; y quiero que sepas que sé que eres tú la que limpia, recoge y ordena el cuarto todos los días. Ojalá Martita se pareciese a ti, aunque hayas sacado peores notas que ella este año.

—Gracias, en realidad yo... Bueno, es lo mínimo después del detalle de invitarme.

—Si sigues así te vamos a tener que traer todos los veranos. Pero estudia más.

—Claro, lo haré.

Sonríe, me cae fenomenal, es tan parecida a mi madre... Y luego Marta y yo somos completamente diferentes. ¡Qué raro!

—Gracias por cuidarme tan bien —le digo como agradecimiento sincero.

—De nada, hija, aquí seré tu madre durante todo el mes, puedes contar conmigo para lo que quieras.

—¿En serio?

—Pues claro.

—¿Para lo que quiera?

—Sí, y para lo que necesites.

—¿A qué edad perdiste la virginidad?

Mira que intento pensar antes de hablar, mira que me lo he propuesto mil veces, pues nada, será que estoy aún medio dormida.

—¿Cómo preguntas esas cosas? —Está sofocada, como si en la cocina ahora hubiese veinte grados más de temperatura—. ¿A tu madre le haces esas preguntas también?

—En absoluto. Bueno, sí, pero es que mi madre nunca me cuenta nada.

—Hija, ¿y por qué quieres saberlo? —Todas las madres son iguales, siempre contestan con otras preguntas.

—Por curiosidad. Tengo novio desde hace poco y no sé cuánto hay que esperar para dejarle... ya sabes.

—Pues lo que tú consideres, tendrá que esperar hasta que tú quieras hacerlo también.

—¿Y si no quiero nunca?

—Ya querrás, pero ahora eres una niña, es normal que solo quieras estar a su lado y darle besos.

—Sí —me sonrojo—, los besos son lo más. Y los abrazos.

—Pues debe respetarte y esperar hasta que tú quieras dar más pasos.

—¿Meterme mano?

—¡Uy, chica, qué directa!

—Se dice así, ¿no?

—Es más bonito decir acariciar. Mi Pedro era un pulpo cuando nos conocimos, yo tenía quince y él diecisiete, el puñetero quería a todas horas; siempre regresábamos a nuestras casas doloridos, yo por los pellizcos en el culo y él por las bofetadas que le soltaba. Pero se tuvo que aguantar hasta la boda.

—¿Y eso cuánto tiempo es?

—Pues yo me casé con veintidós, así que...

—¡Siete años! ¡No jorobes! ¿Y si no me caso nunca?

—Bueno, entonces deberás hacer lo que quieras cuando tú quieras, pero no porque te lo pida un chico o porque te diga que tienes que hacerlo para demostrarle que le quieres.

Esto sí es información valiosa, así da gusto preguntar. ¿Qué hago, me lanzo más o me conformo con esto y espero a mañana?

—¡Qué bien huele ese café! —El padre de Marta decide por mí; se acabaron las confidencias.

—Lo ha hecho Laura, se ha levantado temprano y ha preparado todo lo que ves. Es toda una ama de casa.

—A ver si se le pega algo a Marta, que cada año está más imposible...

Nos organizamos para llevar entre los tres los platos y vasos a la terraza. Reproduciendo allí lo que hace cinco minutos era la mesa de la cocina.

Las mañanas y las noches son frescas hasta tener que ponernos algo de abrigo sobre la camiseta; entre eso y el olor que llega desde el mar, creo que nunca podré olvidar los momentos que llevo vividos en estos pocos días. Son las nueve y media y decido que despertaré a Marta dentro de un rato, levantando la persiana y comenzando a limpiar y ordenar el dormitorio, por mucho que proteste. Mientras tanto me contento con apoyarme en la baranda y perder la mirada en el horizonte; entre las falsas nubes de la calima adivino a veces el azul intenso del mar, huidizo y divertido, mostrándose solo para guiñarme un ojo cómplice.

De repente pienso que quizás hoy vayamos a la playa con Miki, me apetece besarlo en el agua, como anoche en la piscina, sentir sus labios salados y su abrazo cálido en contraste con el agua fría.

Sí, ya sé que mi vida se ha reducido a solo una cosa, a solo una persona... Pero es maravillosa.



—Solo son las diez y media. Para decirle a Elena que vamos de tiendas y que nos acompañe, tendríamos que llamarla al telefonillo o ir a su casa a tocar en la puerta. Hazlo tú.

¿Te he dicho ya que Marta es experta en asignar tareas imposibles?

—¿Y si coge el telefonillo o nos abre la puerta su hermana Sonia?

—Pues le preguntas qué pasó ayer en la piscina, porque no es normal que estén pasando estas cosas tan raras. ¿Recuerdas hace dos días, cuando el niño se ahogaba y de repente apareció en la orilla?

—Sería algo diferente, seguro que todo fue una confusión, que la madre pensó que las olas rompiendo sobre las rocas eran los brazos del niño. Y lo de las chicas sería porque tenían los bikinis desabrochados para tomar el sol.

—¿Y las braguitas?

—¡Yo qué sé, el sumidero las absorbería!

—¿Y las vomitonas?

—Pues un corte de digestión clarísimo.

—Tía, eso es muy raro. Y tú apareces mojada cuando estabas seca dos segundos antes. Están pasando cosas como en la peli esa de Poltergeist... ¡qué miedo!

No fastidies, a ver si ahora Marta va a estar temerosa todo el verano, con lo bien que me lo estaba pasando yo usando mi poder...

—Bueno, ¿qué? Tú eres la que vive aquí y la que siente curiosidad sobre lo que pasó en la piscina. Así que ve tú a llamar a Elena. Si te abre la puerta Sonia, le preguntas qué les ocurrió, ¿no?

—Tampoco pasa nada si nos vamos sin la niña.

—Me sabe mal, Elena es un encanto, solo que ha tenido una mala referencia los primeros años.

—Pero si está obsesionada con los chicos.

—Mira quién habla.

—Pero yo soy mucho más mayor.

—Sí, toda una adulta.

No hace falta seguir la conversación, la niña está esperando en los bajos de la urbanización, justo frente al edificio de Marta. Lleva un vestidito precioso blanco de tirantes que transparenta su bikini turquesa. ¡Qué morena está ya! Colgado al hombro exhibe un enorme bolso de tela de saco azul marino, seguro que “tomado prestado” a su madre o hermana. Es una chica muy guapa, tanto que yo lo apostaría todo a que en un año o dos eclipsará a su hermana y a todas las demás chicas del pueblo.

—¿Nos estás esperando?

—Desde las nueve y media. Es que no quería que os fueseis de paseo sin mí.

—¡Anda, ya! —dice Marta—. Pero si ahora mismo íbamos a llamarte al telefonillo.

Miro a mi amiga con la boca abierta, no tiene vergüenza ni la conoce. Por cierto, no hemos llamado a Miki porque anoche en la piscina, antes de despedirse, me dijo que esta mañana iría a pescar con su padre. Las tiendas nos esperan, mañana exclusiva para nosotras, nada de chicos, al menos presenciales, ya se encargará Elena de sacar el tema de conversación.

—Mi madre me ha dado dinero para invitaros a un helado, por el detalle de ayer.

- No tienes que pagar nada, guárdalo por si ves algo que te guste de ropa.
- ¿Me vais a recomendar algún bikini o vestido para salir de noche?
- Pues más bien habíamos pensado que nos recomendaras tú, porque vistes genial.
- Se lo copio todo a mi hermana.
- Vaya... Pues viste bien, qué le vamos a hacer.
- Vamos a la zona de la iglesia, allí hay tiendas que no vimos ayer —propone Marta.

Así sí. Da gusto ir a mirar ropa sin el nudo en el estómago que sentía ayer, por fin puedo participar, ponerme todo lo que proponen ellas y reírnos también con la ropa que nos queda peor. Elena resulta ser una experta en complementos, no en vano va siempre cargada de pulseras, incluso tobilleras. Nos recomienda unos colgantes de conchas blancas y turquesas, este último su claro color favorito, ¡coincidimos!, y decidimos de repente ir una tarde próxima a tatuarnos con henna “El Portil, 1992” todas en el hombro derecho.

Ya camino de casa paramos en la heladería y probamos el de mandarina con chocolate negro. Sentadas en la mesa de fuera nos preguntamos por qué no pedimos uno diferente cada una para así probar tres cada día. La respuesta es una carcajada que hace volver la cara a todos los que pasan cerca de la terraza.

Me muero de ganas de probarme el vestido que Marta y Elena han insistido tanto en que comprase. Estaban gritando en la tienda. «¡Qué bien te queda!», «está hecho para ti», «tienes que comprarlo sí o sí». Morado, ceñido al cuerpo y minifaldero, muy muy corto. No sé si con mis piernas flacas... Marta prometió prestarme unos zapatos de cuña de esparto y Elena me dejaría elegir entre sus mil pulseras y collares. ¿Qué dirá Miki al verme tan guapa? ¿Le gustará?

¡Qué pena no tener a Patri para maquillarme! Aunque preferiría verla para darle un abrazo y contarle todo lo bonito que me está pasando estos días. También echo muchísimo de menos a Inma y Fran. Aunque no adivino cómo podrá él sobrellevar el próximo curso teniendo que verme junto a Miki a diario en el instituto.

- Estás muy callada, cuenta algo —me pide Marta.
- Pensaba en Fran y en cómo podrá sobrellevar que ahora...
- Eso, habla de chicos. ¿Qué haces con Miki? ¿Cómo besa? ¿Cómo mete mano?
- Jo, Elena, solo piensas en chicos.
- Es lo más guay.

—Pero, ¿cuándo dejaste de jugar con muñecas? Yo con doce aún jugaba con mi Barbie —le digo con nostalgia.

—Y yo también juego, la mía se lo pasa genial yendo de compras y luego enrollándose con Ken. Pero no sé qué hacer con los muñecos porque nadie me dice qué hace la gente cuando se enrolla. Quiero que mi Barbie pierda la virginidad, pero no sé cómo.

—¿Sabes que puedes pensar en otras cosas, como ir a nadar, a correr, a reír con tus amigas, a caminar por la playa, a tomar un helado o a ver una película en el cine?

—¡Sí! ¡Vamos al cine del pueblo esta noche! A ver si hay suerte y echan una película de chicos guapos.

Miro a Marta, ella me mira a mí. Esta niña es un peligro.

—Te llevarías de maravilla con Patri.

—¿Quién es Patri?

—Una amiga nuestra, de Huelva. Se maquilla y peina fenomenal, viste superbien y solo piensa en chicos y salir de fiesta.

—¡Qué guay!

—Y es preciosa, un bombón.

—Entonces no. Mi hermana siempre dice que hay que salir con amigas más feas, así los chicos más guapos de las pandillas siempre se deciden por ti.

—Menudas cosas te enseña tu hermana —le digo con asombro.

—Pues es una verdad como un templo —susurra Marta—, menudo manantial de sabiduría...

—¡Marta! La niña necesita valores de verdad.

Termino sin prisas el helado, hoy necesito relax, risas, disfrutar de lo que me rodea, incluso de la visión de un perro que en la calle de enfrente está chocolateando la acera, no hay dueño cerca para recoger el regalo... Me quedo con la posición del *pastelito* por si la hermana de Elena y sus amigas vuelven a atacarme en la piscina. No, tengo que dejar de pensar en esas odiosas chicas, centrarme solo en disfrutar con Marta, seguir soñando con Miki y descubrir el diamante que es Elena. El verano es maravilloso.

¡Maravilloso!



Ya aprieta el calor y van a dar las dos de la tarde cuando llegamos a la puerta exterior de la urbanización. Elena entra corriendo y gritando que se está haciendo pis, desaparece en cuestión de segundos. Nosotras nos detenemos en seco al oír a un chico que da un frenazo con su ciclomotor a nuestras espaldas.

—¿Marta?

—¿Roberto? ¡Cuánto tiempo!

—Por lo menos dos años. ¿No?

—O tres. Esta es mi amiga Laura, está pasando el mes en mi casa.

—Encantado, Laura. A ver si los tres nos tomamos un café o una *coca* un día de estos y me cuentas.

El chico tendrá unos dos o tres años más que nosotras, es moreno con el pelo al rape y algo gordito, el bañador de surfero le queda muy justo. Sonríe amable desde detrás de las Rayban que usa Tom Cruise en *Risky Business*.

—Laura, Roberto veraneaba en la urbanización, pero sus padres se fueron a un chalé y ya no quiere más trato con los pobres. ¡Es broma, tonto! Y claro, cuando tú quieras tomamos algo. ¿Y esa Vespino tan chula?

—Es una Derbi Variant. Se la pedí a mis padres para no tener que estar caminando por aquí.

Pues un poco de ejercicio no te vendría nada mal, pienso con malicia.

—A ver si nos das una vuelta.

—Eso está hecho.

—O déjanos ahora dar una vuelta de un minuto a nosotras. ¡Venga, eso sería la leche!

—¿Cómo? —pregunto yo. Que yo sepa, Marta no sabe conducir una moto, y yo menos.

—¿Tenéis permiso de ciclomotor?

—Claro, en casa lo tengo, si quieres te lo bajo. Pero te lo decía para ir por aquí, solo un minuto por el carril de servicio, casi no pasan coches.

—Tened cuidado, lleva un cilindro de setenta y cuatro y se embala en un momento.

¿Qué significa eso? ¿Por qué Marta ha decidido hacer esta tontería? ¿Se sentirá más mayor por llevar una moto durante cincuenta metros? ¿Dónde están los cascos? ¿Por qué ahora yo tengo que



montarme con ella y rezar para no caer nos?

Pues resulta que no lo lleva mal, tomamos velocidad rápido, el aire en la cara es agradable con este calor, el ronroneo del motor me relaja, no hay coches, es divertido después de todo. Y frena al final de la calle. La moto se detiene, ella pone un pie en el suelo y dice lo último que me hubiera imaginado:

—Venga, te toca.

—¿Cómo?

—Vamos, verás cómo mola, se lleva como una bici pero sin dar pedales, solo giras el puño y coge velocidad. Cuando lleguemos a la puerta de la urbanización, allí donde se ve a Roberto a lo lejos, dejas de acelerar y aprietas poco a poco las manetas de los frenos.

—No sé, me da miedo.

—Venga ya, gallina, está tirado.

Me monto finalmente, con esfuerzo porque la moto pesa mucho más que una bici y no puedo dejar que se incline en parado o se me caerá al suelo, y no tendremos fuerzas entre las dos para levantarla. De puntillas, porque casi no me llegan los pies al suelo, imito lo que vi hacer a mi amiga, dar pedales de repente y a la vez girar el puño derecho. ¡Bingo! La moto coge velocidad, pues sí es cierto que es muy fácil de llevar.

La sensación es aún mejor que cuando vas detrás. Acelero sin fin, hasta que comprendo que Marta grita a mi espalda para que frene. Aprieto las dos manetas pero no se detiene, creo que es porque sigo acelerando. Cuando suelto el acelerador, es tarde, nos hemos pasado la urbanización, a Roberto gritando y agitando las manos, y estamos ya en la rotonda que comunica con la carretera principal. Un coche viene derecho hacia nosotras por la derecha y comienza a frenar haciendo un ruido infernal. Ya está, nos atropellará y moriremos por idiotas.

Abro los ojos y compruebo que el coche ha logrado detenerse justo dos metros antes de arrollarnos, y resulta que la moto también se ha detenido. ¿Entonces por qué se inclina despacio pero sin parar hacia la izquierda?

Caemos al suelo porque ni Marta ni yo hemos puesto los pies al frenar. La moto aplasta nuestras piernas y duele muchísimo. Escucho llorar a mi amiga a mi espalda.

La moto desaparece como por arte de magia, el conductor del coche y unos chicos que pasaban por allí nos la quitan de encima y nos ayudan a levantar.

—¿Estáis bien?

—¡Estáis locas!

Ambos tienen razón.

—Perdón, perdón—es lo único que logro decir, y rompo a llorar.

—Bueno, tampoco ha pasado nada. Aunque tenéis las rodillas raspadas.

—¿Cómo que no ha pasado nada? ¡Mi moto se ha arañado!

Marta trata de pedir perdón a Roberto, que es el más enfadado, aunque él se centra en observar los destrozos. De fondo se oyen los pitidos de los coches, ya que seguimos interrumpiendo el tráfico en la rotonda. Me siento fatal por el chico, por el conductor que se ha asustado y frenado a tiempo, por mi amiga y por mi rodilla que ahora parece abrasarme.

—Tus padres me matarán.

—No, nos matarán a las dos.

Mercromina, una regañina, patatas fritas con huevos para almorzar y a la cama a dormir la siesta. Tampoco ha sido para tanto. Marta se levanta sorprendida al sentir que estoy riéndome sin

parar, ni morder la almohada ayuda.

—¿De qué te ríes? ¿Estás loca? Roberto no volverá a hablarme nunca más. ¿Qué es tan gracioso?

—Ja, ja, ja.

—Idiota, dímelo.

—Es que estoy pensando en Elena.

—¿Elena?

—No se lo va a creer, y va a enfadarse por no haber estado montada en la moto con nosotras.

—¡¡Ja, ja, ja!!

—¿Ya estamos como todas las tardes? —Su padre—. ¡La que no tenga sueño, a la piscina a dar por saco allí!



El dolor del raspón ya no se sentía. Hablo por mí, que estoy recibiendo las caricias de Miki en la rodilla, además de soplidos suaves para los que acerca sus labios a mi piel. En el cielo estoy. Marta, en cambio, no para de protestar. Solo somos seis en la piscina, el resto de la pandilla duerme la siesta.

—¡Un accidente de tráfico casi mortal! ¡Qué pasada!

No, no es Elenita, es un idiota de nombre Javier, con dieciocho años y menos luces que una pelota de tenis.

—No ha sido tanto, solo nos hemos caído por no poner...

—¡Los intermitentes! —me interrumpe Marta—. Fue una locura, íbamos a más de ciento veinte, o casi doscientos, y ese tipo apareció de repente, pero Laura hizo una maniobra increíble y nos salvamos de milagro.

¿Perdona?

—¡Ostras, qué pasada, estáis locas!

Los demás asienten. Miki me mira y sonrío de forma cómplice. Sin duda va a ser el mejor verano de la vida de Marta.

—¿Nos vamos a la playa cuando lleguen los demás? —propongo, para cambiar de tema.

—Las heridas os escocerán mucho con el agua salada —dice Miki.

—Bueno, entonces tendrás que soplar más y darme más mimos y besos. —¿Eso lo he dicho yo? ¿Pero qué me está pasando? Adoro a la chica en la que me estoy convirtiendo.

—Tendré que sacrificarme, qué remedio...

—¡Tonto!

—Me encanta la cara que pones cuando me dices tonto.

¡Me muero! ¡Te amo!

Marta repitió lo sucedido unas seis veces más, ¿o fueron siete?, a medida que iban llegando Elena y los demás. La niña se portó menos melodramática que mi amiga pero, aun así, no dejó de hacerme preguntas. Por supuesto una de ellas fue si Roberto estaba bueno y tenía novia. «Es que un novio con moto es lo más», dijo como excusa. «Lo sé, es lo más de lo más, pero Roberto es feo, gordo y un idiota; ni siquiera se preocupó de nosotras, por si nos había pasado algo», respondí. Y ella se olvidó en un solo segundo del chico.

A las cinco y media bajamos a la playa despacio, todos respetando el ritmo que podíamos seguir Marta y yo con las rodillas raspadas, como heroínas de guerra a la vuelta a casa tras la épica batalla. Una vez allí nos dejaron la mejor sombra bajo la sombrilla. Tampoco está tan mal un rasponcito de nada de vez en cuando, ¿no?

—Ese gilipollas de Roberto, le voy a partir la cara en cuanto lo vea.

Oigo a Miki susurrando con sus amigos y me enfado con él, le recrimino esa facilidad para pelearse a diario, además le recuerdo que Marta fue la que pidió montar en moto y la que se empeñó en que yo la llevase luego sin tener experiencia. Miki me promete que no se pegará con él, pero noto su ira contenida al mirarme; no me fío mucho de que pueda cumplir su promesa. Tenemos muchas conversaciones pendientes para lograr que esa agresividad cese.

—¿Quieres bañarte conmigo? —me pregunta al oído, Elena me mira y sonrío entusiasmada, casi más que si se lo hubiera pedido a ella—. ¿O prefieres esperar a la noche y lo hacemos en la piscina, como ayer?

La niña tiene abierta la boca y se le salen los ojos de las órbitas al oírlo. Yo respondo que esta noche no podrá ser porque he prometido a Maricarmen, la madre de Marta, que haría la cena para que ellos pudieran pasar toda la tarde paseando o bañándose en la propia piscina.

—¿Hacer la cena? Eres toda una joya. Entonces, vamos a la orilla. ¿Te llevo en brazos?

—Bueno, aún puedo caminar. Tal vez cuando me amputen una pierna...

Escuece, escuece mucho, pero que mucho; luego se pasa cuando llevas un rato. Recuerdo lo que mi madre ha dicho mil veces: «el agua del mar cura todas las heridas muy rápido». Lo que ella no sabe es que los besos y abrazos de Miki bajo el agua son como anestesia.

—No volveré a ir a pescar con mi padre, así no me despegaré de ti nunca más.

—No seas tonto, tienes que hacer lo que te apetezca, igual que yo dar paseos con las chicas, tomar un helado o ir de tiendas. No podemos estar siempre juntos.

—¿Por qué no? —Me lo ha preguntado con esa mirada que derrite el acero, todo su cabello está mojado sobre la cara, parece sacado de un anuncio de colonia. Me muero con solo oír su voz, así que imagina con esta situación. Ahora mismo acaricia mi cara con una mano y la espalda con la otra.

—Porque quiero que hagas lo que tú quieras hacer, no quiero que cambies nada por mí. Eso no sería amor.

—¿Entonces el amor no es sacrificarte por tu pareja?

—No, yo no lo siento así. El amor es hacerlo porque quieres, no porque te lo piden o porque crees que tienes que hacerlo.

Me besa, me besa más intensamente que nunca, cada vez es mejor, más cálido, suave, intenso, eléctrico...

No sé dónde estoy cuando abro los ojos.

—¡Eh, pececillo, cierra la boca o te entrará agua!

Reímos, volvemos a besarnos y abrazarnos.

—Miki.

—¿Sí?

—¿Por qué nunca me has metido mano?

—¿Quieres que lo haga?

Lo pienso con toda la frialdad que puedo reunir en ese momento. Poca.

—No lo sé, a lo mejor.

—Pues por eso, porque solo te acariciaré cuando tú quieras también.

Lo ha dicho, ha dicho acariciar y no meter mano... ¡Es él, es mi príncipe! Me imagino a la

madre de Marta mirándonos y asintiendo emocionada. Lo siento, Elena, pero no habrá nada entre Miki y yo, por el momento, de lo que puedas practicar con tu Barbie y Ken.

Entonces llegan los miedos, las inseguridades, todo brota sin haber pedido permiso para aparecer.

—A veces pienso que no me acaricias porque mi cuerpo no te gusta, porque no es como el de las chicas más mayores.

Se acerca a mi oído y susurra:

—Si quisiera acariciar un cuerpo como el de ellas, ¿para qué salir contigo?

Me dan ganas de llorar, pero logro decir:

—Te quiero.

—Yo a ti también, princesita.

¿Princesita? ¿Cómo las protagonistas de las pelis Disney? He pasado de aldeana secundaria a princesa en meses, pasando por el pobre y feo Quasimodo... Quiero gritar de felicidad.

Aquella tarde es aún más mágica que la anterior, incluso me quedo dormida durante un rato con la cabeza apoyada sobre el pecho de Miki. El atardecer aparece despacio y neblinoso mientras recupero la cordura y la conciencia. Ver su rostro sonriente, mirándome con dulzura, mientras acaricia mi cabello, acabará con todas las defensas que pueda tener aún contra él. En esta ocasión nadie se ahoga en el mar, ni trata de pegar a nadie en una piscina o un garito de noche, todo es perfecto, la mejor tarde de mi estancia en El Portil.

Y también es la última.



¿Qué importa que la piscina tenga focos de esos que lo vuelven todo azul y dibujan la silueta de quienes nadan o se abrazan, como es el caso ahora? Lo he visto docenas de veces en películas, pero no lo necesito en absoluto. Vivir mi propia vida está resultando más bonito e interesante que la mejor película.

Miki me sostiene entre sus brazos, no damos pie en esa zona, la luz del cielo casi se ha extinguido por completo, el agua está tibia, mucho mejor que la del mar, y sus besos saben a deseos de futuro. Los dedos de sus manos queman al recorrer mi espalda desde el cuello hasta el límite que marca la braguita de mi bikini. Yo lo abrazo con manos y piernas, con todas mis fuerzas, y acaricio su cabello, atrayendo su cara hacia mi boca para un beso más, y luego otro, el penúltimo de la noche.

—No vuelvas a esfumarte —le susurro.

—¿Esfumarme? —me devuelve el susurro.

—Desaparecer en mitad de una conversación o cuando te necesito cerca. No sabes el frío y soledad que se siente de repente.

—Lo siento, no volveré a hacerlo.

—Más te vale.

—¿Algo más?

—No quiero más peleas, no quiero verte sangrar nunca más.

—Bueno, no es algo que a uno le apetezca... ya me entiendes. Así que haré todo lo que esté en mi mano.

Lo abrazo con más fuerza al recordar las dos veces recientes que lo he visto sangrar, él me devuelve el gesto con caricias y besos.

—Gracias por haberte quedado algo más.

—¿Algo más?

—Sí, me dijiste que no podías porque tenías que hacer la cena o algo así.

—¡Mierda!

Marta me espera charlando con Elena en los soportales, no las merezco. Nos despedimos de la niña y subimos en el ascensor, que va a una velocidad ultra lenta esta noche. En el apartamento ya huele a croquetas.

—Lo siento, de verdad que lo siento, Maricarmen. Siento mucho haberte fallado.

—No pasa nada, estáis de vacaciones y es normal que se os pase el tiempo.

—Eso no es excusa, no sabes cuánto me arrepiento de no haber cumplido mi palabra. ¿Quieres que haga una ensalada? También puedo hacer...

—¡Marta, ve a la ducha! —Maricarmen me interrumpe con seriedad para dirigirse a mi amiga.

—¿Por qué? —responde Marta.

—Porque cenamos en veinte minutos y te lo ordeno yo.

—Pero...

—¿Quieres que te castigue una semana entera sin salir?

—Ahora mismo voy.

No he presenciado una escena entre ellas como esta en los días que llevo aquí. Algo parece oculto tras los ojos de su madre, algo que no tardo mucho en averiguar, justo cuando nos quedamos las dos a solas en la cocina, con la puerta cerrada.

—Siéntate, Laura.

—Estoy bien de pie.

—Vamos, aquí a mi lado. —La segunda tanda de croquetas y empanadillas acaba de ser sumergida en la freidora. Un escalofrío me recorre la espalda, y no es producto de mi pelo mojado.

—Laura, me dijiste que estabas empezando a salir con un chico.

Su rostro es duro, frío, me mira de un modo que no había visto nunca antes.

—Sí, es verdad —respondo en lo que es casi un suspiro. De fondo comienza a oírse el calentador de agua, Marta ya está duchándose.

—Pero no me dijiste que lo habías hecho mientras estabas bajo nuestra responsabilidad.

—¿Cómo?

—Anoche os vieron en la piscina algunos vecinos, y vinieron a decírmelo.

—¿En la piscina? Pero no hicimos nada, solo nos besamos.

—Verás, Pedro y yo tenemos tu responsabilidad de cara a tus padres, no quiero ni imaginarme que pasara algo *raro* mientras estás aquí.

—¿Algo raro?

—Esta mañana hablabas de perder la virginidad.

—Pero yo nunca... Son preguntas que me surgen sin saber cómo... Yo no dejaría que...

Empiezo a llorar.

—Está bien, no te pongas tan nerviosa, es que no sabes lo que he sentido al oír lo que decían esos vecinos. Tengo miedo, solo tienes catorce años y tus padres me matarían si vuelves a casa con...

—¿Con qué?

—Ya sabes, hija, con un embarazo.

—¡Nooooo! ¿Estás hablando en serio? Ni me ha tocado el culo siquiera. —El llanto se me descontrola, no puedo soportar la presión.

—Tranquila, no te pongas así. Es que Loli estaba tan segura de haberos visto desde su ventana haciendo... mucho más.

—¿Mucho más? ¿Cómo que mucho más? ¿Loli?

—Es una vecina, tiene dos hijas: Sonia y Elena.

—¿Cómo? ¿Has dicho Sonia y Elena?

—¿Las conoces?

—Pues claro, espera unos minutos.

—¡Oye! ¿Adónde vas?

—Vuelvo enseguida.

La madre de Sonia y Elena no quiso oír hablar de la idea de que su hija pequeña fuese a casa de Marta a hablar con su madre sobre lo ocurrido; entonces le dije que haría venir a mis padres y pondríamos una denuncia en la policía por lo que había dicho de mí, «tengo catorce años, esas mentiras se las tendrá que repetir a un juez», le grité.

Cambió de idea en el acto y Elena apareció para venir conmigo.

¿Lo he dicho ya antes? Elena es un mina, un diamante por descubrir, y me quedo corta.

—¿Laura? ¿Está de broma, señora? A ver, Miki es el top, súper matrícula de honor, ya me entiende, así que ella es la supertop, la *number one*, pero no pasan de darse besitos. ¡Qué pena! Aún estoy esperando a que hagan algo más y así aprender de qué va la cosa, pero no hay manera, solo besitos. Mi Barbie espera a perder la virginidad en cuanto yo sepa cómo se hace. Pero si tengo que aprender de Laura... lo hará antes mi peluche gremlin que ella.

—Vale, vale. Elena, ya es suficiente y puedes volver a casa, gracias por venir a decirme esto.

—Pero me dijo Laura que tenía que decir la verdad. Aún no terminé. Mi hermana es una guarra, ¿sabe?, se ha enrollado con más de veinte chicos este año, y lo peor: nunca me ha contado nada de lo que ha hecho con ellos. Este verano quería hacérselo con Miki, no sé lo que es eso de hacérselo, el caso es que él se ha enamorado de Laura... Pues Sonia está escocida. Eso es lo que dice mi madre. ¿Qué es lo que te escuece cuando te quitan un chico? No será el toto, porque a mí me escuece a veces. ¿Es porque alguien me ha quitado un chico? Vamos, decidme algo.

—¡Niña, a tu casa, ya!

—No seas mala con ella, es un cielo, pero no tiene filtro a la hora de preguntar y nadie le soluciona ninguna duda.

—Eso me recuerda a una invitada que tengo este verano...

—Lo siento si te he molestado preguntándote cosas que no debía.

Elena ya se ha marchado cuando Maricarmen se abalanza sobre mí y me abraza con fuerza, siento el calor de mi madre desde la distancia. Hasta me parece oler su esencia personal, ese aroma que solo desprende el pecho de quien te dio la vida. Rompo a llorar de nuevo.

—Perdóname tú por no haberte defendido, por haber creído lo que esa idiota me decía de ti.

—Yo nunca haría...

—Calla, no digas más. Olvida a esos tontos y disfruta del verano y de ese chico que te respeta tanto. ¿Me oyes?

—No quería provocarte tantas preocupaciones.

—No me has dado ninguna, al contrario, eres un amor. Y mañana tendré una conversación con mi vecina. ¡Me va a oír!

—No, por favor, no te pelees por mí.

¡Maldita sea! Solo ocasiono malestar y conflictos. Me gustaría tener el poder de retroceder en

el tiempo para empezar desde cero y tratar de evitar todo lo malo ocurrido.

Esta noche no tenemos previsto salir, estamos muy cansados todos, Miki y nosotras, así como el resto de la nueva pandilla que se ha formado a partir de la anterior. Tras hablar con mis padres por teléfono, buscamos una película aceptable en la tele y nos acurrucamos en el sofá. Yo soy la primera en irse a la cama, antes incluso que Pedrito, que ya me ha olvidado del todo y solo pregunta por Elena.

«¿Por qué tiene que ser todo tan complejo? ¿No puedo ser feliz sin que a los cinco minutos ocurra algo que lo empañe? Quiero estar con Marta y Elena, con los demás, y sobre todo con Miki, pero sin que nadie se moleste o acabe sangrando por ello. El verano es demasiado corto, así que deberíamos todos dejar que fluyera a su antojo, vivirlo de la mejor forma posible y atesorarlo en nuestros corazones para que nunca se olvide, con una sonrisa, con lágrimas solo de felicidad.

Lamento tanto haber decepcionado a Maricarmen, quien me trata como una madre en ausencia de la mía, quien me sufre y responde mis tontas preguntas, quien se enfrentará a una estúpida vecina para defenderme como lo haría mi verdadera madre.

Parece que no tendré dos días seguidos de felicidad en este verano. Espero que el final, y que la media aritmética de los días, que tuve que aprender a calcular el pasado año, sea positiva.

Por favor, que sea positiva».

# Capítulo 10

## Se me apagó la luz

Lo bueno que tiene acostarse antes que los demás es que no cuesta tanto hacer caso al despertador cuando suena a las nueve una mañana cualquiera de agosto. Pero no me iba a conformar con prepararles el desayuno a mis anfitriones, como la mañana anterior. Había visto la lista de la compra pegada con un imán en la puerta del frigorífico y decido coger el dinero que mis padres me dieron para gastos o algún capricho y usarlo para hacer la compra.

Encontrar un juego de llaves para volver a entrar de nuevo sin despertar a nadie acaba siendo lo más complicado de todo el plan. Pero lo consigo al fondo de un cajón en el mueble de la entrada, comprobando que la llave funciona antes de salir de casa.

Hace mucho frío, no se ve el cielo ni se huele el mar, tampoco pasan coches por la calle a esa hora, pero camino decidida. El pequeño supermercado SPAR del final de la calle está vacío, aunque algún alemán o inglés aparece cuando yo ya tengo la cesta a medio llenar. Me faltan los huevos, la lechuga, pollo fresco, Coca-Cola, leche y fruta para el desayuno; debí coger un carro en lugar de una cesta con ruedas, porque el paquete de papel higiénico se cae todo el rato. El cajero me sonrío mientras pasa los productos por el lector, tendrá treinta años, el pelo algo canoso y una nariz aguileña de campeonato. Hago el esfuerzo de no mirarla y pago la cuenta cuando me canta la cifra como si fuese un número de la lotería. Luego me pregunta si podré llevar las bolsas yo sola. Pues claro que sí, le respondo. ¿Qué se ha creído?

¿Y por qué lo habrá preguntado? No creo que para ayudarme él.

Comprendo que es una carga más pesada de lo calculado en cuanto he avanzado veinte metros, pero aumentan las fuerzas cada vez que pienso en lo orgullosos que se sentirán Maricarmen y Pedro, además de no arrepentidos de haberme llevado con ellos este verano. Sigue haciendo frío pero llego sudando. Entro con cuidado en el apartamento y reparto la compra entre la despensa y el frigorífico, luego comienzo a preparar el desayuno, como hice la mañana anterior.

—¿Mi niña, hoy me tocaba a mí! ¿Y qué son esas bolsas? —Mira la puerta del frigorífico, donde ya no está la lista con el imán. Abre y se sorprende al ver toda la comida dentro—. ¿Cómo se te ha ocurrido hacer la compra? No, no, no.

—Pero ayer tuviste que oír esas cosas tan feas de mí, seguro que pasaste vergüenza. Quería compensarte.

—¿Vergüenza? La pasé por esa imbécil, no por ti, tú eres un ángel. Ven que te abrace. —Y lo hace con fuerza y un cariño que necesitaba sin saberlo—. Hoy voy a tener una conversación con esa impresentable.

—No, por favor, no quiero más polémicas.

—¿Cómo que no? Se va a enterar esa... ¿Cómo? ¿Más polémicas? ¿Qué te ha pasado?

—Algunas chicas no nos han recibido a Marta y a mí muy bien al llegar. Pero ahora todo ha cambiado y quiero que no se remueva más lo anterior. Por favor.

—¿Has dicho a Marta y a ti? ¿Qué ha pasado?

—No importa, ya todo quedó atrás.

—Pero esa mujer ha dicho algo feo de ti, y seguro que se lo ha contado a toda la urbanización.



—No me importa. Ni siquiera los conozco.

—Intento hacer lo que haría tu madre.

—Me vale con que estés aquí conmigo.

La abrazo de nuevo.

—Por Dios, después de un mes entero contigo, creo que vamos a devolver a tus padres a Martita, a ver si cuela, y nos quedamos contigo para siempre.

Sonríó entre lágrimas y aprieto con fuerza su cintura, luego comemos tostadas viendo dibujos de la Pantera Rosa. Maricarmen se ríe de un modo contagioso.

Su marido, Pedro, aparece por la cocina y me dice que me pagará la compra por mucho que yo me niegue a aceptarlo, casi mete los billetes en mi bolsillo a la fuerza y luego se marcha a desayunar a la terraza. ¡Ya son las diez y cuarto! Ese día se les han pegado las sábanas a todos menos a mí.

Espero encontrar nuestro dormitorio a oscuras, como el día anterior, pero no es así. Aparece iluminado por la lamparilla de la mesita de noche, suficiente para disfrutar de la literatura que Marta ojea sin pedir permiso.

—¿Qué haces? ¡Eso es privado!

—Eres mi amiga.

—Y te cuento todo lo que hago, pero esos son pensamientos, sensaciones, sobre mi familia, Miki, los estudios, mis amigos.

—Yo soy tu mejor amiga, ¿no?

—Es un diario, ni siquiera Noelia se ha atrevido a...

—Así que soy bajita, fea y con pocas posibilidades como para apuntar tan alto como tú...

—Eso jamás lo he escrito ni pensado.

—Aquí lo dice, demasiado fea para aspirar a David, pero tú sí puedes estar con Miki.

—Cuando lo escribí pensaba que Miki me daría calabazas, nunca me he sentido más que tú.

—Enana, fea y me hago ilusiones con chicos demasiado guapos para mí. —Está llorando—. Al parecer soy una loca teatrera que además pierde la memoria en cinco minutos...

—Por favor, devuélvemelo y hablamos.

—No hay nada que hablar, está todo aquí. Llevas siglos queriendo quedar bien conmigo para poder veranear junto a Miki, nunca has querido venir por mí.

—Eso no es cierto. Estoy aquí por ti.

—Pues llevo varios días oyéndote hablar de él y esperando dos noches en el portal a que os deis el lote en la piscina para subir juntas a casa.

—No pensaba que eso te hacía daño, no tienes que esperarme ni escucharme.

—Seguro que me respetarías más si David me hubiera dicho que sí.

—Marta, David es un cerdo que se aprovecha de las chicas, las engaña para abusar de ellas. Me alegro de que te dijera que no, así no te hace daño.

—Qué buena amiga, te alegras de mi fracaso. Miki ha sido siempre un cerdo y contigo está portándose como un príncipe. Pero yo no habría logrado lo mismo con David, no valgo lo mismo que tú.

—¿Qué dices? No te montes películas.

—No lo hago, solo hay que ver cómo se ha creado un grupo nuevo alrededor de ti, ¡alrededor de ti!, a nadie le importo yo. Hasta Elena trata de parecerse a ti.

—¿Qué culpa tengo yo? No he hecho nada, y menos para separarme de ti.

—No.

—¿No? ¿Qué significa no?

—Que no quiero que sigas tratando de convencerme, eres una serpiente y quiero que te vayas.

—¿Cómo?

—Dile a tu padre que venga a por ti, quiero que te vayas de mi casa, de aprovecharte de mí y de mis padres.

—¿Estás hablando en serio?

—Haz la maleta.

Se marcha al baño y me deja a solas en el dormitorio, alucinando...

Siento como si Miki, Elena y los demás, incluidos la piscina, la playa, los atardeceres, los paseos por arena húmeda y fría, la heladería y las tiendas... todo se alejase despacio al principio y luego rápido hasta darme un mareo que me impide levantarme de la cama, aún sin hacer, ni decir una palabra más. Pero lo que más me duele es la cara de Marta, su reacción y pensar en lo que habrá sentido al leer pensamientos que quedaron atrás hace mucho, pero que le habrán dolido igual que si hubieran sido escritos hoy. Perder a Marta aflige más que todo lo anterior, que el sueño que estaba viviendo aquí hasta hace solo un minuto.

Quiero morir. Marta ha visto mis más profundos secretos, lo que pienso de cada persona con la que me he cruzado, además de lo que siento por las más importantes; mis peleas con Noelia, conversaciones con mamá, ilusiones de futuro, sueños con Miki y mi poder de frenar el tiempo. ¡Dios mío!

—¿No has leído lo que siento por ti desde hace meses? —Balbuceo cuando ella entra de nuevo en el dormitorio—. ¿Te da igual que te quiera ahora como a mi propia familia?

—Lárgate, haz la maleta. Y no pienses que mi padre te llevará a casa, vete en autocar o llama tu padre, pero márchate.

La muerte sería más dulce que esas palabras.

—Está bien, te pido perdón. Me marcho ahora mismo.

Se da la vuelta y, cuando está a punto de salir de nuevo:

—Joder, qué patética eres, incluso escribiendo chorradas como que paras el tiempo. Estás zumbada, qué miedo haber dormido a tu lado estos días. —El terrible odio que desprenden sus ojos hace que cada palabra que pronuncia sea como una bala atravesando mi pecho. Ahora me siento peor que muerta por dentro.



Para los padres de Marta es una simple rabieta infantil y sin sentido, su madre llora al despedirme en la puerta, con mi maleta en la mano y el semblante desfigurado por el dolor de marcharme del que ya consideraba un hogar. Para mis padres es algo peor, porque no comprenden qué ha pasado y tratarán de interrogarme sobre lo último que deseo hablar. Marta se ha marchado. Me voy sin despedirme de Elena, Miki y los demás, eso hace que me sienta sola caminando hacia el coche.

Solo puedo ver la ancha espalda de mi padre ante mí, marcando mi camino de regreso a la vez que arrastra la maleta por la acera. El eco que producen las pequeñas ruedas por las imperfecciones del suelo, el único sonido que se oye en ese momento, lo recuerdo aún hoy como un lastimero quejido, un llanto por saber que he vuelto a estropearlo todo, que no lograré jamás estabilizar ningún momento realmente feliz en mi vida.

Dos minutos después voy en el asiento de atrás del coche, aguantando las ganas de llorar

mientras mi paraíso queda a la espalda. Durante el trayecto no suena una cinta de flamenco, como es habitual, sino la radio: *Se le apagó la luz* de Alejandro Sanz. Así me siento yo ahora, como una vela que ha brillado demasiado intensamente y por ello ha agotado toda la cera antes de tiempo.

Esa canción siempre me ha puesto triste, claro que trata de la muerte de un ser querido: ♪♪«Yo no siento nada, pero presiento que a chorros se escapa la magia de mi alma gastada».♪♪

Miro mis manos, el diario reposa entre ellas, lo abro y leo páginas al azar. Ha sido mi condena. Solo deseaba apuntar pensamientos puntuales y sinceros, pero se ve que mis buenas intenciones se han vuelto contra mí.

Se acabó el verano, se acabó la magia, se acabó Miki, se acabó todo. Y lo peor, se acabó Marta.

Abro los ojos cuando ya hemos llegado al barrio. Veo edificios altos que necesitan urgentemente una capa de pintura, ancianos paseando despacio, suciedad en el suelo, hace calor pero no se huele el mar cercano, ni la heladería. Tampoco hay tiendas de ropa bonita por la zona, ni risas sinceras y frívolas de amigas. El barrio se muestra como una cárcel, allí cumpliré mi castigo por ser sincera.

Mi padre no me ha preguntado, no imagino lo que habrá sentido al ver mi cara cuando fue a recogerme, ni durante el viaje. Esperará a que se me pase lo que sea que me suceda y confiese a mi madre, ella lo pondrá al corriente luego.

El almuerzo, por primera vez en todos mis recuerdos, se produce en completo silencio, ni siquiera se ha encendido la televisión para oír las noticias. No se extiende el momento más de lo necesario y, tras recoger, noto cómo a mi padre y mi hermana les cuesta una barbaridad marcharse de la cocina, saben que esas miradas entre mi madre y yo significan que se avecina una conversación. La curiosidad les puede a todos, pero no me siento con fuerzas de desahogarme dando una rueda de prensa, ya le contaré a Noelia todo a la tarde y supongo que mi madre hará lo mismo con mi padre durante la siesta.

Diez minutos después:

—¿Un café? Claro que no voy a prepararte un café.

—¿Por qué?

—Porque eres aún pequeña para beber café y, además, no creo que pudieras dormir en dos días si juntas la cafeína con los nervios que tienes en este momento.

—Pues una manzanilla.

—Vale, preparo otra para mí. Sigue hablando.

—Es que me echas la culpa por todo lo que te cuento.

—Hija, es que ya eres mayorcita para escribir un diario. Y ¿a quién se le ocurre llevarlo a otro lugar en el que puede leerlo alguien que aparece en él?

—¿Otra vez lo vas a decir? Que sí, que soy tonta del culo.

—No, no eres tonta, solo eres buena e ingenua. Debiste pensar que la gente es muy cotilla.

—Pero Noelia nunca lo ha leído.

—Eso no lo sabes.

—Claro que sí, me habría matado hace mucho tiempo.

Mamá me mira sorprendida.

—Hija, deberías apuntar solo cosas que has hecho ese día.

—Pero eso no tiene ningún valor, prefiero escribir sobre lo que siento, o sobre lo que me hacen sentir los demás, mi familia, mis amigos, los chicos, los profesores.

—Preferiría no leerlo...

—Jo, nunca pondría nada malo sobre ti. Bueno, alguna vez que me has castigado de forma

injusta o cuando no me has dejado salir con mis amigas... ya sabes.

—Sí, ya sé.

—Entiende que eso lo escribo en el momento, luego se me pasa el enfado.

—Pues ahora no es el momento de llorar, sino todo lo contrario, de estar enfadada por la traición de tu amiga. Ella no debió leerlo sin tu permiso.

—Eso no me importa.

—Pues debería, ella se ha enfadado porque tus pensamientos no eran acordes a lo que ella deseaba, pero le ha dado igual violar tu intimidad.

—Supongo que entre amigas no deberíamos enfadarnos por esas cosas.

—Entonces, ella no es tan amiga tuya como creías.

Suspiro hondo, la manzanilla ya se puede beber y le doy dos sorbos, no tengo más ganas. Mamá se bebe la suya y lo que sobra de la mía.

—Al menos te has olvidado de ese Miki, espero que ya se te hayan pasado las fiebres de los chicos.

—Cómo me gustaría presentarte a una niña que se llama Elena..., te haría unas preguntas que te encantarían. Por cierto, de Miki ya hablaremos en otro momento, que la conversación será demasiado larga y tienes que dormir la siesta.

—Tú también.

—No creo que pueda dormir, veré la tele un rato.



¿Siempre ha sido así de deprimente el mes de agosto para mí? La plaza casi vacía, en el templete no se sienta nadie, no se oyen críos jugando, ni chicos de mi edad riendo a voces, solo algún despistado que cruza para ir al barrio de al lado. Llevo toda la vida pasando agosto aquí, pero nunca antes lo había visto con sus colores reales, con el gris que deja el recuerdo de El Portil. La comparación es odiosa, sobre todo por la soledad.

¿Y el olor? ¿Siempre han olido de una forma tan desagradable los contenedores de la esquina de la plaza? Nunca antes lo había notado, quizás porque echo de menos el olor del mar cercano, incluso el cloro de la piscina.

Me pongo los auriculares, he metido en casa una cinta de Celtas Cortos y, al pulsar el *play*, comienza el *walkman* a contarme un cuento. Esas tres princesas parecen tener una vida de lo más interesante, como la teníamos Elena, Marta y yo. Las echo de menos.

Ojalá nada de esto hubiera pasado, ojalá no me hubiese llevado el diario. Ojalá nunca lo hubiera escrito.

¿Se acordarán de mí? ¿Qué habrán hecho Elena y Miki al enterarse? ¿Cómo serán ahora las tardes en la playa y en la urbanización? ¿Por qué solo puedo pensar en ellos, cuando soy yo la que está aquí fastidiada, como azotada por esa vara de avellano con la que el rey perseguía a sus tres hijas? Todos los golpes parece que siempre me los tengo que llevar yo.

—¿Qué haces? ¿Hablas sola? —Me giro, es Noelia—. Siempre has sido un bicho raro, ¿lo sabías?

—Sí, ¿y para qué cambiar? ¿Vas a dar una vuelta?

—No, venía a sentarme, pero no te hagas muchas ilusiones, no me quedará mucho rato, no quiero que me vean contigo. Ya sabes, la reputación...

Las dos nos reímos.

—¿Quieres hablar de algo?

Contarlo otra vez me da pereza, pero no quiero decepcionarla tras el detalle de venir a hacerme compañía. Me doy cuenta de que la camiseta blanca que lleva es nueva, me gusta. El sol le da en la cara y le hace fruncir el ceño; pocas veces nos parecemos físicamente, esa es la que más, cuando entrecerramos los ojos hasta parecer chinas.

—Te haré un resumen. Marta leyó mi diario, donde hablo de ella, a veces bien y otras mal, nadie es perfecto... Y se quedó con lo malo, así que me echó de allí.

—No tendría que haberlo leído, es personal.

—Eso dice mamá, pero yo tampoco debí escribir nada sobre nadie.

—Es un diario, es para eso, a saber lo que dirás de mí. Creo que por eso no lo he leído nunca, para no tener que matarte después. ¡Eh! ¿De qué te ríes?

—De nada. Que sepas que hace ya mucho que no digo cosas malas, ahora son todas bonitas para ti.

—¿Qué vas a hacer el resto del mes? Son más de veinte días.

—Morirme de aburrimiento, no queda otra.

—Podemos ir a la playa en autocar. —Ni siquiera lo había pensado. —También podemos salir a pasear al centro algunas tardes, tomar un helado, comer una hamburguesa o ir al cine.

—Claro, me encantaría. —Mucho más que eso, sería fabuloso. —Gracias, ¿dónde estabas antes? Podíamos haber sido buenas amigas...

—Siempre me quitabas mis muñecas y mamá me obligaba a prestártelas, pero tú las ensuciabas y me las devolvías rotas o despeinadas.

—No lo haría con mala intención. Ahora ya no te las quito.

—Ja, ja, ja, es verdad.

En ese momento recuerdo lo que ella sentía o sigue sintiendo por Miki, y que no sabe aún lo sucedido entre nosotros. Esto va a ser peor que quitarle una muñeca un rato y devolvérsela despeinada.

—Noe, tengo que contarte algo y no sé cómo hacerlo.

—Ya me estás asustando.

—Es sobre Miki. Él estaba en la urbanización de Marta, es de la misma pandilla, o casi.

—Ya me dijo mamá que te gustaba —vaya con mi madre y lo de guardar secretos...—, así que te habrá dicho que también yo...

—Sí.

—Seguro que ese idiota te ha estado atormentando. ¿Verdad? Habrás ido para divertirte y olvidarlo, pero te habrás pillado más. Ese chico juega con las niñas, como si su cara, su pelo, su mirada y su voz fueran algún tipo de magia que se alimenta de las lágrimas de las que lloran por él.

—¿Tú sigues aún pillada por él?

—No lo sé, te lo diré si me lo encuentro.

—Está saliendo con una chica.

—No me extraña, aunque la gente dice que llevaba tiempo sin novia porque estaba colado por una niña. La gente dice cada tontería... Ni te imaginarías qué niña me dijeron.

—¿Quién?

—Nada, déjalo, es una tontería.

Me siento fatal en este momento, ella ni se ha atrevido a decirme que esa chica soy yo misma. El dolor que llevará sintiendo con eso dentro... Tampoco puedo pedir sinceridad o que me cuente

sus secretos, ya que yo le estoy ocultando el más grande de los míos.

—Vamos a dar un paseo —añade Noelia—, aquí no hay nadie y es muy aburrido.

—¿Vamos a la plaza de Fuentepiña?

—No, mejor caminamos hasta el estadio, allí seguro que hay mucha gente.

—Vale.

—Jo, debió de ser la leche lo del diario. ¿La pillaste con las manos en la masa? ¿Qué te dijeron los padres? Espero que no escribieras nada malo sobre ellos. De ti me espero cualquier cosa. ¿Qué has escrito bonito sobre mí?

—Las preguntas de una en una, de una en una...



«Cobarde, ruin, mala hermana, mala amiga. No he tenido el valor de decirle a Noelia que la chica con la que está Miki soy yo. Ojalá se enterase al leer esta página del diario. Prefiero que lo sepa por mí, pero no soy capaz de decírselo mirándola a la cara. Y no es cobardía por pelearme con ella, sino por no afrontar mis decisiones y acciones, por no ser sincera con quien es importante para mí. Y también por no hacerle daño, sobre todo por eso. ¿Cómo voy a estar a su lado todo el verano, recibiendo su amistad, compañía, incluso secretos, sin confesarle el mío? No sería justo.

Miki podría aparecer una tarde para buscarme, ¿qué pasa si ella aparece y nos ve besándonos? Me tiemblan las manos solo con pensarlo.

¿Qué estará pensando él en este momento? Espero que no se olvide de mí, menos aún que me sustituya por otra chica. ¿Vendrá a verme durante este mes? Bajaré todas las tardes a esperarlo, incluso por las mañanas. Supongo que, si viene, esperará en el bajo muro frente a mi casa o en la plaza. Me buscará.

Espero que no lo haga mientras estoy en la playa o de paseo con Noelia. ¿Cómo podría comunicarme con él? Solo tengo el teléfono de la casa de Marta en la playa, pero ella nunca me dará el número de él. ¡Maldita sea, debí apuntarlo en algún trozo de papel! Claro que... ¿quién iba a pensar que todo esto sucedería?

Menudo verano mágico...».

Huelo los dientes de león, los beso con cuidado y cierro el diario. No sé qué pasará en los próximos días, ni en el resto de mi vida, pero tengo que aprender de todo esto.

Entre las manos tengo el cuarto cuaderno, el primero lo comencé con nueve años, ¿o eran diez? Decido que no haya un quinto; le quedan unas diez páginas, así que este mismo mes podría finalizar esta absurda e infantil costumbre.

Sí, está decidido.

# Capítulo 11

## Flamencos rosas

El horizonte es azul, pero sin mar; se oye algo de tráfico y la cisterna de un vecino; no tengo terraza en la que desayunar, pero me asomo a la ventana de la cocina y observo el bloque de enfrente. Aún no se ha levantado nadie más de mi familia y ahora prepararé el desayuno para todos, luego, a eso de las diez y media, voy a llamar a Fran, por si da la casualidad de que estuviese aquí y no en la playa. Me encantaría verlo, pasear con él y contarle las últimas noticias, aunque sé que una de ellas le dolerá especialmente.

Cierro la agenda de teléfonos y me doy por vencida tras cuatro llamadas. No me queda otra cosa que hacer salvo bajar a la calle por si da la casualidad de que Miki apareciese. Ese es mi fantástico plan para el día de hoy. Y tengo que hacerlo sola por lo que ocurriría en caso de tener suerte yendo con mi hermana. Por lo pronto, no será difícil bajar sola porque Noelia tiene que estudiar la mayoría de mañanas para los exámenes de septiembre.

Eso me recuerda que dentro de un mes estaremos de vuelta en el instituto, ¿cuánto se parecerá mi vida a la que dejé atrás en junio? Me imagino a Fran y Marta sin dirigirme la palabra, a Patricia con los Imposibles, viendo el mundo desde el trono de falso oro que el resto admira y desea. A Miki saliendo con ella u otra chica guapa. Y yo estaré con Inma, las dos a solas y de clases a casa para estudiar, y de casa a clases de nuevo.

No, eso no puede ocurrir. No puedo permitir que nos distancieemos, nos necesitamos unos a otros. No sé qué hacer, pero debo trabajar desde ya para impedir la tragedia.

¡La libreta de direcciones y teléfonos!

Aún la tenía entre las manos, abro la página de la I y encuentro la anotación que hice dos semanas atrás.

—¿Inma?

—Sí, ¿quién es? ¿Qué hora es?

—Casi las once, soy Laura.

—¿Qué Laura?

—¡Jo!

—Que sí, tonta, que te estaba tomando el pelo. Te lo mereces por lo poco que te has acordado de Patri y de mí, ¡cómo se nota que te lo estás pasando de miedo!

—Esa es la palabra, miedo —susurro.

—¿Qué dices?

—Que me gustaría ir a veros.

—Pues te esperamos ¿a qué hora llegas?

—¿Hoy? No había pensado en... Espera que pregunte. ¡Mama! ¡Mamá!

—¿Qué pasa?

—¿Puedo ir a Punta Umbría para ver a Inma y Patri?

—¿Tú sola?

—¡Jo, ni que fuera andando. Voy en autocar y ellas me van a buscar a la parada!

—¡Bueno, pero llévate algo de dinero para comer y regresa en un autocar que salga antes de

las ocho, ¿estamos?!

—¡Vale, gracias!

—Oye, Inma.

—Qué sí, lo he oído todo, menudos gritos.

—Pues llegaré en hora y media, como mucho.

¡Por fin una buena noticia! Ahora tengo que elegir el bikini y preparar la bolsa con la toalla, la crema, agua, mi cartera. Aún me queda dinero para que mi madre no tenga que pagarme el viaje y el almuerzo.

Le pregunto a Noelia si quiere venir, pero por dentro estoy rezando todo el rato para que diga que no.

—No, otro día, o mejor por la tarde.

¡Bien! Ya que el motivo de visitar a mis amigas no es el de pasar un día divertido de playa, nada más lejos, sino mantener una conversación en la que Miki aparecerá constantemente, así que mejor esperar hasta que yo encuentre el valor de confesárselo.

No es hasta llevar unos minutos sentada en el autocar directo al pueblo que caigo en la cuenta. ¿Qué pasa si Marta ha leído comentarios sobre Patri e Inma y las ha llamado para decírselo? ¿Qué pasa si me encuentro a las dos enfadadas e insultándome? Sería otro día de pesadilla y con la seguridad de estar sola el próximo curso. Tengo miedo, muchísimo miedo a perder a las únicas personas que me quedan. Hace un minuto parecía ir demasiado despacio el autocar que me acercaba a mis amigas, deseaba que volase; ahora no me importaría que se tomase su tiempo. La incertidumbre acabará conmigo.

En el bolso de la playa, envuelto en la toalla, llevo conmigo algo muy especial, algo que no sé si me atreveré a sacar ante ellas. Me dan escalofríos solo al imaginarme la escena.

El autocar llega, me bajo y no hay nadie en la parada, no han venido a esperarme. Miro el reloj, tampoco he llegado mucho antes de lo previsto, son las doce y veintidós. Hace mucho calor y debería buscar el cobijo de un edificio a la sombra.

—¡Te lo dije! ¡Te dije que llegaríamos tarde! —Aparecen gritando y corriendo, ni sonríen ni parecen enfadadas, solo exhaustas por la carrera. Yo no sé si abalanzarme y abrazarlas o esperar a tenerlas más cerca.

—Perdona, chica, pero Patri tenía que terminar de maquillarse y peinarse, como siempre.

—No pasa nada. —Sonríó—. ¡Qué morenas estáis!

—¡Tú también! ¿Ese vestido es nuevo? —pregunta Patricia.

—Pero danos un beso ¿no? ¿Qué te pasa?

Me abrazan y besan, aún no saben nada.

—Vamos a la playa.

—No, esperad, quiero contaros algo.

—Pues nos lo cuentas allí.

—Es que es algo muy personal, prefiero un banco en el parque o una cafetería donde no haya mucha gente. No sé cómo vais a reaccionar, a lo mejor os enfadáis y tengo que volverme en veinte minutos de regreso a casa.

—¿Es por el diario? ¡Anda ya! Vamos a la playa y nos lo cuentas paseando por la orilla.

—¿Sabíais...?

—Pues claro, nos llamó Marta ayer, menudo melodrama, incluso se enfadó con nosotras cuando le dijimos que no nos importaba. Parece que para ella se había acabado el mundo.

—Pero...

—Siempre ha sido una teatrera. —Inma parecía disfrutar de la conversación, una oportunidad



de meterse con Marta no era para desaprovecharla.

—Pero quería que supierais que también he escrito sobre vosotras.

—Sí, nos lo contó con pelos y señales. La verdad es que me hubiera enfadado contigo, canija, si no hablastes de mí en tu diario. ¿Verdad, Patri? —Nuestra amiga asiente.

—¿No estáis enfadadas?

—En serio, te lo juramos, nos da igual. Es normal que uno a veces esté enfadado cuando escribe un diario. —Inma me está sorprendiendo más que nunca—. Si supierais lo que pienso de vosotras la mitad de las veces, sobre todo de Marta, no me hablaríais desde hace años.

—¿En serio? —Patri se sorprende en ese momento—. ¿Piensas mal de mí? Yo nunca he pensado mal de ninguna de vosotras.

—Pero tú no cuentas.

—¿Qué significa eso?

—Anda, calla y vamos a llevar a Laura a la playa.

—Jo, venía temblando por el camino, pensando que me insultaríais y nunca más volveríais a hablarme...

—Bueno, lo cierto es que sí que estamos enfadadas contigo, pero ocurrió hace cuatro días y ya se nos ha pasado. —Inma se encoge de hombros.

—¿Conmigo? ¿Hace cuatro días?

—¡Miki, estás saliendo con Miki y no has dicho nada! —Patri está boquiabierta, me ha tomado del brazo y me deja sorda tras gritarme en el oído.

—No tenía vuestro teléfono allí en El Portil, ya sabéis que me hubiera encantado decíroslo en el momento.

—Bueno, no pasa nada, te perdonamos si nos cuentas todos los detalles, sobre todo los guarros.

—¿Qué bien os llevaríais con Elena!

—¿Esa quién es?

—Una niña, en realidad es una amiga que conocí en la urbanización de Marta.

—Seguro que es más divertida que la *tapona*. Creo que vamos a echarla del grupo ¿qué os parece? Venga, vamos a votar.

—No, Inma, no te pases, tiene derecho a estar molesta. Y ya hemos perdido a Fran, ojalá que solo por un tiempo.

—Tía, te ha echado a patadas de su casa, la muy guarra. Seguro que estaba siendo el mejor verano de su vida, seguro que el primero en el que alguien hablaba con ella, y te lo ha pagado así.

Parece que Inma haya estado allí, menuda intuición.

La playa está a solo dos calles, me da tiempo a ver edificios muy altos, diferentes a las urbanizaciones con piscina de El Portil, pero el ambiente, los sonidos y olores son idénticos.

Colocamos las toallas en un hueco cerca de la orilla. Ya hay mucha gente y ruido, la marea creciente trae algas muertas de color verde y marrón oscuro, y yo no quiero que sigamos conversando hasta dar un paso que necesito.

—¿Qué calor, vamos a bañarnos!

—Esperad, necesito que hagáis algo, sentaos aquí conmigo.

—¿No puede esperar?

—No, es muy importante. Y no podéis decir que no, os lo pido por favor.



A veces ríen, otras fruncen el ceño, la mayor parte del tiempo están sumidas en la lectura o Inma se enfada porque tiene que esperar a Patri para pasar la página. Casi una hora tardan en leer todo lo ocurrido desde el primer día de clases; remontarse más atrás es absurdo. Yo me muero de calor y de los nervios, pero ellas parecen no notar ninguna de esas dos sensaciones.

—¡Has dicho que soy la más bonita! ¡Gracias, te quiero! Y lo del concurso de *miss*... ¿de verdad me dijiste que había ganado para alegrarme?

—Tía, yo no soy tan gruñona.

Rompemos a reír las tres.

—Es verdad que hablas más de Marta que de ninguna otra, además de Miki. Debiste contarnos lo que sentías por él y las veces que te lo has encontrado y habéis hablado, eso es lo único que me duele como amiga.

—Lo siento, es que me moría de vergüenza con solo pensarlo.

—Y luego las partes inventadas, como lo de parar el tiempo, salvar gente, cambiar las notas.

—Sí, je, je. Es que a veces no sé qué escribir.

—Pues a mí no me parece tan fantasioso, yo me lo creo. —Miro a Inma, estoy asustada, ella me observa muy seria, ni me siento el corazón latiendo—. Que el retaco aprobase todas al final no es ni medio normal.

Patri rompe a reír y yo aprovecho para hacer lo mismo, Inma nos mira con asombro.

—Lo digo en serio.

—Es que Fran la ayudó mucho. —Es casi un susurro, no me sale más voz.

—Sí, claro...

—Laura —me dice Patri—, deberías empezar una novela, menuda imaginación. —Inma aún está meditando.

—Lo de que yo quedé segunda en el concurso ¿es inventado o cierto?

—Por supuesto que inventado, quedaste la primera. Pero me hacía ilusión creer que Miki me decía que había sido yo.

—¡No digas eso! Tú eres guapísima, y tienes algo que vale más que un título absurdo.

—¿Inteligencia? —pregunto.

—¿Eh? No, boba, ¡Estás con el chico más guapo! A ver, vamos a olvidarnos del diario, que yo quiero saber lo que ha pasado entre vosotros estos días. Dime que ha sido un romance maravilloso como los de las películas.

Inma mira a Patricia con cara de asco, detesta cuando se pone tan ñoña por los chicos.

—No hay mucho que contar, pero vamos al agua o nos derretiremos aquí.

Un vez pasado el mal trago de que leyeran el diario, y otro más al cruzar por las densas y asquerosas algas que se pegan a las piernas en la orilla, nos damos un baño y les cuento todo lo ocurrido; no solo con Miki, también con el recibimiento de la pandilla; los dos primeros días difíciles; Elena y su simpatía, sinceridad y preguntas alucinantes; la pelea de Miki; el accidente de la moto; los paseos por la playa; la nueva pandilla alrededor de nosotras; las salidas de tiendas o a tomar helados; las tardes viendo atardeceres y luego bañándonos los dos solos en la piscina, ya a oscuras...

—¡Madre mía, pero si te diviertes más en cinco días que nosotras en todo el mes!

—Ha sido increíble, lo reconozco. Una pena que se haya terminado.

—¿Quién dice que se haya terminado? Queda mucho verano, seguro que Miki va a buscarte o consigue tu número para que podáis quedar. Además, por lo que nos has contado, yo solo lo siento por esa niña, Elena. Porque Marta y ella tienen que estar muertas de aburrimiento ahora. Pero Marta se lo merece.

—No digas eso, me gustaría hablar con ella para hacer las paces.

—Pues vas lista, creo que este enfado le durará mucho más que los anteriores. La tía no paraba de decir por teléfono que tú solo habías sido su amiga para poder ir de veraneo gratis y estar con Miki.

—Tengo que confesar que al principio, cuando comenzó el curso, esa era la intención; pero luego fui tomándole cariño y ella fue mi motivo principal para ir.

—Chica, no comprendo qué tiene de especial el tapón.

Salimos del agua y vamos a las duchas, menudo espectáculo formamos al chillar, tirándonos los trozos de algas pegadas a las piernas unas a otras, mientras desaparece la sal tan incómoda. No podemos ir a ningún sitio sin dar la nota. Regresamos a las toallas y compro unos helados a un vendedor ambulante, allí sentadas les pido que me cuenten lo que han hecho esos días. Patri se centra en exclusividad en enumerar cuántos chicos guapos han tratado de ligar con ella, Inma reacciona ante cada uno riendo y narrando cómo los ha espantado. Cuando nos describe la forma en que dio una patada en la espinilla a uno de ellos, más pesado de la cuenta, reímos tan fuerte que todos a nuestro alrededor nos miraron asombrados.

Por supuesto, no habíamos recogido las toallas para ir a almorzar algo a casa de Inma, que se empeñó en invitarnos, y ya le habían pedido a Patri el teléfono dos chicos, las dos veces se lo inventó, eran demasiado feos.

—Invéntate uno más real la próxima vez —le susurro.

—¿Por qué lo dices?

—Porque los números de teléfono que empiezan con cinco-cinco-cinco solo existen en las películas, aquí comienzan por veintidós.



Unos días más adelante alguien me llamará por teléfono, no te digo quién porque es una sorpresa, y me contará al detalle lo que han estado siendo las tardes en El Portil tras mi marcha.

Una tarde tal cual fue esta:

Hace calor y Marta no para de dar vueltas, ha empapado de sudor la sábana y la almohada y le da asco. Se levanta por fin, las cuatro y diez de la tarde marca el despertador y no ha podido dormir nada. La cama vacía frente a ella le trae recuerdos recientes, un día atrás fueron de ira, por la noche comenzó a sentir que algo de añoranza afloraba, esta mañana ha sido soledad, silencio, aburrimiento, vacío. Ahora siente arrepentimiento. Es un proceso habitual en ella, lo sufre siempre que se enfada, aunque todo sucede tan rápido que casi no se para a analizarlo. Esta vez es muy diferente.

¿Dónde estará Laura? ¿Cómo se sentirá después de haberla echado de esa forma? ¿Debería llamarla? Quizás un poco más adelante, ella también podría estar enfadada por haber leído su diario sin permiso, como dijeron Inma y Patri.

¡Mierda! ¿Y qué hago? La tarde de ayer fue muy aburrida, nadie habló conmigo, ni siquiera

Elena, que está enfadada por haber echado a la que dice que es su mejor amiga. ¡Jo! Pero es que no es justo, no es justo que Laura llegase y todo el mundo estuviera a su alrededor, que la siguieran como a una líder. Ella ha estado una semana y yo llevo viniendo años, ¿qué tiene de especial? ¿Qué tiene que no tenga yo?

Marta baja a la piscina y la encuentra desierta, parece un reflejo de su situación, tanto a nivel mental como físico. Sola. Y así parece que vaya a continuar todo el mes. Hasta la niña se alejará de ella.

Miki tenía un semblante muy extraño cuando le contó lo sucedido ayer.

Tras escuchar todo lo que la cruel y despiadada Laura le había hecho, en lugar de darle la razón a ella, parecían tristes por la noticia. ¿Quién iba a imaginarlo? Algunos se miraban entre sí y se encogían de hombros, otros la miraban muy serios, Elena estaba furiosa, y Miki... Eso fue lo peor, él la tomó del brazo y se la llevó casi a rastras a donde no hubiera oídos de más.

—¿Dices que la has echado después de haber leído su diario?

—¿No me has oído? Hablaba mal de mí, de mí, de su mejor amiga, y me ha utilizado para venir aquí y estar contigo.

—¿Eres imbécil?

—¿Cómo dices?

—Es verdad, no tenía que preguntarlo, porque es algo obvio. ¡Eres imbécil!

Ella se queda en *shock*.

—Es tu mejor amiga de toda tu vida, la única que te ha aceptado realmente tal como eres. Ha estado siempre que la has necesitado, te ha ayudado a estudiar y ha convencido a ese amigo vuestro para que también te ayude. Sin ella habrías suspendido todas. Laura solo tiene buenos pensamientos para ti.

—Había escrito que soy bajita y no muy guapa, que aspiro a chicos que están lejos de mis posibilidades.

—¡¡Le pediste salir a David!! ¡¡A David!! ¿Y qué pasa, que mides metro ochenta y no me había fijado?

—Pero...

—Laura hablaba sobre algo obvio, y seguro que esas palabras no estaban escritas con mala intención, solo eran pensamientos, sensaciones en el momento. «Mi mejor amiga se ha lanzado a por un chico que la ha rechazado, uno por encima de sus posibilidades, uno que sale con chicas de un físico diferente», eso pensaría ella entonces y eso piensa todo el mundo hoy.

—Pero... Decía que se llevaría bien conmigo para venir a estar contigo en la playa.

—¿Y qué? Eso no quiere decir que no quisiera estar también contigo, ¿no te parece? Que yo quiera patatas fritas no significa que vaya a despreciar la hamburguesa de al lado. Ella te quiere, eres la hermana que siempre ha querido; y cuando ha estado conmigo estos días, siempre me pedía regresar antes e insistía mucho porque no quería que estuvieras sola esperándola. ¿Quién haría eso por ti? Señala en ese grupo de ahí a alguien, o dime su nombre en el barrio o el instituto. Si tanto quería estar conmigo, ¿por qué luego estaba pendiente de ti en lugar de quedarse a mi lado?

—Soy una idiota, ¿verdad?

—No, solo eres una egoísta de mierda. Apuesto a que incluso estás celosa porque los de la pandilla han congeniado con ella.

No responde. No había nada más que decir.

Pasó toda la tarde en silencio, en un extremo del grupo, soportando miradas de enfado de Elena. Miki se había marchado a casa. El resto la ninguneó como de costumbre. Lo merecía por primera vez en su vida.

O no... Tal vez siempre lo mereció, quizás nunca hablaron con ella o la aceptaron porque es egoísta y no se molesta en hacer méritos para gustar. Laura tampoco trata de gustar, pero lo hace. ¿Cuál es su secreto? Miki se lo había dicho hace un rato: su corazón tan grande.

Y ella se lo había roto.

Chapotea con los pies al recordar el momento, entonces llega otro más duro, el recuerdo de cuando le gritó y la echó de casa. No había pensado en ello, pero el rostro de la que había sido su única amiga estaba desencajado, no por la ira de verla con su diario, ni con la decepción de tener que marcharse, sino por el terror y el dolor de haberle hecho daño con sus palabras. Laura estaba destrozada por el daño que había hecho a alguien que quería.

—Y yo he sido tan estúpida que ni lo he notado.

Siente que se acerca alguien, es Elena, va preciosa, como siempre. Se sienta a su lado y comienza a chapotear también en el agua de la piscina.

—La echas mucho de menos, ¿verdad? —pregunta Marta.

—Sí, mucho.

—Yo también.

—¿Le vas a pedir que vuelva?

—No lo hará, por mucho que se lo ruegue, ya no volverá nunca más.

Elena rompe a llorar.

—Lo siento.

Se abrazan.

—Menuda mierda de verano nos espera.

—¿Por qué? No digas eso, aún estamos nosotras, y Miki, y los demás, y nos divertiremos todos los días. ¿Nos vamos esta tarde a la playa y luego a por un helado?

—Bueno.

Marta abraza con más fuerza a la niña y vuelven a chapotear, aún queda más de una hora para que los vecinos comiencen a bajar.



Sigue apretando el calor con saña cuando mis amigas me acompañan a la parada de autocares, son las siete y media y nos duele el estómago de tanto reír. Solo hay cuatro personas esperando y una de ellas lleva en brazos un perrito aún mojado y con la lengua más larga que su propio cuerpo, parece haberse divertido de lo lindo.

—Promete que volverás todos los días.

—No creo que pueda venir tanto, pero lo intentaré, os lo prometo.

—Al menos, llama todos los días y nos cuentas si sabes algo de Miki o Marta.

—Mañana, sin falta.

La despedida es dulce, a pesar de que daría lo que fuese por quedarme allí con ellas. El trayecto de vuelta lo hago escribiendo en el diario, no puedo esperar a la noche para dedicar a mis amigas, incluidas Marta y Elena, lo que siento por ellas y las echo de menos en su ausencia. También dejo unas líneas para Fran.

Levanto la mirada, estamos llegando al puente que trae de vuelta a quienes regresan desde la playa de El Cruce y El Portil. Miro al otro lado, al fondo aprecio una panorámica de la ciudad, también reflejada en el primer plano de la marisma, ahora repleta de flamencos rosas y otras aves

algo menos espectaculares. El mundo va tomando ese color anaranjado que recuerdo de los paseos por la playa, sin prisas, solo deseando en mi interior que nunca se acabase aquella felicidad, y que la mano de Miki jamás soltase la mía. Pies que se hundan en la arena húmeda, graznidos de gaviotas, susurros de las olas. Deseos de parar un cruel tiempo que no concede deseos.

Y Miki soltó la mano, y ya no he vuelto a sentirla...

Los coches del carril contrario, ya previsores con sus faros encendidos y quedando atrás para siempre en mi recuerdo, circulan a la misma velocidad que siento al navegar hacia delante por las experiencias más importantes hasta este instante de mi vida: la amistad y el amor verdadero.

Desde entonces, siempre que he visto un flamenco rosa no he podido evitar el suspiro al evocar, con cierta niebla provocada por el paso del tiempo y la nostalgia en forma de lágrimas, el verano en que sentí hacerme mayor.

# Capítulo 12

## El día de los abrazos

Mañana de resaca mental.

Tantos días comiéndome el coco con el verano, Miki, los días pasados en la playa, Marta, mi hermana..., al final han conseguido que tenga un dolor de cabeza terrible al despertar, y continúa mientras preparo el desayuno. Levantarme temprano se está convirtiendo en una costumbre que me gusta, así no me costará tanto cuando tenga que regresar a las clases.

Son las nueve y media, estoy en la cocina, y he puesto la radio pequeña de mi padre en lugar de la tele; ahora suena una canción de Cómplices cuyo título no he oído anunciar al presentador. Tampoco tengo un volumen muy alto que digamos, no quiero despertar a mi familia antes de tiempo ni que mi dolor de cabeza aumente.

Hoy toca pensar en el día que queda por delante. Y así será cada mañana durante el resto del mes. ¿Qué hago? No puedo ir todos los días a Punta Umbría, como no pude aceptar sus ofertas de quedarme en sus casas. Además de darme miedo repetir experiencia, considero que mi momento en la playa ha terminado por este verano, y tampoco quiero ser un engorro para los padres de ninguna de ellas, que tendrían que alojarme en el sofá del salón. Eso o dormir con una de mis amigas en su cama pequeña. Inma se mostró muy interesada en esa última idea, pero yo tengo más afinidad con Patri y no quiero provocar más discusiones o malestar entre mis amigas eligiendo a una de ellas.

Quizás pueda dar un paseo por el barrio dentro de un rato con el *walkman* y a la tarde ir con Noelia a las tiendas del centro.

Mi hermana acepta a la primera cuando se lo propongo.

Estoy ayudando a mi madre a limpiar la cocina cuando suena el teléfono.

—¡Laura, es para ti! —grita mi hermana desde el salón—. ¡Tu amiga!

¿He olvidado llamar a Patri e Inma? Espera, si solo son las diez y media. No quedamos en llamarnos hasta las doce. Seguro que han planificado alguna tontería, como la de venir aquí, y me están llamando desde una cabina pública.

—¿Sí?

—Hola.

—Hola —respondo sin pensar, no esperaba esa voz.

—No sabía si te iba a pillar despierta a esta hora.

—Yo hubiera apostado a que tú no lo estarías.

—Ya me conoces... Pero llevo dos días sin poder dormir. Me siento fatal.

—Yo también, no debí escribir nada malo sobre ti.

—Es tu diario, puedes escribir lo que quieras. Y más si es verdad. No eran cosas malas. Soy yo la que no debió leerlo, soy la peor amiga del mundo.

—No digas eso.

—Es la verdad, solo hay que ver que te has marchado y mi vida ha pasado del paraíso al infierno en una hora.

—¿Qué te ha pasado? No se habrán metido contigo la hermana de Elena y sus amigas,

¿verdad?

—No, esas están desaparecidas, dicen que han ligado con unos universitarios y están siempre yendo en coche de un lado a otro.

—¿Y Elena?

—Te echa mucho de menos, no imaginas lo que ha llorado al saber que ya no volverías. Bueno, que yo te había echado.

—Dale muchos besos y un abrazo muy fuerte. Dile que la echo de menos también y que la quiero mucho.

—Se lo podrías decir tú.

No sé qué decir. Mataría por más mañanas de chicas, más paseos en la playa, más tiendas con Elena, incluso con sus preguntas locas, más momentos de piscina con Miki en la noche. Nos quedaron los mejores planes por cumplir. Pero todas las alertas suenan en mi interior solo con la idea. No, aquello ya pasó, el verano de un mes se quedó en una semana inolvidable.

Cambio de tema, ya se dará cuenta ella sola de por qué:

—Ayer estuve con Patri e Inma en Punta Umbría.

—¿Lo pasasteis bien?

—No fui para eso, sino para llevarles el diario y que lo leyeran.

—Seguro que no les importó nada de lo que decías de ellas.

—Eso no tiene importancia.

—Sí que la tiene. —Comenzó a llorar, aunque trataba de disimularlo—. Siempre me has tenido por tu mejor amiga, soy de la que más has escrito, y te lo he pagado leyendo algo íntimo, sin permiso y enfadándome luego porque has dicho verdades.

—No las pienso ahora.

—Eso da igual. Que no vayas a venir más me duele mucho, pero lo entiendo. Que no estés enfadada por haber leído tu diario y que tampoco lo estés por cómo te traté me duele muchísimo más.

—Venga, no llores, no pasa nada. Ya lo he olvidado.

—Esas cosas no se olvidan nunca, sé que no volverás a ser mi mejor amiga nunca más porque soy una loca.

—No digas eso, soy yo la que escribe tonterías sobre parar el tiempo, ¿recuerdas?

—No bromees. Es la verdad, Patri y tú seréis de los Imposibles este año. Y quedaremos Inma y yo, peleándonos a tortazos todos los días.

—Te olvidas de Fran.

—Pues vaya, no me recuerdes que ya no me ayudará más a estudiar y que suspenderé todas.

—Ya te ayudaré yo.

—No, no lo harás porque yo seré una idiota que se enfadará contigo por la mínima tontería y tú te marcharás para siempre. —Hace una pausa para sonarse los mocos—. Este verano será una mierda por mi culpa. Tuve la oportunidad de...

—Venga, no llores más, no seas tonta, seguro que con Elena y los demás sales de fiesta, incluso ligarás y llamarás corriendo a las once de la noche, o más tarde incluso, para contarme los detalles.

—¿Quién iba a querer a una egoísta como yo? Una idiota, loca y fea.

—No digas eso.

—Tú tienes loco a Miki porque vales mucho más de lo que yo nunca pude ver en ti. —Y vuelve llorar de nuevo.

—Y tú tendrás a tu propio príncipe también.



—No, yo no valgo tanto como tú. Hasta mis padres están tristes, y no por los desayunos; es como si hubieran perdido una hija. Y eso que solo estuviste aquí unos pocos días. Me han dicho que te mande un beso y que van por ti ahora mismo si tú quieres.

—Dales las gracias y un abrazo, acuérdate, por favor, y diles que los echo de menos y que les agradezco cómo me han tratado.

—No vienes, ¿verdad? No hay forma de convencerte.

—No, lo siento, la playa tuvo su momento y ya terminó.

—Jo, pero eso no es justo, tenía que ser nuestro verano... Nueve meses estuvimos hablando de todo lo que íbamos a hacer. Al final fue incluso mejor de lo que hubiera imaginado, salvo ese día final, por mi culpa.

—Fue precioso, así lo recordaré.

—Pero no se puede terminar, aún me debes un tatuaje de henna en el hombro, teníamos que hacérselo las tres para recordar el mejor momento de nuestras vidas.

—Tal vez el año que viene.

—No, yo quiero verte ahora.

—Ya nos veremos a tu vuelta, no quedan más que unos días. Y llámame cuando quieras para contarme novedades.

—Pues poco te contaré yo... Bueno, Miki no sale desde que te has ido, creo que hoy tiene pensado ir a buscarte, ha estado buscando a un amigo para que le preste una moto.

—¿En serio? ¿Por qué no lo dijiste antes?

—Perdona, lo había olvidado.

—Dale mi teléfono y dame el suyo de la playa.

—Vale, apunta. Y dile que lo siento mucho, que no siga enfadado conmigo.

—Ya se le habrá pasado, pero se lo diré.

Me despido de ella a toda prisa y marco el número de teléfono, espero que no se haya equivocado con algún número. Al otro lado surge la voz ronca de un hombre, pregunto por Miki y me dice que salió temprano. Le doy las gracias, cuelgo y salgo a toda prisa de casa. No espero el ascensor, decido bajar por las escaleras. Abro la puerta del portal y...

—Pecosa, pensaba que te despertarías mucho más tarde.

Ni lo he oído, solo lo observo, está guapísimo: bronceado, con su dentadura perfecta y blanca en una media sonrisa, sus ojos oscuros entornados y una camiseta negra de manga corta que lo hace irresistible con esos Levi's azules desgastados.

¡Espera! ¡¡¡Yo voy en chándal y no me he peinado!!! Jo, Laura, siempre tienes que fastidiarlo todo...

—¿Has venido a verme? —Es lo único que se me ocurre decir.

—Eso o que me aburría tanto como para ir a pedir una moto prestada y darme un paseo por los alrededores del instituto.

—Son tus dominios.

—Algunos dicen que mis dominios son las discotecas. ¿Tú que crees?

—A mí eso me da igual, mientras estés conmigo. —¡Eso lo he dicho yo, yo, y en chándal y despeinada como una loca!

—Pues no parece alegrarte mucho, aún no me has dado un beso.

Anda que iba a tener que repetírmelo. ¿Tú qué crees?



Es igual que en el sueño. No, mejor aún, porque sé que es real. Miki lleva la moto, aunque no sea una grande y cromada, y yo lo abrazo a su espalda. Siento su calor, el aire sobre la cara y el ronroneo del motor entre las piernas. Es un *scooter*, pero sirve para llevarnos al muelle del Tinto en pocos minutos. La moto sube con dificultad y protestando al piso entablado, luego acelera en la larga curva hasta llegar a la última escalera que permite el acceso a la planta superior.

Coloca el candado, toma mi mano y me acompaña arriba, no hay más de media docena de curiosos paseando o tomando alguna foto de la ría de Huelva. El paisaje más bello se muestra al atardecer, con el sol reflejado sobre el agua de la ría y la marisma, yo tuve una bonita vista desde el otro lado la tarde anterior, cuando regresaba en el autocar.

No me importa que no sea tan idílico como al atardecer, incluso un vertedero maloliente sería el paraíso si estamos juntos.

Caminamos hacia el extremo y allí nos apoyamos en la baranda de madera, se observan las altas torres de Punta Umbría difuminadas en la distancia y soñamos en silencio con estar algún día juntos en una playa de nuevo, pero sin padres, sin ser niños, sin normas ni horarios, compartiendo cada segundo. Soñar es gratis.

Se gira y me besa, tomando mi cara entre sus manos con tanto cuidado como si fuese un tesoro de frágil cristal a punto de romperse. Un beso largo e intenso seguido de otro más corto, es su firma, y así otra vez más. Me abraza con fuerza, como si no lo hubiera hecho dos días antes. Como si no lo hubiera hecho nunca.

—Te he echado de menos —me susurra al oído con un aliento de fuego.

—Yo también.

—¿Vas a regresar? —Es más una súplica que una pregunta.

—No creo.

—¿Lo harías si te lo pidiera yo?

—Sí, por eso te ruego que no lo hagas. Y me harás caso si me quieres.

—¿Eso significa que tendré que venir cada día para verte?

—Puedo ir yo a pasar el día, pero nunca como antes, tendría que volver al atardecer.

—¿Y si te digo que mis padres te dejarían quedarte en casa?

—No les has hablado de mí, no me mientas.

—¿Tú qué sabes?

—Se te nota, pones cara de sinvergüenza. No me gusta que lo hagas conmigo, no soy una de esas monadas con una sola neurona que conoces.

—Por eso eres la mejor y la única que quiero. Es en serio, le pregunté a mis padres por la posibilidad de que vinieras y han aceptado.

—No molestaré a nadie más, no insistas, por favor. Y mi padre tendría contigo una charla desagradable si le dijera que dormiré en tu casa, aunque sea en otra habitación.

—Está bien, entonces robaré una moto cada día si mi amigo no me la presta más.

Miro hacia un grupo de piraguas que cruza frente a nosotros, parece haber un profesor o guía dando indicaciones al resto. Pienso que sería muy divertido hacerlo con mis amigas, ya preguntaré...

—¿Te puedo pedir un favor?

—El que quieras —me responde.

—No te enfades con Marta, quiero que no la dejes de lado, pasará un verano difícil.

—Eso se lo ha buscado ella, quizás le sirva para aprender y cambiar. Desde que la conozco ha sido siempre muy egoísta, incluso envidiosa de todas las chicas que conocía.

—Pero es mi amiga, la quiero y te lo pido por favor.

—Lo haré, claro que sí. Te lo prometo.

Vuelvo a abrazarlo y me quedo con la cabeza apoyada en su pecho, un largo rato oyendo el ritmo de su corazón, aspirando el aroma de su colonia. Eso me hace sonreír. Me viene el recuerdo de Elena la última vez que fuimos a la heladería.

—¿Y ese olor? —le pregunto—. Es familiar.

—Pues claro, me dijiste que siempre usas *Musk* de Woman y le pedí a mi madre que me lo comprase. Antes usaba Farala, como mi hermana, pero ahora soy una chica guay al completo.

—Ja, ja, ja. Lo que eres es una copiota. Cada una debe llevar una colonia o perfume personal.

—Pero yo quiero ser como tú, tú eres la más guay del mundo.

La abrazo con fuerza y protesta.

—¡Me vas a arrugar el vestido!

—Perdona, es que me he emocionado.

—¿Por qué?

—Porque es la primera vez que he deseado tener una hermana pequeña, y que fueras tú.

Llora y rompe de una vez esa barrera creada por ella misma para aparentar ser una chica mayor. La niña que realmente es no logra contenerse por más tiempo y, de repente, es ella la que me abraza con fuerza, sin importar arrugar su vestido.

Marta nos observa, pensado que estamos locas o algo así.

—¿Quieres ir mañana al cine? —me pregunta Miki, trayéndome de vuelta de mi recuerdo.

—Claro, lo que tú quieras.

—¿Has mirado la cartelera?

—No, eso decídelo tú, pero que no sea una de Rambo.

—Ja, ja, ja, descuida, buscaré algo que te pueda gustar.

—A lo mejor siguen echando una de un guardaespaldas, puede estar bien. Mi madre dice que es bonita.

Se sienta en el extremo de uno de los bancos de madera y yo me tumbo a lo largo, apoyando la cabeza sobre su regazo. Acaricia mi pelo con una mano y el filo de piel que queda expuesto en mi cintura con la otra. Las yemas de sus dedos pronto harán que me quede dormida. En ningún momento sus manos pasan a otra parte de mí, a una prohibida, a una que deba esperar.

—Nunca has intentado propasarte —susurro tras armarme de valor—. ¿Es porque no te gusta?

—Es la segunda vez que me lo preguntas. En realidad es porque aún no me has dado permiso. Recuerda que soy un niño bueno, no un golfo.

—Eso no te lo crees ni tú.

—¡Vaya fama! ¿No te lo estoy demostrando? Por cierto, ¿lo preguntas porque quieres que...?

—Ni lo sueñes, esas manos quietas.



Así permanecemos hasta una hora que no sabemos precisar, los relojes no tienen cabida en ese momento, ¡qué importa el tiempo! Pero llega el hambre apretando con fuerza y recuerdo que, mientras Miki esperaba abajo, yo subí a cambiarme, peinarme y coger dinero para el pan, prometiendo a mi madre que regresaría antes de las dos y media. Solo tardé cinco minutos, Miki se quedó alucinado al verme maquillada y perfectamente peinada, lo que no sabe es que fueron casi dos horas dentro del baño con el tiempo detenido.

¡Mamá me va a matar! Estará muy preocupada. Miki siente mi reacción y deja de acariciarme.

—¿Qué pasa?

—Vamos a mi casa, rápido. —Ahora sí miro mi reloj, marca las tres y cuarto.

Llegamos en menos de quince minutos al bordear la ciudad por la avenida de Tráfico Pesado y entrar en el barrio por la puerta trasera del colegio. Llamo al telefonillo, Miki espera unos metros más allá, distraído con unos niños que corren por la calle.

—¿Sí, quién es?

—¿Mamá?

—¿Laura? ¿Qué horas son estas de llegar? Tu hermana tuvo que ir a por el pan. ¿Dónde has estado?

—Bueno... verás... —No se me ha ocurrido ninguna excusa durante el trayecto en moto—. Un amigo... bueno, Miki ha venido a verme y voy a comer con él aquí arriba, en la hamburguesería del Lolo.

Miki me mira con algo de asombro.

—¿Miki? ¿Y por qué no coméis aquí arriba? Ha sobrado mucha comida.

—¡Jo, mamá, qué vergüenza! Calla, que te está escuchando. Ya volveré a la tarde.

—Hija, ayer todo el día fuera y ahora más de lo mismo, estás irreconocible.

—Bueno, luego te veo, gracias, un beso.

—¿Laura? ¿Laura?

—Sí, estoy aquí, no grites.

—No llegues tarde.

—Vale, y tú no digas nada, ni a papá ni a Noelia. Promételo.

—¿Cómo?

—Jo, no me hagas pedírtelo de nuevo.

—Bueno, te lo prometo.

Ooooooh, Dios, lo que ha costado la conversación. Debo de estar roja como un tomate. Miki seguro que lo ha oído todo.

—Así que le has hablado a tu madre de mí...

—No, no lo hagas más difícil. ¡Qué vergüenza!

—No, en serio, cuéntame qué le has dicho. ¿Que soy guapo, interesante, divertido, atento? Venga, di algo.

—Te dije que te quedaras junto a la moto y no me hiciste caso, así que ahora no tienes derecho a preguntar nada. Y como castigo extra, pagas tú las hamburguesas.

—¡Ahí va! Eres igual de mandona que tu madre. Eso no me lo habías contado. Menuda caja de sorpresas.

—Y lo que te queda por saber.

—Pues queda un rato para llegar caminando a la hamburguesería, así que ve haciendo un resumen.

¿Resumen? Mira, guapo, te voy a hacer un listado al detalle: se acabó eso de ser tan golfo,

salir con chusma como David, trabajar en discotecas con tantas hembras en celo y novios celosos, y esa ropa compuesta por pantalones apretados y rotos...

Para el carro, Laura, o lo espantas. Despacio. Despaciíííííito.

—¿Resumen? Pero si a mí me gusta todo de ti, ya lo sabes. Por cierto ¿seguirás trabajando en la discoteca?

Hemos terminado de comer, pero seguimos sentados a la mesa y ahora Miki mira su reloj cada pocos minutos. Por fin dice lo que le preocupa:

—Tengo que devolver la moto antes de las cinco y media, son casi las cinco.

—Claro —respondo—, te acompaño.

—Me hubiera gustado quedarme más...

—Lo sé. Y gracias por venir, ni te imaginas lo que estaba pasando sin saber cómo estabas o lo que pensabas de mí, si querías seguir saliendo conmigo o... Anoche no pude dormir.

—Intenté venir, pero me fue imposible. Perdona.

—Ayer estuve todo el día con Inma y Patricia en Punta Umbría, no habríamos coincidido.

—Vendré mañana e iremos al cine, te lo prometo.

—No pasa nada si al final no puedes.

—Vendría caminando si es necesario.

Me aprieta con fuerza, me besa una última vez y me pellizca el culo.

—¡Ay!

—No habrás pensado que te escaparías hoy sin que te metiera mano, ¿verdad? Aunque fuese en ese culo flaco pero precioso que tienes.

La moto sale a toda velocidad calle abajo y yo, tras lograr cerrar la boca por el asombro, solo puedo romper a reír, a pesar de saber que tendré un moretón en el culo durante dos semanas.



Las fachadas de los edificios ya no parecen necesitar esa capa urgente de pintura, el ruido del tráfico no es tan molesto, además de ancianos se aprecia algún que otro niño jugando. Y el mar no se ve realmente en el horizonte, pero sé que está un poco más allá, a media hora de autocar, y eso lo hace más llevadero.

Y vuelvo a la realidad.

Estos días pasados parecen empeñados en darme una alegría sumada a una decepción o pena inmediata, no hay uno solo que se salve. Esta mañana he estado con Miki y ha sido una maravilla, así que ahora toca pasar el mal trago. Y, por si aún lo dudas, soy yo misma la que decide meter la mano en el fuego.

—Noelia, ¿vamos a dar un paseo?

Está viendo la tele, distraída, se gira ante mi pregunta y responde:

—¿Al estadio? ¿Al centro?

—Algo más cerca, aquí abajo, quiero contarte algo.

Mi hermana está recelosa y tensa, hacía tiempo que no la llamaba de esa forma, siempre es Noe, pero no lo he controlado; yo estoy mucho más nerviosa que ella. Si hubiera salido a la calle o asomado a la ventana, me hubiera visto con Miki y habría sido un palo tremendo para ella, sobre

todo por la traición, por habérselo ocultado, precisamente ahora que estamos tan bien.

Tarde o temprano se enterará, y prefiero que lo sepa por mí.

—¿Qué te pasa? Te veo rara, estás diferente. ¿Ha sido Marta otra vez? —me pregunta cuando estamos en un banco de la plaza. Hasta allí hemos llegado caminando casi en silencio.

—No, Marta no tiene nada que ver. Verás, hoy no he comido en casa...

—Mamá dijo que estabas con un amigo, ¿has comido con Fran?

—No, he comido con... con un chico con el que llevo unos días saliendo.

—¿Tienes novio? ¡No me habías dicho nada! —Parece entusiasmada, luego cambia el semblante cuando ve mis lágrimas—. ¿Qué pasa? ¿Se ha propasado? ¿Te ha hecho daño?

—No es eso.

—¿Entonces?

—Es que no sé si te lo hará a ti.

Mi mirada.

Su mirada.

Nos leemos el pensamiento sin esfuerzo la una a la otra.

Mis lágrimas.

Las suyas.

Un abrazo largo. Muy largo.

Y finalmente una palabra. Un nombre. Mejor dicho... un apodo.

Otro abrazo, más sentido que el anterior, si cabe.

—¿Eres feliz? —me pregunta.

—Mucho.

—Eso es lo único que importa.

—Pero tú...

—Yo me alegro por ti. Eso sí, dile que si te hace daño lo mataré. No es una forma de hablar, lo mataré de verdad.

—Eso espero, tienes que defenderme, eres la mayor.

—Lo sabía.

—¿El qué? ¿Que eras la mayor? Es obvio.

—No, que él te quería; me lo dijo una amiga, hace meses. Nunca quise creerlo. Pensaba que era imposible. Perdóname, te odiaba entonces y empecé a hacerlo mil veces más, aunque no me creía que eso fuese verdad. Y tú no tenías culpa de nada, pero te comiste mi mal humor. Ni siquiera quise ir contigo el día de la presentación para impedirte las novatadas.

—No me voy a morir por haber cantado *Doce cascabeles tiene mi caballo*.

—Todos los que tienen hermanos pequeños los acompañan y protegen, yo soy la peor hermana del mundo.

—No, eres la mejor porque te lo estás tomando mucho mejor de lo que hubiera imaginado. Y porque siento que me quieres mucho.

—¿Qué remedio? Serás una Imposible, la novia del chico diez, tengo que hacerte la pelota para que me saludes...

—Tonta.

—En serio. ¿Sabías que más de doscientas chicas le pedimos salir en mi primer año? Eso solo en el instituto, y casi el doble este año pasado. Pero solo te ha dicho que sí a ti. Y yo no he sabido ver lo que valías a pesar de dormir en la cama de al lado.

—No pasa nada, tenías que desahogarte por todas las muñecas que yo te devolvía sucias o rotas.

—Eso está olvidado.

—Noe.

—Dime.

—¿Estás segura de que la Casa Grande de Pinypon te la compraron a ti?

Y pasamos el resto de la tarde abrazadas y riendo, es el día de los abrazos.

No, no va a ser un verano tan malo después de todo. Solucionado con Marta. A Miki lo veré a diario. Noelia se lo ha tomado mucho mejor de lo esperado. Iré a la playa, al cine, a ver a Elena de vez en cuando...

Quizá la magia no se hallaba en residir en El Portil, en ver la calima sobre la playa cada mañana o pasear por la orilla cada atardecer, sino en atar todos los cabos que, sin darme cuenta, habían quedado sueltos antes de afrontar este verano.

Y esta noche decido que será la primera sin escribir nada en mi diario, a pesar de todo lo que me apetece llorar de felicidad recordando cada minuto vivido.

Sobre todo los abrazos, y lo que ha significado cada uno de ellos.

# Capítulo 13

## El ángel del templete

Ha pasado el mes más largo de mi vida, no solo por sensaciones vividas, también por la cantidad de cosas que he hecho: mi primer novio, mi primer amor; ruptura con Marta y reconciliación; una semana en la playa y luego una decena de visitas más a todas mis amigas; una nueva amiga con la que voy a cartearme: Elena; momentos inolvidables con Miki; dos películas en el cine con mi hermana, además de muchos paseos y conversaciones que me han ayudado a conocerla.

Descansar no he descansado mucho, pero ahora me quedan dos semanas de septiembre para recuperar el ritmo y la vida que tenía antes del verano.

¡Un año! Un año entero ha pasado desde que sentía los nervios por las novatadas y a mí me han parecido cuatro, como mínimo. Mi madre dice que para ella ha pasado volando, creo que voy a llevarla de fiestas y paseos con las chicas.

Hoy es uno de septiembre y esta tarde recuperaremos una costumbre que necesito como el aire para respirar. Me he puesto ropa cómoda, he sacado una bolsa de patatas fritas de la despensa de casa y salgo a toda prisa para reunirme en la plaza con quienes me esperan. La estampa que veo ante mí sería perfecta si estuviese también Fran.

—¡Otra vez estamos aquí, todas juntas! —grita Inma.

—Sería perfecto si estuviese también Fran. —No he sido yo, sino Patri. Observo el cambio en ella, no es la misma del año pasado en absoluto. Más alta, esbelta, guapa, rubia, provocativa, descarada... ¡Ojo, yo ya mido metro sesenta y dos, la cosa va despacio pero a buen ritmo!

—Sí, lo echaremos de menos si no quiere seguir siendo nuestro amigo —dice Marta.

Yo soy la única que calla, todos conocen el dolor que le he provocado y el que me provoca él por su ausencia. No ha respondido a ninguna de mis llamadas este mes pasado, pero supongo que fue por estar de vacaciones, esta tarde volveré a intentarlo. Patri seguro que logró comunicarse con él, pero moriría antes de desvelar un secreto o traicionar a un amigo.

—Tengo sed. —Inma ha cambiado el tono de voz y el semblante, ahora es como el de siempre —. ¿Quién traía la Coca-Cola?

—Yo.

—Y yo traigo las gominolas.

—Chicas, en serio, ya no somos niñas, hay que comprar una cerveza o vino con limón.

Todas a la vez:

—¡Jo, Inma, cállate!

Y risas.

Miro a mis amigas y agradezco tener tanta suerte, no sería quien soy ni habría llegado hasta aquí sin la compañía, ayuda y cariño de todas. De todos, porque Fran sigue aquí, dentro de mí. Inma está más bestia y corpulenta, cosa que todos esperábamos. Marta se ha teñido el cabello aún más claro, aunque dice que es de tomar tanto el sol y lavarse con camomila, sigue bajita pero su sonrisa ahora es más bonita.

No sé cómo me verán ellas, ya que ni me atrevo a preguntarles. Hoy escuché la radio durante



casi todo el día, la mejor canción de todas, con diferencia, fue la de Sinéad O'Connor, *Nothing compares 2 U*. Nada se compara a ti, o a vosotros; nada se compara a mis amigos.

—¿A dónde vamos? No quiero quedarme aquí en el banco toda la tarde, ¿no?

Y me miran las tres a mí, esperando una respuesta.

—No... no sé, dónde vosotras queráis.

—Eres la líder, aquí mandas tú. —Marta lo acaba de decir completamente en serio.

—¿Cómo? Yo no soy nadie.

—Venga, flacucha, que se nos calienta la Coca-Cola, ¿qué quieres que hagamos? —Inma está secundado a Marta por primera vez.

Miro a Patri, me sonrío y asiento con la cabeza.

¿Es una broma, un sueño? ¡Qué más da!

—Pues está claro, vamos a sentarnos al templete.

—¿Cómo? ¿Nosotras? ¿Estás de broma? Hay chicos mayores.

—Nosotras también somos chicas mayores, vamos.

Me levanto decidida y camino sin esperar a que me sigan, treinta metros me separan de tomar posesión de una zona que considero ya mía por derecho. El grupo de cinco chicos que hay allí, en una de las cuatro columnas, me observa cuando llego y me dejo caer en otra. Mis amigas aparecen casi en el acto, entre nervios y miradas de no creérselo.

—¿Qué hacen esas niñas ahí? —cuchichea uno de ellos, otra del grupo se encoge de hombros. Nos miran sin saber qué hacer: echarnos con insultos o pasar de nosotros.

Marta se da cuenta.

—¿Vendrá hoy tu novio, Miki, y sus amigos para estar un rato aquí con nosotros? —Es poco más de un susurro, no ha sido de capaz de decirlo en voz alta. Yo estoy tan sonrojada por la vergüenza ajena como alucinados los del otro grupo, que no se lo creen ni de lejos.

El caso es que nadie llega a molestarnos. Comemos y bebemos como hacíamos en la playa, pero esta vez en el barrio, en casa por fin, y en el templete, nuestro nuevo territorio.

La tarde avanza y en la plaza ya no se cabe cuando recibimos la sorpresa agrídulce...

—¡Ostras, pues es cierto que venía Miki al final!

¿Cómo? A mí no me dijo que vendría a verme. «Tengo algo que hacer», esas fueron sus palabras ayer, luego me deseó que lo pasara muy bien con mis amigas.

—¿Esa es Delia?

Pues claro que sí, y la muy guarra está más bronceada que nunca, más minifaldera y ajustada que nunca, más maquillada que nunca... ¡Y más arrimada a mi novio que nunca!

Caminan recorriendo la plaza, entre risas y arrumacos, algo muy típico de ella, que le gusta rozarse más que un koala, cuando de repente Miki nos ve. Él me sonrío y le dice algo a ella, que cambia el semblante por otro de decepción. Claro que no piensa marcharse sin grabar su huella bien firme en el suelo, marcar su propio territorio y dejar claras sus intenciones.

—¡Será puta! Mira, Laura, ese beso en la cara se lo ha dado casi en la boca.

No hace falta que Inma lo diga, tengo ojos.

Miki sonrío a la vez que se aparta, le da un empujón no muy cariñoso y ella entre carcajadas sigue su camino mientras él se desvía hacia el templete. Antes de desaparecer, la muy zorra se gira y me mira, una sonrisa desafiante, un brillo en la mirada que dice: «enana, tú y yo pronto vamos a bailar».

Le mantengo la mirada y también sonrío: «cuando quieras, guarra».

El próximo curso va a ser movidito...

Miki casi ha llegado a nuestro lado cuando ella desaparece por la esquina del fondo de la

plaza. Yo solo puedo pensar en las pelis de chinos que le gustan a mi padre algunos fines de semana por la noche, con tipos que entrenan sin parar y acaban dando golpes letales con sus manos, pies, codos e incluso dedos.

—¿Y por qué esperar? Vamos a divertirnos.

—¿Tú que dices?

Vale. Paro el tiempo y corro a por Delia, está congelada mientras sube la calle, varios chicos y hombres de la edad de mi padre la miran de arriba abajo.

—Esa falda es un poco corta, guapa, podrías tener un accidente...

Se la subo hasta más arriba del ombligo de un solo tirón. En ese momento pienso en Sonia, la hermana de Elena, y sus odiosas amigas de El Portil. Delia sería una buena amiga de aquellas. Observo durante unos segundos el precioso tanga de encaje negro que lleva y recuerdo las palabras de la niña, cómo algunas eligen ese tipo de lencería para intentar darse una buena fiesta con un chico.

—¿Con mi chico? No, bonita, tú hoy te vas sin fiesta. ¡Espera! Creo que también te vas a ir sin otra cosa...

Justo tras restablecerse el tiempo, se oye un grito de chica en la distancia, tan alto que todos en la plaza miran para ver qué pasa. Un revuelo luego. Yo permanezco tan tranquila, apoyada en la columna y con un tanga negro en el bolsillo del pantalón, tendré que lavarlo a conciencia antes de guardarlo como trofeo de caza, tal vez se lo regale a Elena algún día para que nos riamos con la anécdota. Elena... ¿qué habría sido de su vida con el referente constante de su hermana? Siendo tan guapa, se volvería como Delia, es lo más probable. Ahora, en cambio, está a tiempo de corregir su rumbo, de hacerse valer por sí misma, de elegir conquistar a los chicos con mi método, eso mismo me aseguró la última vez que la vi, justo antes de despedirnos en la playa y prometernos mantener el contacto.

A todo esto... ¿Yo tengo algún método para conquistar?

—¿Y esa sonrisa?

Miki me observa.

—Nada, pensaba en codos y dedos de chinos.

—¡Qué rara eres, pecosa!

—Y lo que te queda por descubrir de mí...

Se acerca y me besa. Mis amigas alucinan, para Inma y Patri es algo nuevo, antes solo lo habían imaginado, puede que no convencidas al cien por cien. Los chicos de la otra columna miran con la boca abierta.

No han debido hacerlo.

—¿Qué miráis vosotros, gilipollas?

—Nada, ya nos íbamos. —Recogen y se marchan en silencio.

—¿Perdona? ¿Pero qué haces? Esos no te han dicho nada.

—Miraban mal.

—Me prometiste que lo de las peleas y la agresividad se iba a terminar.

—No quiero que nadie te mire así, no puedo controlarlo.

Me abraza y lo siento frío por primera vez, tanto que me provoca un temblor en la espalda. Él aprieta con fuerza, pero eso no logra reconfortarme. Casi prefiero que se marche, que me deje a solas con mis amigas.

¿Conozco a Miki realmente o solo estoy hipnotizada como una presa por la serpiente que la abraza con firmeza antes de asestarle el mordisco letal y final? Todas las alertas de mi mente están encendidas para avisarme de que no baje la guardia, que no sea tan estúpida como para pensar que

existen los príncipes Disney. Ni de que yo iba a tener la suerte de cruzarme con uno.

No, solo hay chicos tan guapos y seguros de sí mismos que logran poner patas arriba tu vida, hasta el punto de cambiar tus preferencias y hacerte dudar de tus propios pensamientos, metas, gustos, prioridades...

Entonces me besa de nuevo y todas las dudas desaparecen tras una dulce bruma que me trae de regreso la brisa del atardecer en la playa de El Portil.

No, no puedo estar equivocada con Miki, es un ángel.

Esta noche me acuesto algo antes de lo habitual, quiero cumplir con un ritual que me he propuesto días antes y no pienso fallar a mi palabra.

Tomo el diario entre las manos por última vez, abro la página final, la única en blanco, retiro los dos dientes de león y cojo el boli. El temblor por la trascendencia del momento es tan notable que necesito respirar hondo varias veces antes de comenzar a escribir:

«Un ciclo que termina, la niña; otro que comienza, la mujer. O dejémoslo en mujercita, como diría mi madre. Se acabaron las concesiones, el reflejo de recuerdos que debería atesorar y hacer regresar si aportan algo positivo, o dejar desaparecer en la marea del tiempo si no traen más que lágrimas. Miki, mis amigas, Noelia, papá y mamá, el instituto. Es mi vida y tengo que aprender a vivirla sin ti, querido diario.

Aún recuerdo, entre lágrimas, que el primer apunte fue para decirte que le había cortado el pelo a mi Barbie y le quedaba fenomenal, pero mi madre no opinaba igual y me dio un azote en el culo por destrozar un regalo tan caro. ¡Como si la hubiera comprado ella, cuando fueron los Reyes Magos! Cuatro libros he rellenado desde entonces, desde aquella inocencia que me gustaría conservar para siempre. Ojalá sea así.

Obra tu magia, querido diario, y no permitas que aquella niña que manchó de lágrimas la primera página se muera en mi interior. Así como no dejes de ser testigo, ahora y siempre mudo, de mis nuevas aventuras. No dejes que mis amigas se enfaden ni distancien, ni que Fran desaparezca para siempre, que mi hermana nunca deje de serlo, que Miki... No permitas que Miki se lleve consigo mis ilusiones y vuelva mi corazón negro y vacío, que me deje muerta en vida. Obra tu magia para que él sea siempre mi príncipe azul

Hoy terminamos todos juntos el día en el templo, maravilloso comienzo de septiembre, ¿verdad? Le dije a Miki en un susurro que era un sueño estar allí sentada, más aún con tan buena compañía. Él respondió que aquel lugar siempre me había pertenecido, que yo era el ángel del templo».

Cierro el diario y, por primera vez en más de cuatro años, no coloco dientes de león ni otro marcapáginas. Abrazo el libro con fuerza y suspiro hondo, luego lo guardo bajo la cama por última vez.

¿Por última vez?

—Por favor, perdóname Miki por dudar de ti. Eres mi príncipe.

Eres perfecto.

# Epílogo

## La realidad para Fran

Una mañana perfecta de junio, algunos dirían que siglos antes del verano mágico:

Fran ha visto cómo desfilaba la chica que ama, la más bonita del mundo, la más buena, amable, cariñosa, simpática, inteligente, tímida... Y se ha dejado la voz y las manos gritando y aplaudiendo entre el público, a pesar de que ella no lo ha visto siquiera. No lo ha visto.

Laura no ha ganado, no será la *miss* del instituto, ni falta que le hace para destacar entre las demás. Ella es una luz en mitad de la noche oscura.

Aunque no libre de tinieblas...

Observa minutos después cómo un chico surge por detrás de ella y la abraza, ese tal Miki, el que la tiene enamorada sin haber hecho nada nunca por ella, solo existir, respirar, dejarse el cabello largo... Nada más.

Ella sonríe, Fran siente que se le desgarran el corazón. Miki susurra algo y Laura cierra los ojos para dejarse llevar. Ojalá hubiera hecho eso por él alguna de las mil veces que se han visto en los nueve meses anteriores, cuando la ayudaba en todo lo que ella necesitaba o simplemente estaba a su lado.

Se marcha de allí, sobra, sabe que no es sano martirizarse viendo lo que va a pasar. Llega a la cancela y no logra dar el paso de dejar atrás el símbolo de un año de tantas sensaciones. Laura no lo quiere, pero estar a su lado, rozar su mano de vez en cuando, el solo recuerdo de sus miradas, de sus sonrisas entrañables... El instituto es el hogar de Fran ahora, es donde reside su corazón, ¿cómo marcharse y dejar atrás un año de recuerdos tan maravillosos?

No sabe cuánto lleva allí, esperando para tener el valor de marcharse a casa, cuando la ve llegar desde el vestíbulo.

¡Qué locura! ¿Es el destino el que me la trae aquí, hacia mí, a este punto mágico? ¿Y si le confieso lo que siento? ¿Qué ha pasado con Miki? ¿Dónde está? ¿Ya no la acompaña? Da igual, no seas un cobarde, no sigas esperando ni poniendo excusas o perderás las pocas oportunidades que tienes. Venga, respira hondo y dile que tienes que hablar con ella.

—¡Perdón!

—No, perdona tú. Te estaba esperando.

—Fran, no te he visto en todo el día.

—Pues estuve al pie del escenario gritando como un loco para darte ánimos. Bueno, y a Patri también.

Cómo deseo decirte cuánto te quiero...

—Me marché a casa —me dice con cansancio, o quizás sea derrota.

—Te acompaño. Si no te importa, claro.

—¿Cómo iba a importarme? Claro, vamos.

—Dame la mochila.

Eso es, como un caballero, no pierdas tus principios.

—No pesa nada.

—No importa.



Se lo he dicho, por fin. No me ha dado una respuesta pero eso me deja esperanzas. Me sonreía al marcharse, me sonreía como lo hace cuando me para el corazón. No, es imposible que lo detenga porque es ella la que, con el suyo propio, me da la vida cada día. Es el suyo el que nos mantiene vivos a los dos.

¡Dios, la amo más que nunca!

Subo la calle sintiendo una felicidad que me desborda, aunque los nervios del estómago no me dejarán dormir esta noche, la noche trascendental tras la que sabré su decisión. ¿Saldrá conmigo? ¿Será mi novia? Por favor, espero que sí.

Miro hacia atrás, ya no está, no puede verme ni oírme. Comienzo a saltar y gritar con todas mis fuerzas, me desgarró los pulmones en el intento de eliminar todo rastro de tensión acumulada durante nueve meses. Es mucho tiempo, mucha cuerda atada alrededor del cuerpo...

Me doy la vuelta y giro a la izquierda para salir del grupo de edificios en los que viven Laura y Marta y afrontar los últimos metros hacia el mío.

Y allí me topo con él

Me está esperando.

Me observa.

Me sonrío, aunque no es una sonrisa que me guste...

—¿Hola?

¿Seré estúpido? ¿Cómo le digo algo así? Ahora pensaré que soy gilipollas. Bueno, pero eso solo en el caso de que tenga neuronas suficientes... no hay que olvidarse de que es un Imposible.

—Hola, Fran.

—¿Me conoces?

—Claro, te estoy esperando para charlar contigo.

Es tres años mayor que yo, más alto, más fuerte, curtido en docenas de peleas, se acerca rápido y me agarra por el cuello con tanta fuerza que casi no puedo pensar, el dolor es insoportable y no logro respirar. Quizás me hace este daño a modo de pegamento ultra eficaz para que sus palabras jamás se despeguen de mi memoria:

—¿De qué coño vas?... Laura es mía... No te acerques más a ella... Eres patético... Nunca se fijaría en ti... Desaparece o te destrozaré...

Me empuja con fuerza y caigo al suelo, me golpeo la espalda y la cabeza con un coche y siento que necesito recuperar el aliento antes de poder levantarme. Sin duda el pegamento es eficaz, no olvidaré esas palabras jamás.

Laura... No, no puedo renunciar a ti, aunque este imbécil me matase.

Se acerca de nuevo y se inclina hacia mí. Tengo miedo.

—¿Qué pasa? ¿Aún te lo estás pensando? ¡No hay nada que pensar! No vuelvas a acercarte a ella o te mato. Además, ¿crees que tienes alguna posibilidad? Mírate, das pena. Aprende a vestirte, a caminar y a hablar, antes de intentar siquiera hacerme sombra. —Se levanta y me sonrío, una sonrisa triunfal, de esas que enamoran a niñas por docenas cada día—. Fíjate, voy a hacerte un favor, tranquilo que no te cobraré por él. Voy a mostrarte la realidad esta tarde. Acércate al templo a eso de las cinco.

No sé qué quiere decir, pero se marcha y siento que tengo más oxígeno para respirar. Me levanto despacio, no estoy tan dolorido como imaginaba, es más el susto. Me marchó a casa con temblor de piernas y dando mil vueltas a la cabeza.

Los imagino juntos y se me encoge el corazón de un modo que siento perder el equilibrio y llegar las náuseas. No, él no podrá quererla jamás como la quiero yo, no podrá amarla nunca, no sabrá disfrutar de cada uno de sus pequeños gestos, miradas, sonrisas... Solo yo he advertido el verdadero color de sus ojos, solo yo podría definir el sabor de sus labios. Nadie podrá jamás ver la magia que yo he visto desprender de su aura. Y Miki menos que ninguno, tan superficial, tan pagado de sí mismo, tan engreído y agresivo. Él la tendrá como un juguete nuevo durante semanas y la desechará al vertedero de lágrimas que es su redil. Usará su cuerpo y destrozará su alma sin piedad para saciar su apetito infinito de popularidad y de conquistas imposibles, sin llegar jamás a saber el valor del enorme diamante que pasó por sus manos. Y Laura llorará durante semanas, meses, tal vez años, quedando siempre en ella el terrible dolor de un corazón destrozado. Sus pequeñas manitas temblarán cada vez que toquen a un chico, por miedo a que el terror se repita...

A las cinco menos cuarto ya estoy con Patri en un banco de la plaza, no es el usual en el que nos sentamos la pandilla, pero se puede observar mejor todo lo que pasa en el templo.

—¿Qué hemos venido a hacer aquí? —pregunta mi amiga. No sé qué responder. No le he dicho nada de lo ocurrido horas antes, me avergüenzo solo con recordarlo.

—Nada, solo pasear un rato.

—Vale.

Tengo suerte, es buena y dócil, no me abandonará.

Paso media hora rezando para que la tarde termine y no haya nada que ver, pero no tengo suerte. El espectáculo da comienzo antes de las seis.

Cogidos de la mano, caricias, miradas, abrazos, le regala una flor amarilla de mierda y luego la deja con el suspiro en la boca. Con el alma a punto de explotarle dentro del pecho. Ella no lo merece, me refiero al trato, no al chico, que es un miserable.

Patricia me agarra del brazo, comprende lo que pasa y trata de sacarme de allí para que no sufra más.

Lloro en su hombro como un niño impotente ante lo que no puedo hacer. A él no le puedo pegar, como merece; a ella no le puedo decir lo ocurrido esa mañana, nunca lo creería.

Miki pasa a mi lado y sonrío, me ve llorar y se sabe triunfador.

Al llegar a casa me encierro en mi cuarto, pongo la radio y me tumbo en la cama, solo quiero morir, solo eso, cualquier otra cosa sería demasiado complicada de asumir...

Suena Alejandro Sanz, *Los dos cogidos de la mano*. Le doy un puñetazo a la radio y se rompe contra el suelo. El silencio ha vuelto más cálido que nunca...

—Disfruta de la victoria, hijo de puta.

FIN

Una noche, llamando a mi madre desde El Portil, no pude evitar hacerle una pregunta de vital

importancia: cuándo sabe una que está enamorada de verdad. Ella respondió que lo supo cuando miró a los ojos a sus hijas tras nacer. Tal vez el amor que sentía por Miki no era tan intenso como todos los que llegarían después...

### **Recuerda que volveré con más aventuras inolvidables: curso de 1992-93**

Los Imposibles me acogerán desde el primer día, aunque tal vez no sea algo tan idílico como parece.

¿Amigos de siempre o amigos nuevos? La gran duda.

Miki no se comportará como yo espero, y eso provocará mucho daño, no solo a mí...

La magia de parar el tiempo no será suficiente para salvarme de las situaciones más adversas.

Inma nos dará una sorpresa que tampoco es tan inesperada, pero que le hará daño a la larga.

El alcohol y el tabaco no te hacen más mayor. Todo lo contrario.

¿El sexo? Ese gran desconocido al que hay que ir conociendo muy despacio y con cabeza.

Nuevos personajes, situaciones, dudas... No te pierdas mi próxima aventura, no me dejes sola.

Dandelion 3: Los Imposibles.